REMEDIOS ESCALADA
DE SAN MARTIN
ESPOSA
DEL LIBERTADOR

Plus Ultra

-PLVS VLTRA-

Sea usted valiente, pero tenga serenidad.

Así como en épocas antiguas los caballeros conservaban la tranquilidad para obtener la victoria en los combates, en las luchas morales de nuestro tiempo es indispensable mantener el dominio de los nervios para lograr el triunfo.

IPERBIOTINA MALESCI

el más poderoso vigorizador de los nervios, conserva las energías mentales, nutriendo el sistema orgánico; da la serenidad y aclara la reflexión.

Preparación patentada del Est. Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS

O. Monaco Unico Concesionario-Importador en la República Argentina: VIAMONTE, 871 - Buenos Aires.

NOTA — No habiéndose modificado ulteriormente el precio de la IPERBIOTINA MALESCI, no debe pagarse absolutamente precio superior al de la que comercializa en la página

Leraus 466

—PLANS VILTDA—

Los templos del Titicaca

TEMPLO DE TIAHUANACO, LEVANTADO CON LAS PIEDRAS TALLADAS DE LA VETUSTA CIUDAD EN RUINAS HASTA ESTOS LUGARES LLEGARON EN TIEMPOS REMOTOS, LAS AGUAS DEL LAGO

Un santuario célebre

Copacabana, fué, en su tiempo, el santuario más célebre de América.

Data de 1583. Fué levantado por la Compañía de Jesús, con el óbolo munificente de uno de los condes de Lemus y la dádiva de la nobleza peninsular que eclosionó en las quebradas auríferas y en tierras de Potosí.

Los indios «yunguyos», dieron, con su ídolo sacramental, motivo etimológico a esta basílica. «Copacabana», monolito advocado por los autóctonos, significaba algo así como «lugar de donde se podía ver la piedra preciosa». Desarticulemos el vocablo: «Copa»: piedra fina; «cabana», derivado o suavizado de «kaguana»: lugar de donde se puede ver u observar.

Y algo de razón tuvieron los yunguyos, si tomamos por base el collado prominente que cierra la ensenada, a cuya falda se apeñusca la alquería y desde cuyo crestón se domina el macizo de los Andes y el lago azul.

Sesenta años de labor llevaron los jesuitas para levantar aquel templo entre gótico y helénico, — que a la fin y a la postre el florecimiento de Justiniano fué obra de la inmigración occidental.

La diminuta Candelaria, modelada en maguey, por un indio que recuerda la tradición lacustre con el nombre de Yupanke, no podía aspirar a recinto más suntuoso, donde la prodigalidad virreinaticia y la unción femenil de la época debían volcar toda su esplendidez.

Y fué así, en efecto. La imagen, enjoyecida y alabada, dió nombre y prez universal a aquel santuario que anticipó en América la celebridad de nuestra Madona de Luján.

Tracemos un ágil boceto de esta basílica. Trasunto de Santa Sofía, Constantinopla, tiene en su interior el patio sacramental, en cuadro, rodeado por columnas y pórticos que afianzan el corredor. La torre se eleva a una altura de cuarenta varas con un cimborrio sólido y bien asentado sobre los arcos torales. En el frontis que cae a la plaza, un arco recio sostiene la cornisa triangular sobre cuyo ángulo superior se afirma un escudo episcopal. La cúpula no tiene vitrales en su cuerpo de luces; pero la piedra berenguela, distribuída en la base de la media naranja, pone un místico claroscuro en la amplia nave central. Las paredes del templo están cubiertas de telas beatíficas comentando la vida de mártires y apóstoles. El altar mayor, obra de alta valía, derrocha plata cincelada en la delantera de su retablo. Imposible describir sus detalles, dada la variedad de sus churrigueresco y la cargazón de sus molduras, resultado de la meticulosidad artística de una época llena de religión y ambiciosa de originalidad.

Frente al templo, un antepatio, que fué necrópolis otrora, goza la umbría de los añosos acebuches que simbolizaron los «ayllus» (1) y compartieron su sombra con los muertos, así como fueron los olivos para la Minerva de Atenas y los cipreses para los santuarios de España.

En el patio central, un jardinillo tonaliza, con sus colores amables, la vida del monasterio. Hay rosas y achiras y pensamientos; algunos eucaliptus jóvenes y media docena de pinos graves. Tres o cuatro guindos conventuales, cargados de frutas rojas, esperan la mano del lego para morir en la redoma del licor espiritual...

* * *

Esto es, ligeramente, Copacabana, erigido por la devoción de la compañía de Jesús y que acabamos de visitar.

Pero, hete aquí, que un buen día, — hace ya muchos años, — la orden dominicana, celosa del prestigio jesuíta en los pueblos lacustres, tentó perpetuar su nombre con la erección de un templo que superara en magnificencia a esta basílica. Y se puso las primeras piedras de Pomata, — hoy en tierras del Perú, — y en la margen sur del Titicaca.

La obra de estos religiosos, que por su tesón podría tildarse «de benedictinos», se significó, años después, con todos los contornos de uno de los templos más acabados y armoniosos de América. Reincarnación bizantina — por ser su corte musulmán, — une a sus cúpulas sobre base cuadrada, sus columnas rematando en capiteles cúbicos y sus arcadas, la profusión complementaria de sus arabescos. Y esto es, precisamente, con gusto propio, lo que brilla y se destaca en esta iglesia, amén de la esplendidez de su altar enchapado de argento, sus ornamentaciones de cedro y oro, sus pinturas enigmáticas y hasta el órgano desfollado y sin teclas, en un rincón del coro, llorando la última avemaría que tocó en la procesión.

No paró aquí, sin embargo, la diatriba religiosa — perdón al vocablo — que puso frente a frente a dominicanos y jesuitas en el noble deseo de venerar a Dios con mayor boato arquitectónico. Luzbel, por no ser menos, contrariado del éxito de las misiones católicas que erizaron de templos suntuosos las orillas del Titicaca, resolvió un buen día, sentar cátedra en un peñón que le ofrecía tribuna propicia.

De ahí el nombre del lugar, que recogió la tradición: «Pulpito del diablo».

Lo vimos una tarde serena, después de pasar el estrecho de Tiquina, donde las aldeas de San Pablo y San Pedro, acostadas como dos cisnes a uno y otro lado, alzan el cuello de sus iglesias blancas.

Lo vimos una tarde, besado del sol y de las ondas...

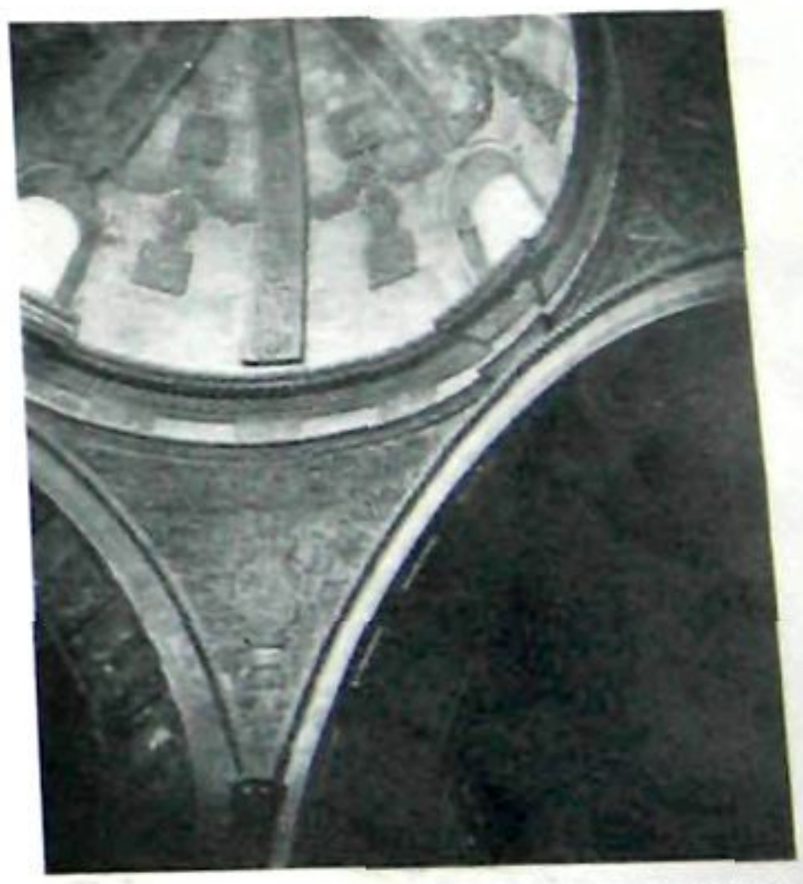
Pero, indudablemente, que el púlpito de Lucifer debió ser más tarde su roca Tarpeya, en donde le precipitara algún santo varón de la conquista, de esos que al plantar la cruz ajustaban sobre el greguesco la tizona...

W. JAIME MOLINS.

Pomata (Perú), 1916.

(1) Poblaciones de los indios aymarás.

TEMPLO DE POMATA — PÓRTICO QUE PRECEDE AL ANTEPATIO (DE IZQUIERDA A DERECHA: AGUSTÍN DE RADAS, CORRESPONSAL DE «LA PRENSA» DE BUENOS AIRES, EN LA PAZ, ALICIA DE POSNANSKY, ESPOSA DEL CONOCIDO ARQUEÓLOGO ALEMÁN ARTURO POSNANSKY; INDÍGENA DEL LUGAR, Y NUESTRO COLABORADOR W. JAIME MOLINS)



LA CÚPULA Y PILAR LATERAL DEL TEMPLO DE POMATA, CONSTRUÍDA POR LOS DOMINICANOS, A FINES DEL SIGLO XVI.

LOS PELIGROS DE LA DESESPERACIÓN

Ningún enfermo del estómago e intestinos, por crónica y rebelde que sea su dolencia, debe desesperarse. Muchos han consultado notabilidades médicas sin encontrar alivio y al tomar STOMALIX del Dr. Saiz de Carlos, han recobrado la salud. Las fermentaciones anormales del estómago producen acedías y vómitos, que se corrigen inmediatamente con este medicamento. Quita las náuseas, ardores epigástricos, y la digestión se normaliza, el enfermo come más, digiere mejor y se nutre. Es de resultados positivos en las diarreas y disentería. Venta en Farmacias y Droguerías. Pidan folleto a CARLOS S. PRATS, San Martín, 66, Buenos Aires.

Carlitos Chaplin

El rey de la risa

Si las patrias, agradecidas, tuvieran seso y justicia y fueran lógicas consigo mismas, con sus dichas y con sus desdichas, testimoniarían su debido reconocimiento en esta hora trágica, cuando la maldad reinante echa tantas penas en los corazones, a los dos artistas, Prince y Chaplin, que hacen reir: Prince, en París; Chaplin, en Nueva York, admirables ambos.

Pero Prince es el artista-clown, el artista-payaso, sin mezcla de otro sentimiento. Hace reir con toda la barriga. Y la risa, brotando como una cascada de todo el cinematógrafo, le acompaña a lo largo de la película.

Chaplin, el famoso Chaplin, rico de vis cómica y de libras esterlinas, es también un payaso; pero sentimental. También él hace reir con toda la barriga, y, como al otro, *el público*, riendo a más y mejor, le acompaña a lo largo de la película. No tiene que esforzarse para ello ni que hablar a través del transparente. La risa que arranca no brota, precisamente, de las situaciones cómicas de la obra, sino de la persona del actor. Su cara es la risa ajena. Su seriedad cómica descoyunta al espectador. Chaplin es un maravilloso remedio contra la tristeza, y las gentes, aliviadas de sus penas, se lo agradecen, llenándole de billetes de Banco los bolsillos.

Pero Chaplin, payaso, es también sentimental: regocijo y tristeza, mueca de burla y mueca de dolor la lágrima que al desbordarse forma un pliegue que parece la contracción de una sonrisa. Tal vez sea Chaplin de la madera del clown que después de hacer reir a todo un circo, iba donde el médico en busca de una adormidera para sus propias pesadumbres.

Yo le he visto en una escena de un sentimentalismo intenso. Chaplin, ordenanza de una casa de banca, se enamora perdidamente de la dactilógrafa, quien, a su vez, está locamente prendada del cajero. Engañado por las apariencias y creyéndose correspondido, Chaplin la escribe una misiva de amor sentimental y le manda juntamente un ramo de flores; y luego, a distancia, por la entreabierta puerta de una habitación, ve que ella, en su despacho, acoge emocionada la carta y el ramo creyendo que eran del cajero, y, reconociendo su error, entre desdeñosa e indignada, rompe la carta y echa el ramo al cesto. Hay que ver y que admirar la inmensa tristeza que se extiende como un sudario por la fisonomía del artista-clown, y el público prorrumpe en carcajadas y aplausos porque entiende que aquella tristeza es un chiste... Luego, doloroso, va Chaplin a recoger sus pobres flores y, abrazándose a ellas, cunea al ramo, como si fuese el fruto de su amor, en un rincón del sótano, entre cajas de basura. Y el público, al contemplar la cara de Dolorosa que pone el pobre artista, vuelve a prorrumpir en carcajadas y aplausos, porque el público entiende que también aquel dolor mudo es un chiste...

Y es que la mayoría no ha sabido nunca distinguir entre el dolor y la alegría cuando se mezclan en una píldora adormecedora, y el artista paladea la mayor de sus amarguras cuando el público, comentando una pena que se le escapó involuntariamente, como un gas cualquiera, le dice lisonjero:

—Tiene usted mucha gracia...

Tiene usted mucha gracia, y está llorando, como el arco iris, que se disuelve en luz, pero derramando gotas de lluvia.

Para esa mayoría todos son Princes, y, sin embargo, hay Chaplins; y es que Chaplin es sajón, y Prince es latino, y, por añadidura, del país más refractario al humorismo. Del «esprit», aunque decadente en estos tiempos, se puede decir que es francés, como el «humour» es sajón, y mientras el humorismo vive a gusto con ingleses, alemanes y norteamericanos, en el corazón de cada uno de los cuales duerme un payaso melancólico, el «esprit» se regodea y se desternilla entre franceses, en el corazón de cada uno de los cuales duerme un hombre alegre, que, como el «champagne», sólo espera que lo descorchen para esparcirse, bullicioso, en burbujas de alegría. Ha sido necesario que cayera sobre el mundo, y lo regara, una avalancha de sangre y escombro para que la crítica francesa haya reconocido, por la pluma de Lavedan, que el humorismo, chocante, desesperante e imperdonable, a juicio de dicha crítica, en estos tiempos de luto general, nunca, ni siquiera en tiempo normal, fué del agrado de la mentalidad francesa, porque la atormenta el corazón y la encalabrina los nervios, y por ello la mentalidad la odia.

Las cuerdas rotas de la guitarra de Chaplin tocan mejor a alegría en las márgenes del Támesis, donde la niebla y el Sol saben confundirse en una cópula de contrastes, en una conjunción de risas y lágrimas.

LUIS BONAFOUX.

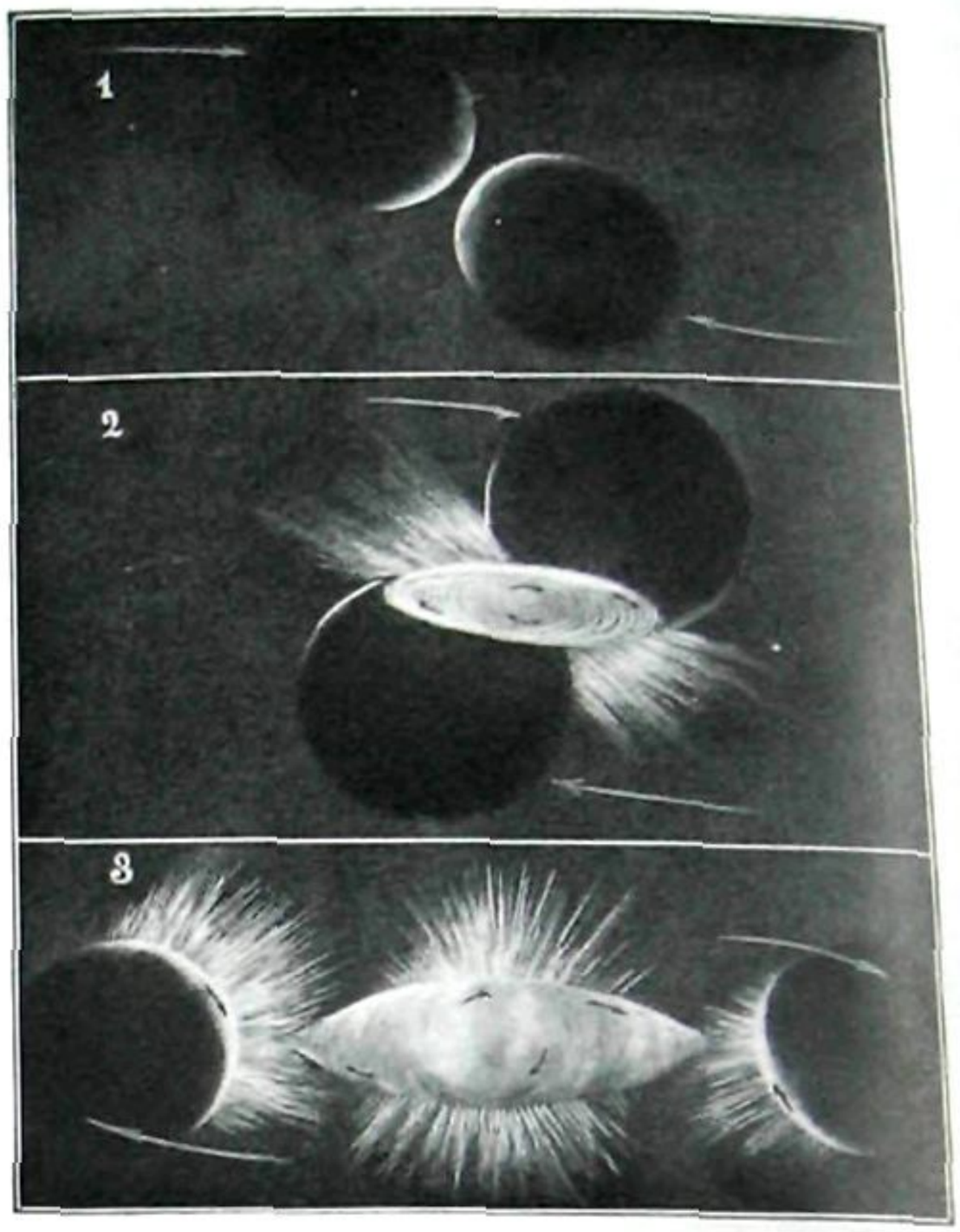
NUESTRA SECCIÓN
MODELOS
está en condiciones, señora, de crear para Vd. exclusivamente el modelo de su predilección. Tenemos habilísimos artistas que interpretarán acabadamente su refinado gusto estético. Nuestros precios, dentro de la más óptima de las calidades, son siempre los más bajos.
La Ciudad de Londres
Pellegrini y Corrientes.

Es indudable que para ganar simpatías y prestigios es menester cuidar los detalles, toda vez que éstos tienen gran importancia en la vida social.
Obsequiando a *sus relaciones o visitas* con

Oporto DOM LUIZ

usted da una nota de refinado buen gusto y se atrae la cariñosa admiración de sus amigos, porque éstos se percatan de inmediato que están saboreando algo superior, una delicia, un verdadero néctar.

CATACLISMOS QUE ENGENDRAN MUNDOS



1. DOS SOLES EXTINGUIDOS PASAN ROZANDO EN EL ESPACIO. — 2. A LA SALIDA DEL IMPACTO, FORMACE UN TERCER CUERPO CELESTE INCANDESCENTE. — 3. ESPIRAL A BRILLAR EN EL INFINITO UNA ESTRELLA TEMPORAL.

En la *Royal Institution*, de Londres, ha dado el célebre astrónomo Bickerton, profesor de Física y Química de la Universidad de Nueva Zelandia, una interesante conferencia para demostrar su nueva teoría relativa a la formación de las estrellas.

Antes de exponer en qué consiste, recordemos que las estrellas son soles lejanísimos en la infinitud del espacio, rodeados de sus correspondientes sistemas planetarios. Así, nuestro «astro rey», cuya luz cegadora nos deslumbra, y que es fuente de calor y de vida para los planetas a él sometidos, visto desde Sirio, por ejemplo, no será sino debilísima estrella, un punto de luz perdido en el espacio.

Sabido es, además, que los soles no son sino antorchas que se van consumiendo y que por el Infinito pasean innumerables cadáveres de mundos alguna vez poblados de seres, según asegura la teoría de la pluralidad.

Pues bien; de la colisión de esos mundos extinguidos — en sentir de Bickerton, colisiones más frecuentes de lo generalmente admitido — suelen nacer nuevas estrellas. Las dos masas inertes y sin luz pasan rozando en el espacio. A medida que se acercan se deforman y caldean en los puntos del impacto. Verificase éste y del choque surge un astro de luz intensísima, que aun perdiendo poco a poco su intensidad es una adición permanente al sistema estelar. Es como si un acero y un pedernal gigantescos chocasen en el espacio, engendrando una chispa de supremo brillo y de temperatura explosiva; una chispa capaz de capturar los dos soles muertos, sus progenitores, y de formar una estrella doble. Si los dos soles se libertaran, seguirían vagando por los cielos eternamente, convirtiéndose en lo que se denomina «par de estrellas variables».

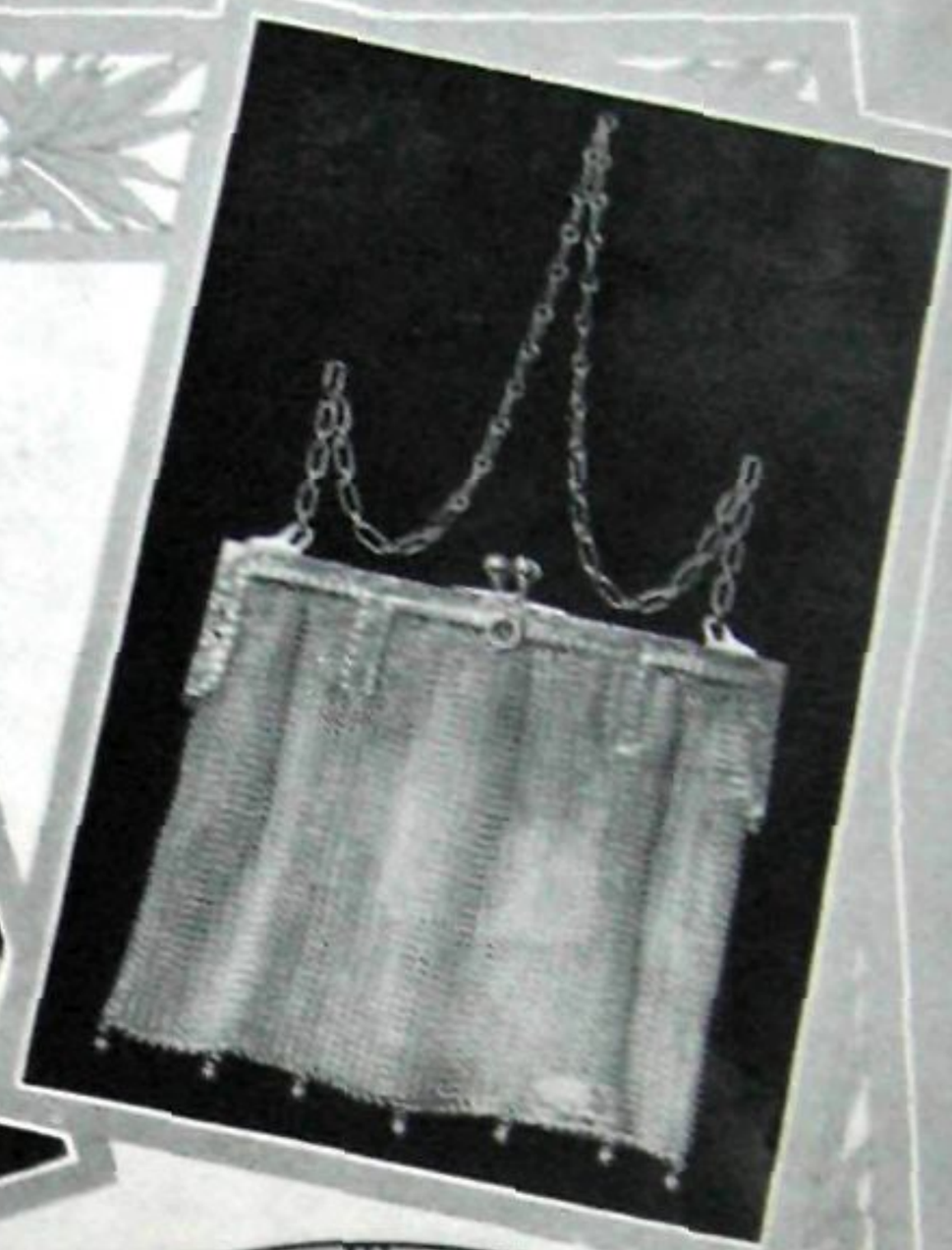
Y esta marcha acelerada hacia una colisión creadora de los soles nuevos que vivificarán a los futuros planetas donde habiten organismos, parece obedecer a leyes fatales, inmutables. Expresándonos en el lenguaje vulgar, diremos que no es la casualidad quien impulsa a las estrellas a «estrellarse» unas contra otras.

Parece como si todo sol cuando siente desfallecer sus fuerzas caloricas y lumínicas buscase la proximidad del más cercano para retemplar sus energías, y que esta atracción sea la productora del choque prolífico. Si es dado comparar las cosas pequeñas a las grandes, amor infinito debe llamarse este vuelo nupcial de los soles.

Por lo que a nuestro hermoso y paternal Helios respecta, ya se sabe que nos arrastra rápidamente hacia la constelación donde envejece el espléndido astro de sus amores.

Cuando el encuentro ocurra, la Tierra será un cementerio; pero es posible suponer que la luz del nuevo sol haga renacer la vida en nuestro planeta. La imaginación del lector queda en libertad para fantasear a su antojo sobre este remotísimo acontecimiento.

Según Bickerton, así crecen, se multiplican y mueren los soles, siguiendo una ley de renovación en la que se conserva la especie estelar, como todas las especies.



CASA

ESCASANY S. A.

JOYERÍA Y RELOJERÍA

Buenos Aires — Perú esq. Rivadavia

La más hermosa fabricación en bolsas con malla, de plata fina, toda soldada, que hasta hoy se ha podido fabricar, especialmente la llamada "Malla de seda", muy apreciada por toda persona de buen gusto, son las que Casa Escasany ha recibido y que ofrece, por ser una novedad en este artículo, hoy día de gran moda y creciente utilidad.

El primer tomo de la muy apreciada obra "Don Quijote de la Mancha", en lujosa y diminuta encuadernación, se sigue obsequiando a todo comprador.

El Catálogo núm. 16, lo remitimos, gratis, al interior de la República, a toda persona que lo solicite.

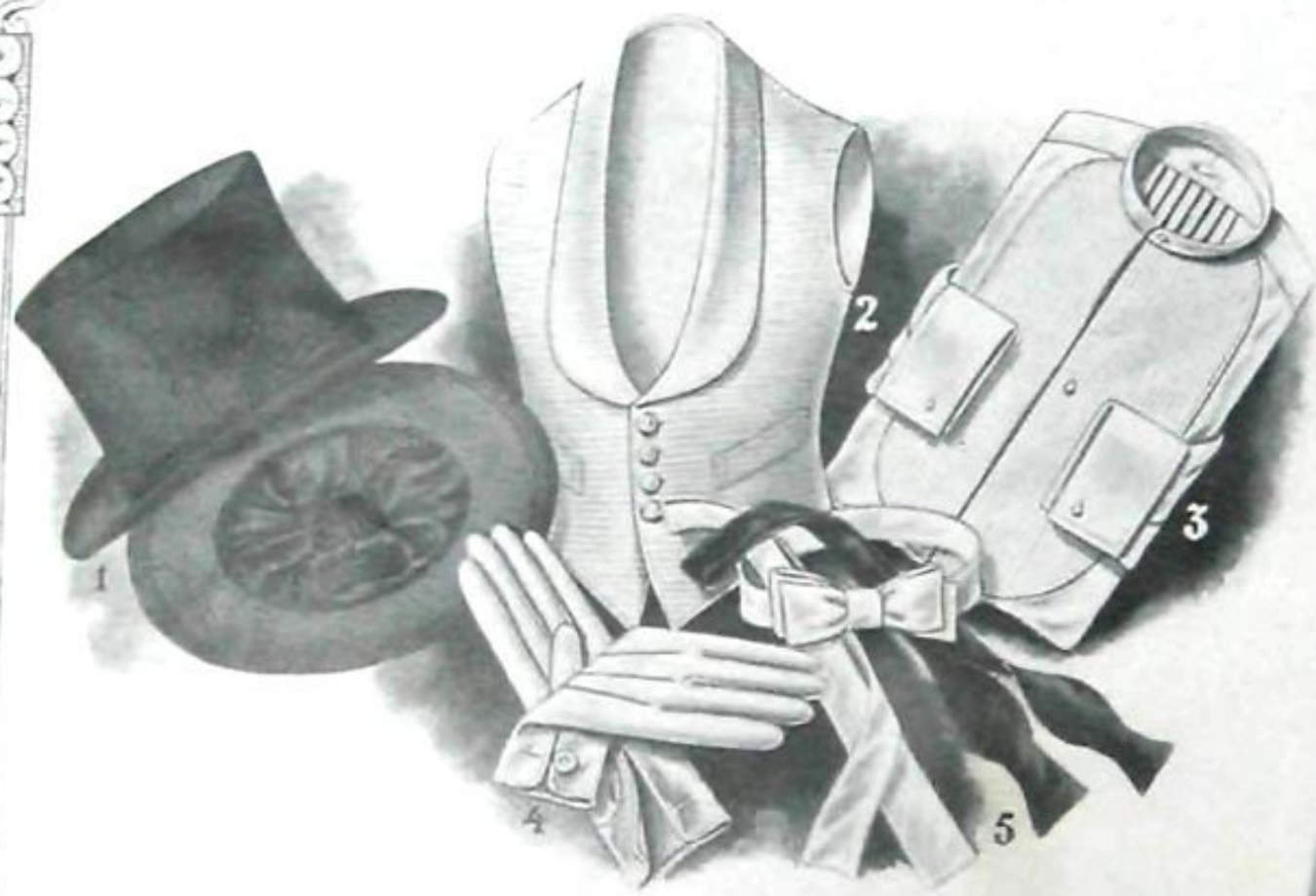
Harrods

FLORIDA 877 Y PARAGUAY 554

El Rendez-vous social

HARRODS

apreciada como Casa de distinción y suprema elegancia, en su Departamento de Sastrería sobre medida y artículos para caballeros, ofrece lo más selecto y de gran moda para vestir de etiqueta.



1. — **Clac** en falla o piel de seda con tafilete de cuero, de última moda . . . . . $ **25.—**
2. — **Chalecos** de seda para frac o smoking, de última moda . . . . . $ **30.—**
3. — **Camisas** blancas, pechera de piqué, clase fina, con un ojal y puños dobles, especial para frac . . . . . $ **7.50**
4. — **Guantes** de cabritilla blancos, finos, con y sin costura negra, a $ 6.—, 5.50, 4.50 y . . . . . $ **4.—**
5. — **Corbatas** blancas de piqué o batista, para frac . . $ **0.80**

El mismo artículo en negro, diversas sedas, a $ 2.20, 2.— y $ **1.75**

HARRODS

ha recibido los últimos modelos y gustos de moda en casimires para trajes de medida.

SERVICIO DE RESTAURANT

Dejeuner a la carte y prix fixe

De 11 a. m. a 2 p. m.

Sobretodo de fina vicuña negra, gran etiqueta, todo forrado en seda. Modelo de última moda . $ **135.—**

Galeras de felpa, con las alas rulé y dorsé . . . . . $ **25.—**

Plus Ultra

Año I. Núm. 2.

REVELACIONES
DEL OBJETIVO

ASPECTOS NUEVOS
DE COSAS CONOCIDAS

Un Gobelino auténtico en Buenos Aires

CURIOSO EJEMPLAR DEL AÑO 1657, EXISTENTE EN LA IGLESIA DE SAN JUAN, POR EL CUAL HAN OFRECIDO LA SUMA DE 300.000 FRANCOS

Terminadas sus aventuras de «Veinte años después», nuestro astuto Aramis visita cierta fábrica de tapices, calle Mouffletard, junto al arroyo Bievre, establecimiento que la historia denomina Manufactura de los Gobelinos. La tristeza del patrón y el silencio del taller le dicen que escasean los encargos.

— Mucho aire de Fronda, — exclama alegremente el mosquetero, — mucho aire dañoso, maestro Gobelin, llegó hasta este rinconcillo, a pesar de todos los tapices que fabricáis. La guerra civil no ha dejado tiempo a reyes, cardenales y *señores para proteger el tejido artístico, y vos, olvidando que Gobelin significa* duende antes que tapicero, lloráis como un bendito. Yo, entendido en el arte de tejer lisonjas, os brindo una receta eficaz. Aprendedla: fabricad un tapiz eligiendo para copiarla la tela más religiosa que haya en el museo del Prado, pintada por un italiano. Ana de Austria y Mazarino agradecerán esta adulación de sus creencias patrióticas y cristianísimas. Y si el tema alude a la futura gloria de Luis XIV, nuestro rey, cualquiera os arrebata un sonado triunfo de tapicería.

Siguiendo la prudente advertencia, escogió Gobelin la «Adoración de los Reyes Magos», anacrónicamente interpretada por el Ticiano, obra que en el referido museo madrileño tiene el número 484. Durante 1657 estuvo listo el Gobelino.

¿Por qué motivos iba en la bodega de un navío español capturado en *1818* por el comodoro Chyter, capitán corsario de la corbeta argentina «Vigilancia»? Nada se sabe ni se sabrá mientras los eruditos no lo investiguen verdaderamente.

La «Vigilancia» lo trajo como botín, y arrollado a manera de alfombra se remató nuestro Gobelino, adjudicándoselo el canónigo don Pedro Pablo Vidal, mediante la suma de diez y seis onzas peluconas.

Magnífico resulta el precio para un tapiz de suelos, insignificante para un tapiz de muros. La tela preciosa pasó, generosamente, de las manos del postor a las monjas capuchinas de San Juan. El obsequio fué muy oportuno, porque «sirvió muchos años, en la iglesia, para tapar la ventana que da a la calle Alsina y proteger al órgano del sol y de la lluvia». Esta fué una de las aventuras más peligrosas llevadas a cabo por el andariego tapiz.

Hace unos cuatro lustros, el entonces capellán de las monjas, R. P. Francisco Laphitz, sacerdote que murió en 1905, después de piadosa vida, supo el valor pecuniario que el tesoro tiene. Unos señores extranjeros llegaron a ofrecerle 300.000 francos en buena moneda argentina. Estaban, según se dice, comisionados por la Manufactura de los Gobelinos, para rescatar el tapiz.

Aseguraron que de todos los fabricados en dicho taller era el sexto por orden de mérito y el único que falta para completar la colección allí existente.

El R. P. Laphitz rechazó las ofertas, ordenando que el Gobelino fuese transportado con todos los honores a la derecha del altar mayor, donde *luce la majestuosa obra. Es un tapiz que mide treinta metros cuadrados,* bastante fiel reproducción del lienzo de Ticiano, el brillante colorista. A pesar de doscientos cincuenta y nueve años y de mil peligros sufridos, conserva perfectamente la trama y el tinte.

EL P. FRANCISCO LAPHITZ, QUE DESCUBRIÓ LA AUTENTICIDAD DEL TAPIZ

La iglesia de San Juan, más afortunada que la Basílica metropolitana, cuyo Van Dick fué substituído con una mala copia, y que los franciscanos, despojados de su Murillo, posee este tesoro. Merced a la piedad de santas mujeres, estuvo bien escondido y bien a la vista, y la honrada cautela del sacerdote supo descubrirle y conservarle.

Cerca del Nazareno que, según tradición piadosa, pidió ser alojado en tan hermosa iglesia; sobre la tumba del virrey don Pedro Melo de Portugal y Villena, en cuyo cráneo hicieron colonia las hormigas, y de su espada, «la cual era *toda de plata, con empuñadura de oro*, se hizo una patena para comulgar la comunidad», el Gobelino de los Reyes Magos reposa por fin.

«La presencia de este templo, — escribe su encomiador, el R. P. Gregorio Esprabens, — en uno de los lugares más frecuentados y más febricientes, donde todas las actividades parecen concretarse en intereses terrenales, es un llamamiento a las cosas del cielo; el aspecto de sus altas y austeras paredes impresiona al hombre a pesar suyo, y le recuerda, aun cuando más sumido se halle en preocupaciones materiales, que, más allá de esta vida, hay otra eterna; que él no sólo es carne, sino también espíritu, y que de nada le sirve afanarse en acaudalar riquezas y ganar el mundo todo, si con ello viene a perder el alma.»

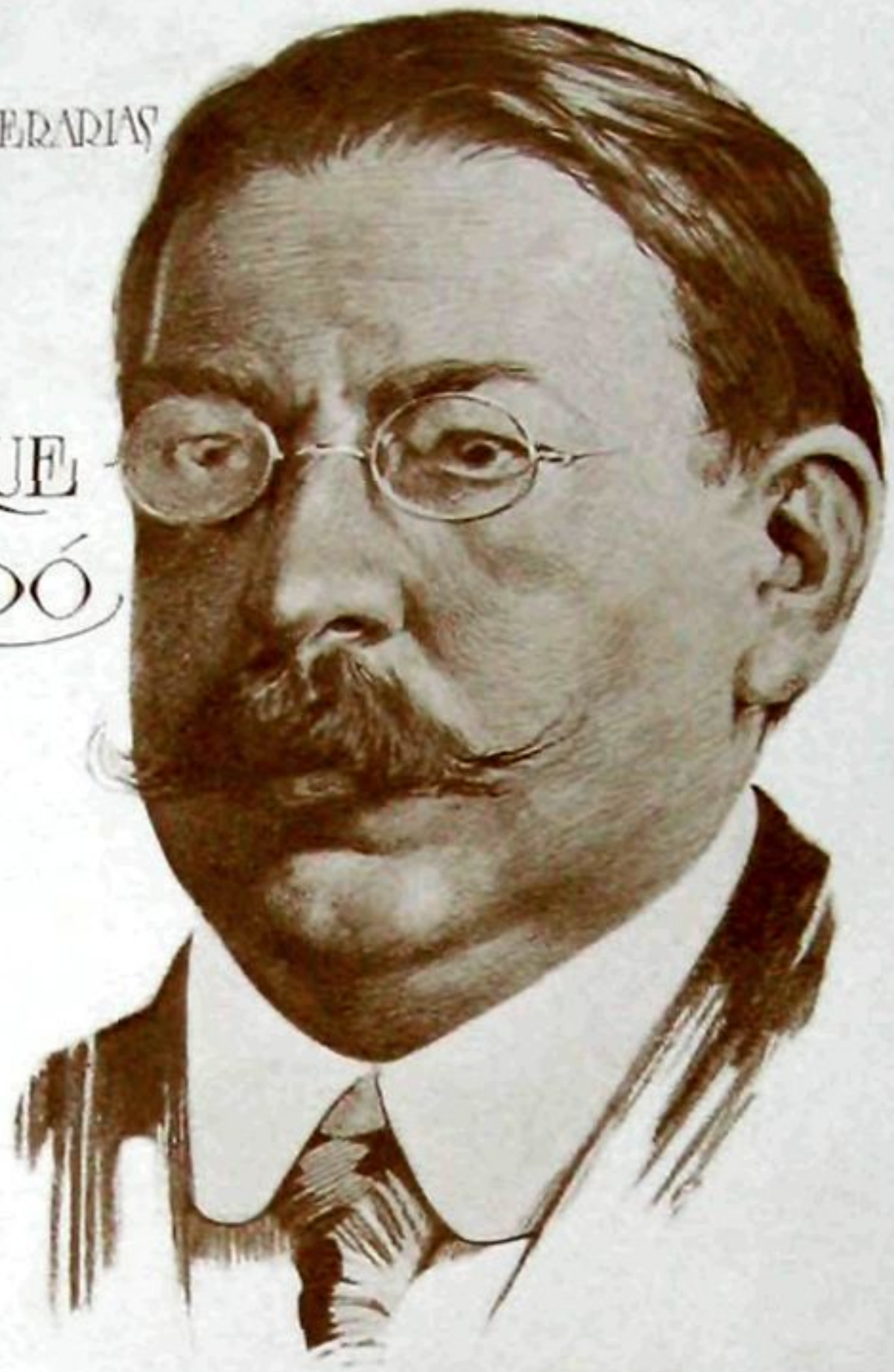
«Y, con el alma, todo sentimiento de arte», añadimos nosotros, aplicando a la estética estas muy discretas reflexiones.

E. DEL SAZ.

LOS SAUCES LLORONES

FIGURAS LITERARIAS

JOSÉ ENRIQUE RODÓ



PARA «PLVS VLTRA».

Rodó es un escritor europeo nacido en América. Todos los lineamientos de su personalidad literaria acusan al típico hombre de letras de la Europa contemporánea: vigor y concisión en la idea; idealismo clásico en el estilo; belleza, ritmo y sonoridad en la frase: tal Jacqueville, Taine, Fouillée...

Pero Rodó ha nacido en Montevideo. Y América tiene, por lo tanto, el derecho de gloriarse con tal hijo.

Un día corrió el mundo de nuestro idioma un folleto nuevo; chispa ígnea que incendiara el armazón vetusto de un sistema dominante y malsano. Alarmó a los rutinarios. Descorazonó a los que medraban a tal sombra. Los ídolos de barro destrozáronse en su caída. Y sobre la tapa de ese libro cinco letras, tan sólo, formaban el título. Pero esas cinco letras decían —*ARIEL*—... o sea la luz, la verdad, la justicia; que era lo que América necesitaba y lo que Rodó, en su libro, le ofrecía.

Ariel llenó una misión muy elevada. El panamericanismo, tan explotado por los Estados Unidos, en sus anhelos de dominio continental, vióse detenido en sus avances por una repentina barrera,—la conciencia, adquirida de improviso, por los pueblos hispano-americanos, del camino fatal. Y era Rodó quien se les presentaba, con su antorcha encendida, para señalarles el verdadero derrotero, clarividente del porvenir.

¿Quién era entónces y quién es hoy, José Enrique Rodó?... Antes de publicar *Ariel*, su famosa crítica de la obra de Rubén Darío habíale dado renombre en cierta parte de América, y hasta en España, mas sin la consistencia suficiente para consagrarle inmortal. *Ariel* trájole una guirnalda inmarcesible.

Liberalismo y Jacobinismo, *El Mirador de Próspero* y *Motivos de Proteo*, frutos sucesivos de su inteligencia, se agotaron después rápidamente, al poco tiempo de aparecer: —¡qué mejor arco triunfal! Bajo él marcha hoy, rumbo a la gloria.

El pueblo uruguayo le llevó a una banca del Congreso, y al ocuparla renunció su cátedra de literatura en la Universidad. Había derramado, desde esa tribuna, fecunda semilla que germinó en el alma de las nuevas generaciones: el anhelo de espiritualizar la vida, el ansia de encontrar las fuentes de la verdadera moral...

Un intelectual joven, de la capital vecina, me decía una tarde, hablando del escritor aludido: —*¡Rodó no nos quiere! ¡Nos rehuye! ¡Nos niega el estímulo de su palabra y la enseñanza de su talento! ¡Es un egoísmo intelectual!...*

Cuando pregunté a Rodó sobre la verdad que había en esos reproches circulantes, me respondió:

—*No hay nada de eso. Antes desempeñaba una cátedra. La renuncié por decoro personal, pues hay incompatibilidad entre los cargos de profesor y diputado. Si después de abandonar la diputación, no me han vuelto a ofrecer la cátedra, no es culpa mía. Por otra parte, nunca niego mi consejo a los jóvenes literatos que me lo solicitan. Muchos de ellos podrán atestiguarlo. Han tenido siempre franca la puerta de mi casa.*

Creo en la sinceridad de estas manifestaciones. Sé que en la vida privada Rodó es sumamente irregular. El mismo me lo ha asegurado. Mas también sé que se preocupa y sueña en la orientación de la juventud que se levanta. Y si su amor hacia ella es discutible, tal vez proviene de la cautela con que su espíritu lo guarda, ávido de no trastornar el honesto silencio de su retiro, pero arde perpetuamente en su interior, como la llama de los antiguos altares paganos.

De su retiro he dicho, y no me rectifico. El ilustre Rodó vive, en pleno Montevideo, desterrado por voluntad propia, de los círculos en que domina esa farándola rumorosa que llena las crónicas de la vida social. No es desapego, tampoco misantropía como algunos lo creen; yo lo considero lógico sistema de quien tiene un concepto tan elevado de la vida, como el maestro creador de *Próspero*.

Y alegrémonos de esa norma excéntrica. El silencio y la soledad son los genios familiares de los grandes pensadores y los que más colaboran en la unidad de su obra. Un nuevo libro está ya listo sobre la mesa de trabajo de Rodó. El será néctar y bálsamo para todas las almas que se remontan sobre el mundo de la medianía. *Nuevos motivos de Proteo*, que con su enjambre de parábolas, afirmarán la celebridad de su autor.

Quizás el crítico que más haya preconizado la libertad en el arte y la belleza de la poesía haya sido Rodó. En uno de sus fragmentos literarios decía hace quince o dieciséis años: «*Tengo una fe profunda en la eficacia social y civilizadora de la palabra de los poetas; pero creo, ante todo, en la libertad, que Heine proclamó irresponsables, de su genio y de su inspiración.*»

Y escribía, casi por el mismo tiempo, en el álbum de un artista: «*Alaben otros, ¡oh, poeta!, la perfección de tus ánforas cinceladas. Yo prefiero decirte que tu poesía sabe hacer pensar y hacer sentir; que tu verso tiene un ala que se llama emoción y otra ala que se llama pensamiento.*»

Quise saber si seguía siendo la misma su opinión sobre la poesía, y a este respecto pedíselo en una entrevista reciente.

—*Nunca he exigido,* —díjome, —*otra cosa que «belleza» en la obra del poeta. Cuando nos hace gracia de ese don, vale decir cuando su obra es verdadera poesía, el poeta es irresponsable y sagrado. Ello no quita que le agradezcamos también el bien y la verdad, si nos los da por añadidura.*

—Y a propósito de poesía y arte, ¿qué rumbos cree usted que tomará la literatura europea, después de la guerra?

—*La guerra traerá, seguramente, la renovación del ideal literario, como consecuencia de profundas modificaciones en el orden social y político. Pero nada espero menos que el advenimiento de una literatura guerrera, de una literatura épica y marcial. Es posible que asuma este carácter la producción literaria inmediatamente posterior a la guerra, pero de modo efímero y sin inspiración surgida de las hondas entrañas de la conciencia colectiva. En los albores del pasado siglo, las guerras de la Revolución y del Imperio precedieron a una de las más radicales transformaciones literarias que recuerde la historia. Pero esa transformación fué el romanticismo: literatura nada guerrera ni triunfal; literatura en que predominaron la intimidad y la melancolía. Si la influencia de la guerra actual ha de manifestarse directamente en el arte, creo que será más bien para dar expresión a su inmenso legado de dolor, de culpa y de protesta, que para interpretar sentimientos de gloria marcial y de orgullo de raza... Creo en una literatura de tono espiritual y grave.*

El optimismo de Rodó es una flor misteriosa, que emerge de sus disertaciones filosóficas como el loto sagrado de la India sobre las aguas azules del Nilo. Es respetable porque nace de una convicción profunda, de una fe extraordinaria en el porvenir, de una esperanza inextinguible como la luz del sol.

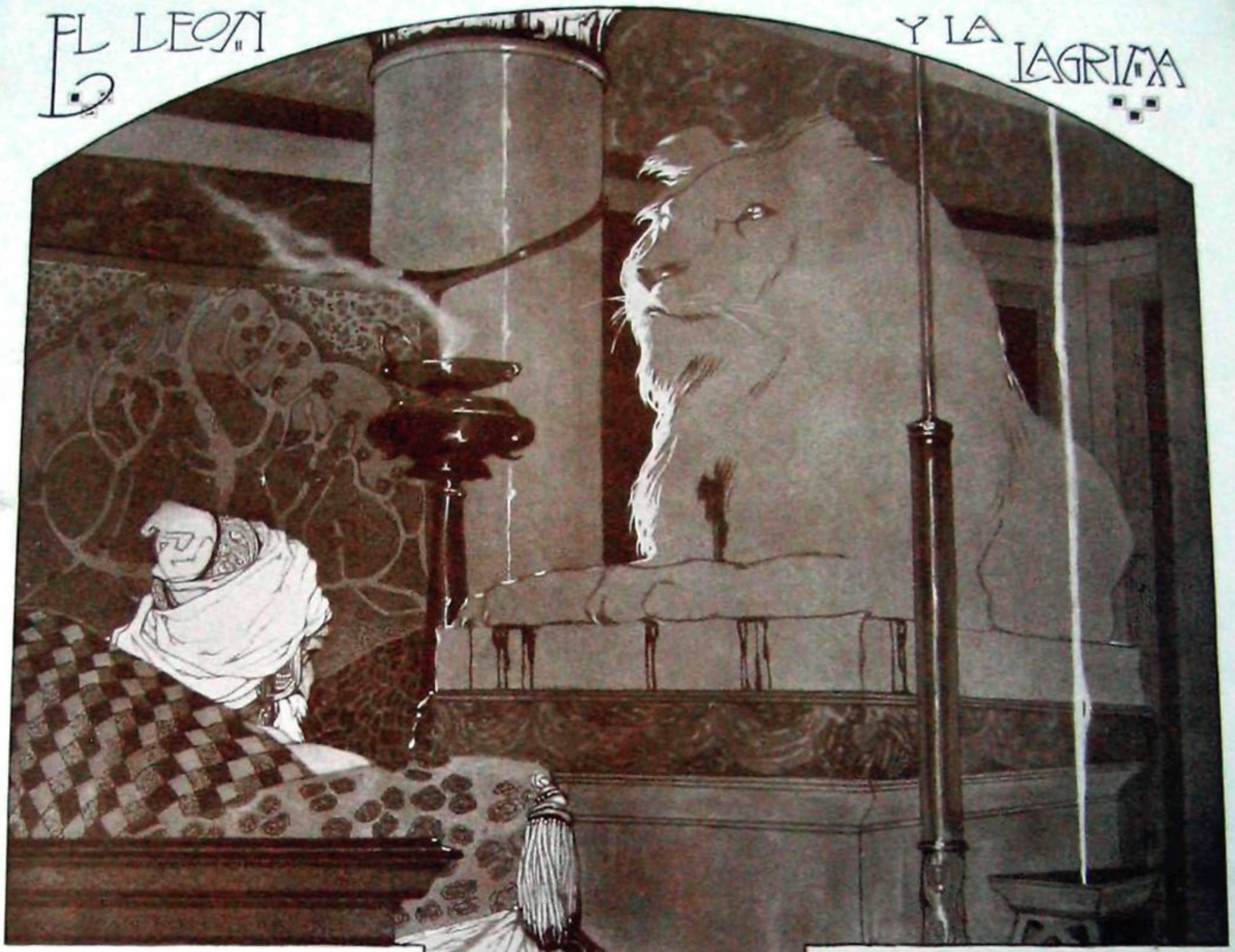
El ideal de una moral más noble y más digna del hombre civilizado mana de las páginas preceptivas de Rodó como la linfa de un manantial subterráneo. El cansancio que gravita sobre la especie humana, como resultado de enormes caudales de energías malgastadas, disípase al abrevar el espíritu en esa fuente maravillosa de salud. Parece que el vivir adquiriese una solemnidad inusitada. Que presidiera la armonía de nuestras ideas una divinidad de fisonomía helénica como la Atenea majestuosa que coronaba el Partenón. Y nos sentimos invadidos por una ola de sentimientos desconocidos, en los que prevalece el anhelo de la justicia; arrastrados por ráfagas espirituales; ascendidos por unas alas impalpables y poderosas, que son las de Ariel desplegadas como a conjuro en nuestros hombros. Tal es el milagro de la filosofía idealista del pensador uruguayo: ¡nave empavesada por la gloria, que nos lleva, del mundo material, hacia el reino celeste de la luz y la belleza!

De Rodó, en Montevideo, y sin que ello sea irreverente para su persona, suele decirse que es un hombre huraño, desdeñoso y grave, que esquiva las visitas y establece una muralla glacial entre él y el pueblo, con sus modalidades. Yo contesté a uno de los que tales reproches hacían, que también las águilas son taciturnas y enemigas de la asociación; que viven en las rocas áridas y escarpadas, como en perpetuo ensueño; que vuelan solas porque tienen confianza en sus alas; y que, tal como ellas en el mundo de las aves, suelen ser las águilas de la inteligencia en el mundo moral de los hombres: ¡Conquistadoras de un imperio solitario!

CAUPOLICÁN.

1910.

EL LEÓN Y LA LÁGRIMA



(Fragmento inédito de los «Nuevos motivos de Proteo»)

El pythónico Astiages, proscripto por tiranos cuya ruina predijo, vivía, ciego y caduco, en la soledad de unas montañas riscosas. Le acompañaban y valían una hija, dulce y hermosa criatura, y un león, adicto con fidelidad salvaje al viejo mago desde que éste, hallándole, pasado de una saeta, en el desierto, le puso el bálsamo en la herida.

De la hija del mago decía la fama una singularidad que era sobrenatural privilegio: contaban que en lo hondo de sus ojos serenos, si se les miraba de cerca, en la sombra de la noche, veíase, en puntual aunque abreviado reflejo, el firmamento estrellado, y aun cierta vaga luz, ulterior al firmamento visible, que era lo más misterioso y sorprendente de ver.

Ciaxar, sátrapa persa, que removía en el tedio de la saciedad las pavesas de su corazón estragado, ardió en deseos de hacer suya a esta mujer que en el misterio de sus ojos llevaba la gloria de la noche. Todas las tardes, acompañada de su león, iba la doncella en busca de agua a una fuente, que celaba el corazón bravío de un monte. Ciaxar hizo emboscarse allí soldados suyos, y para el león, fué un sabio nigromante con ellos, que prometió dominarle con su hechizo. Aquella tarde el león se adelantó como siempre a explorar la orilla breñosa, y no bien hubo asomado la cabeza entre las zarzas, recibió en ella emponzoñada aspersión, que le postró al punto sumido en un letárgico sueño. Cuando, ignorante y confiada, llegó su dulce amiga, precipitáronse los raptores a apresarla, buscó ella con espanto a su león, se abrazó trémula al cuerpo inane de la fiera, y al reparar en que yacía sin aliento, dejó caer sobre el león una lágrima, una sola, que se perdió, como el diamante que cayese dentro de pérsica alcatifa, en la espesura de la melena antes soberbia, ahora rendida y lánguida.

Ya apoderados los esclavos de la hermosura que codiciaba su señor, el nigromante decidió llevarle por su parte otra presea. Aproximóse con hierático gesto al león dormido, tendió hacia él las manos imponentes mientras decía un breve conjuro, y el león, sin cambiar una línea en forma ni actitud, trocóse al punto en león de mármol; tal, que era una estatua de realidad y perfección pasmosas. Cortaron bajo la estatua un trozo de tierra, que, convertida en mármol también, sirvió al león de zócalo o peana, y con tiro de bueyes llevaron al animal petrificado al palacio del señor.

Cuando apartó éste su atención de la cautiva, admiró al león y quiso que se le pusiera, como símbolo, en frente de su lecho. León que duerme, potestad que reposa. Desde alta basa, bajo el bruñido entablamento, quitando preeminencia a los unicornios de pórfido que recogían, a ambos lados del lecho, las alas de espeso pabellón de púrpura, el león, en actitud de sueño, dominó la estancia suntuosa.

Pero en lo interno de esa estatua leonina algo lento e inaudito pasaba... Y es que, en el instante del hechizo, a tiempo de cuajarse en mármol la melena del león, la lágrima que dentro de ella había se congeló y endureció con ella y quedó trocada en dardo diamantino y agudo. La lágrima entrañada en el mármol fué como gota de un fuego inextinguible dentro de durísimo hielo; fué como imantada flecha cuyo norte estuviese en el petrificado pecho del león. La lágrima gravitaba al pecho, pero venciendo a su paso resistencias de substancia tan dura que cada día avanzaba un espacio no mayor que uno de los corpúsculos de polvo que hace desprenderse, del mármol en trabajo, el golpe del martillo. No importa: bajo la quietud e impasibilidad de la piedra, en silencioso ambiente o entre los ecos de la orgía, cuando las dichas y cuando las penas del señor, la lágrima buscaba el pecho.

¿Cuánto tiempo pasó antes que con su lenta punzada atravesase la melena, hendiera la cerviz sumisa, penetrase al través del espacioso tórax, y llegase a su centro, partiendo el corazón endurecido?

Nadie puede saberlo... Era alta noche. Hondísimo silencio en la estancia. Sólo la vaga luz que alimentaba el aceite de una copa de bronce. Bajo la púrpura, el señor, decrépito, dormía. De pronto hubo un rumor como de levísimo choque: duro latido pareció mover, al mismo tiempo, el pecho del león y propagarse en un sacudimiento extraño por su cuerpo. Y cual si resucitara, todo él revistióse en un instante de un cálido y subido tinte de oro; en el fondo de sus ojos abiertos apuntó roja luz, y la mustia melena comenzó a enrularse como un mar en donde el viento hace ondas. Con empuje que fué al principio desperezo, después movimiento voluntario, luego esfuerzo iracundo, el león arrancó del zócalo los tendidos jarretes, que hicieron sangre, manchando la blancura del mármol, y se puso de pie. Quedó un momento en estupor; la ondulante melena encrespóse de un golpe; rasgó los aires el rugido, como una recia tela que se rompe entre dos manos de Hércules... Y cuando tras un salto de coloso las crispadas garras se hundieron en el lecho macizado de pluma, quien estuviera allí sólo hubiera visto bajo de ellas una sombra anegada en un charco de sangre miserable, y hubiera visto después los unicornios de pórfido, las colgaduras, los tapices, los vidrios de colores, los entablamentos de cedro, los lampadarios y trípodes de bronce, que rodaban, en espantosa confusión, por la estancia, y el león rugiente, que revolvía el furor de su destrozo entre ellos, mientras la lágrima, asomando fuera de su corazón, como acerada punta le teñía el pecho de sangre.

José Enrique Rodó.

Dibujo de Alvarez.

FIGURAS ESPAÑOLAS

Pérez Galdós.

Me propongo ofrecer a los lectores de PLVS VLTRA algunas semblanzas ilustres de la vida intelectual española, y exponer el pensamiento actual de esos hombres eximios. Procuraré también que me expresen sus ideas o impresiones acerca del país argentino.

Necesario es comenzar por don Benito Pérez Galdós. Es la primera figura de las letras castellanas, lo mismo de España como de América. Su prestigio es total, pleno y absoluto. Su nombre está consagrado por la devoción de dos generaciones. Y su obra es tan grande, tan extensa, tan abrumadora, que ante ella, verdaderamente, sólo cabe el prosternarse y enmudecer.

Yo he visitado ahora a Pérez Galdós en el teatro «Infanta Isabel», allá dentro, entre los bastidores, en un cuchitril angosto, lleno de humo de tabaco. En el escenario se representaba el último drama del maestro: *Sor Simona*. Y atravesando el desorden de las bambalinas, haciéndome camino a través de los comparsas y los actores, penetro en aquel cuchitril donde varias personas hablan a gritos sobre temas insustanciales. Y allí, hundido en un sillón, descubro a un anciano... Un anciano silencioso, abatido, maltrecho. Tiene siempre su cigarro de hoja entre los dedos. Pero el cigarro, el inevitable cigarro galdosino, parece ahora un símbolo veraz: está apagado. Sobre los ojos del maestro negrean los cristales ahumados de unas gafas. El maestro no ve. El también está apagado. ¡Ciego!

Yo resisto bastante bien la vista de los espectáculos deplorables. Pero al enfrentarme bruscamente con aquella ruina corporal, al contemplar el hombre amado, el hombre admirado, y verlo tan caído, tan viejo, tan derrotado, en el fondo del sillón, confieso que siento el raro temblor que suele preceder a las lágrimas.

Me tiende la mano huesuda y yo me inclino hasta el suelo. Me ofrece una silla a su lado. Hablamos.

Pero la palabra de Galdós, que nunca fué abundante y elocuente, ahora es corta y breve. A veces siento que se dirigen hacia mi rostro los dos círculos negros de sus gafas; quiere ver como antes; quiere estudiar el gesto del interlocutor con su curiosidad de psicólogo y de novelista. Pero, ante la imposibilidad, el maestro desiste. Sus ojos no ven. El alma debe contentarse con mirar hacia dentro...

Yo hago referencia al drama que se acaba de estrenar. Y el maestro, casi con una pueril arrogancia, dice:

— Es verdad, la obra está ahí; hace su camino. Ahora me preparo a escribir otra comedia. Al mismo tiempo estoy ordenando los apuntes para una novela.

Dice esto, y enmudece. Yo me callo también. Y aprovecho esta corta pausa para hacer mentalmente ciertos cálculos de orden estadístico. ¿Cuándo nació Pérez Galdós? El año 1843. Cuenta hoy una edad aproximada de 73 años. Sus obras novelescas, teatrales y críticas son más de 100.

Cuando un hombre ha dado a la patria y a la humanidad un centenar de libros densos, fuertes, y algunos de ellos geniales, parece que ese hombre debía tener derecho al descanso. Pero don Benito Pérez Galdós no puede descansar. Carece de fortuna; no tiene rentas. Como el muchacho que empieza su carrera, Pérez Galdós necesita trabajar para vivir; y entrega su obra a los cómicos o los editores con la prisa de quien anda poco abundante de dinero...

No culpemos a nadie, sin embargo. Cúlpese a la fatalidad del artista, que recibe de los dioses tantas mercedes, pero no recibe la facultad administrativa. El dinero ganado, que, sin duda, llega a una suma considerable, Pérez Galdós lo ha visto pasar por sus manos y huir aprisa. No ha sabido retener. Ha desconocido la virtud que en tal grado poseen otros. Ahora le sorprende la vejez, la ceguera... Con sus gafas negras y su cigarro apagado, el maestro monta en un coche de alquiler y va al teatro, a asistir al estreno de sus obras. Cuando muera, se le hallará frente a su secretario, dictando una escena o el capítulo de un libro.

De repente surge la palabra fatal: la guerra. El maestro se incorpora, como al impulso de un estímulo poderoso. Y me expone con calor su teoría. Es la teoría del intelectual que pone el porvenir del mundo en dos naciones vigilantes: Francia e Inglaterra. Su literatura se ha nutrido en la admiración de Balzac, Shakespeare y Dickens. Adora a Inglaterra y ama a Francia. En cuanto a su criterio político, necesariamente se inclina del lado de los aliados.

— Estas cosas no es prudente discutirlas,—exclama. — La guerra nos ha dividido a todos. Yo respeto el parecer de mis amigos... Pero mi opinión es cerrada, invariable y fervorosa: quiero y espero el triunfo de los aliados, para bien de la justicia y de las libertades humanas.

El maestro se calla ante el imperio de unas voces horribles... En el cuchitril lleno de humo ha entrado un cómico dando gritos. Viene con el rostro pintado y acaba de abandonar la escena. Se queja de uno de esos agravios de entretelones, fieros agravios de cómicos que son más violentos que un ciclón. El cuartucho donde estamos todos se ve en seguida colmado de gentes que gritan y discuten. Entran hombres disfrazados, pintados, vociferando como energúmenos. Uno de ellos trae uniforme antiguo de militar, con un sable de guardarropía al cinto. Es quien más fuerte vocifera, y temo que el airado cómico desenvaine su arma mohosa y comience a pegar planazos...

Entretanto, el maestro Pérez Galdós queda hundido en su sillón, como un barco viejo en mitad de un remolino. Sus 73 años de edad, sus ojos enfermos y sus cien obras literarias, no son bastante causa para eximirle de tan deplorables momentos.

Yo me coloco frente a él, para recibir en mi cuerpo pecador las posibles arremetidas del cómico energúmeno o los torpes empellones de aquellos exaltados. Pero la borrasca, cosa al fin de cómicos, se apacigua repentinamente. El director de escena acude, dando órdenes. Todos, rezongando, desaparecen.

Quedamos otra vez entregados a nuestra charla, y yo, mientras escucho las palabras un poco lentas y opacas del maestro, lanzo a volar mi imaginación por la generosa tierra argentina. ¡Cuántos brazos efusivos y fervorosos se tenderían en Buenos Aires para recibir al maestro, si el maestro quisiera cruzar el Atlántico!...

Hablamos, pues, de la Argentina, y el maestro hace alusión a los muchos amigos que desde las riberas del Plata le escriben constantemente. Dedica un recuerdo a don Roque Sáenz Peña, con quien tuvo lazos de cariñosa amistad.

De repente, yo exclamo:

— Dígame, don Benito, ¿por qué no se decide usted a visitar la Argentina?...

El señor Pérez Galdós no muestra sorprenderse mucho por la temeraria propuesta. Y dice sencillamente:

— Yo haría ese viaje muy gustoso. Siempre he tenido el propósito de hacerlo. Amo a la noble América... ¡Pero me falta salud, me falta la vista!

Yo me atrevo a insistir, y agrego:

— Maestro, sus objeciones no tienen bastante fuerza. Un viaje por mar se realiza actualmente con increíbles comodidades. Sería usted transportado dulcemente por un magnífico transatlántico español, y al pisar el suelo argentino, miles de admiradores le acogerían en sus brazos, miles de corazones harían que fuese allí su existencia la más suave, la más cordial, la más entusiasta...

Y el maestro dice, vacilando:

— En realidad, a mí no me asusta el viaje. Soy un viajero empedernido. No me mareo, no sufro en el mar... ¿Pero qué haría yo en aquel país agitado y laborioso? Mis costumbres son frugales; me acuesto temprano; mi comida es insignificante; carezco de aptitudes oratorias. ¿Qué haría yo allí, entónces?...

— No haría usted nada de excepcional, don Benito. Se dejaría usted agasajar. Mostraría usted su figura venerable, haría usted oír su voz amada a sus devotos de allá abajo. Sería usted el verdadero mensajero del espíritu español contemporáneo, que se ofrecería a los pueblos nuevos como una ofrenda de hermandad profunda y pacífica... ¿Por qué no atreverse?

Y el maestro, tal vez íntimamente convencido, murmura:

— No sé, no sé... Habría que pensarlo. Soy viejo, necesito que me ayuden para dar un paso... ¡Déjeme que lo piense!

Yo insisto todavía:

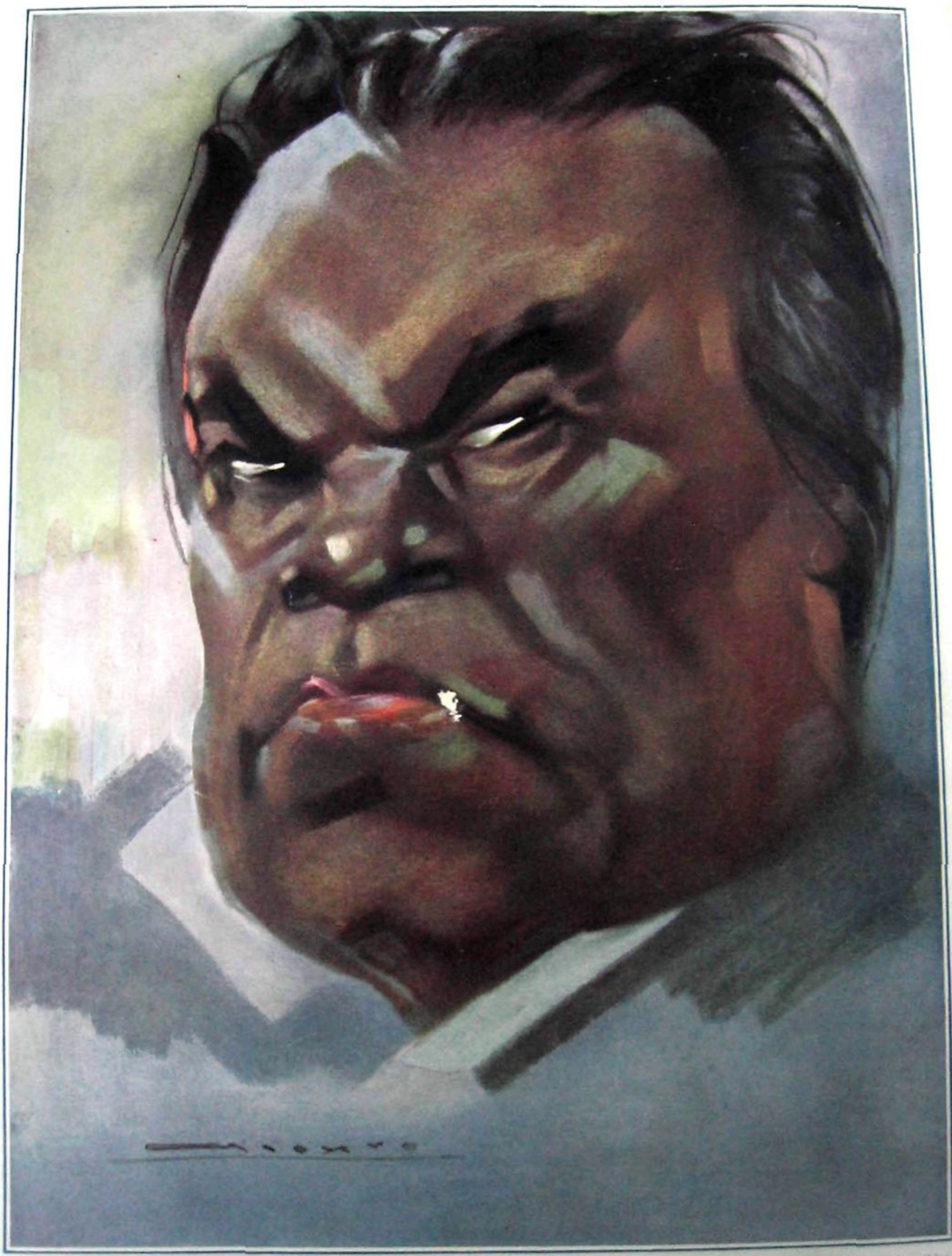
— Y bien, maestro; si otros organizasen su viaje, para que usted no sufriese mucha incomodidad, ¿se arriesgaría?... ¿Puedo decir a los lectores argentinos la última palabra decisiva?

— Dígales que el proyecto me seduce. Pero que necesito reflexionar...

Esto me ha dicho don Benito Pérez Galdós, el maestro de la literatura castellana. Yo traslado sus palabras al público argentino. El viaje del ilustre escritor sería cuestión de un poco de empeño y de un liviano esfuerzo de voluntad.

JOSÉ M.ª SALAVERRÍA.

MADRID, marzo de 1916.



RUBÉN DARÍO

PASTEL DE ALONSO

Su rostro era parecido al de Beethoven. Sus estrofas son también suaves y fuertes, como las cadencias del genial músico. Porque ostentaba en su faz y en su arte el sello de la grandeza. Fué un creyente desoyeido un millonario excéntrico que pedía limosna de amor para los humildes, imitando a los monjes mendicantes. Creímos en él, y le reservamos el mejor sitio de nuestras páginas, sin sospechar que pronto le habríamos de rendir este último homenaje.

Recuerdos del pasado

EL BUFON DEL RESTAURADOR

El Ramillete del 25 de Mayo

El día 25 de mayo, ese día que en otro tiempo considerábamos como un día de gratas expansiones patrióticas, de ardorosas y heroicas reminiscencias, era una fecha en que el entusiasmo patricio no tenía límites; y entre las manifestaciones del gobierno y del pueblo con que se saludaba la salida del sol, además de las salvas de artillería y de las estruendosas fanfarrias militares, primaban las numerosas corporaciones de los alumnos de los colegios, vestidos, imitando el traje de Adán, como los indios del Amazonas o del Orinoco, con taparrabo de plumas y corona de lo mismo en la cabeza y el carcax lleno de flechas a la espalda. Así eran conducidos, tiritando de frío, hasta el pie de la pirámide, a cantar en coro el himno nacional.

Era este el día en que mi tía la señora doña Angela de las Muñecas elegía para sus patricias manifestaciones, que con un orgullo colonial trascendían al público.

Adornaba las ventanas de su casa con colgaduras de damasco punzó, y en la noche con una multitud de faroles de colores, pues bien sabía ella que en ese día se presentaría don Eusebio de la Santa Federación a traerle el piramidal y monumental ramillete, galante obsequio del dictador argentino, general don Juan Manuel Ortiz de Rosas.

* * *

Don Eusebio de la Santa Federación constituía, con su estructura original, el bufón predilecto del señor feudal de Palermo, y en más de una ocasión con alguna chocarrería intervino atrevidamente en las recepciones diplomáticas y en otros asuntos análogos, donde su cuerpo curtido, como corrección, recibió una tunda de puntapiés.

Antes de ejecutar su retrato enlazando las reminiscencias de la edad temprana con el trasunto del pintor Carrandi, haremos una prolija relación de sus múltiples y disparatados títulos.

«General de la provincia, Conde de la estancia del Vino, Albacea y tutor de los bienes de don Juan Manuel de Rosas por derecho juramento a la verdad, Comprometido con la señorita Manuelita Rosas, Majestad de la tierra, Conde de Martín García, Señor de las islas Malvinas, General de las Californias, Duque de la quinta de Palermo de San Benito, Gran mariscal de la América de Buenos Aires.»

Alguna vez llevaba un casco dorado con las armas de la patria, capa de paño pardo con cuello y vueltas de terciopelo punzó, uniforme azul con vivos rojos, adornado con nueve medallas rosa.

Como se ve, no le faltaban fantásticos y disparatados oropeles al favorito loco, cuyo traje iba en armonía con el delirio de las grandezas que lo obsesionaban.

Don Eusebio era un zambo de regular estatura y de facciones obscuras y grotescas. Nariz algo achatada, frente estrecha y deprimida, labios lascivos, gruesos, morados, como tinta violeta, ojos chicos, pardos, lánguidos y sin brillo, y pelo y barba entrecanos, duros como cerda.

Sobre su cabeza de asno domado llevaba un sombrero elástico de obscurecidos galones en el borde superior, y plumachos viejos de todos colores, y en la extremidad de atrás colgaba una llave de hierro con que cerraba las puertas del castillo de Palermo.

Una casaca de vetusto uso y remendada, que en otra época fué de paño azul obscuro, hoy descolorido, con el cuello y botamangas punzó, presentaba las incurias devastadoras del tiempo; los faldones le acariciaban los ladeados talones. Asimismo, pendían de sus robustos hombros unas deshechas charreteras, obscuro el oro por la vejez sin fecha, que hacía *pendant* con una gran placa y grandes medallas de latón que entrechocaban al caminar, en su resaltante pecho, tan fuerte como el de un toro. La casaca nunca la llevaba prendida, con el coqueto intento de hacer resaltar su rojo chaleco, prendido con una botonadura variada de todos colores. Un pantalón blanco, abierto abajo, con botones de metal, y adornado con una vetusta franja de oro, concluía la estrafalaria indumentaria de este imbécil bufón del tirano.

* * *

Rodeado de pilletes de la calle, se presentaba don Eusebio en la casa de mi tía, la señora doña Angela de las Muñecas, llevando con marcado esfuerzo en sus robustas manos el famoso piramidal ramillete, fino obsequio del dictador argentino.

La señora, llena de alborozo, salía a recibirle; entonces el enviado extraordinario, tomando un desplante original y una apostura de arrogancia extrema, con un énfasis bárbaro de diabólicas contorsiones, le endilgaba el siguiente discurso, donde no escaseaba, de cuando en cuando, revoloteadas de ojos, de esos ojos que parecían que acababan de dormir una mona, que tanto se parecían a los de un carnero ahogado.

«Señora de la mayor respetabilidad americana y «urupea». El ilustre restaurador de las leyes y general de los ejércitos argentinos y de las Américas, mi excelentísimo padre y guardián, me manda que te venga a ver porque sos una patriota como no hay muchas, pues tu hermano y padre santo no reculó ni la pisada de un chimango a los godos, y por eso lo capugiaron y está ya muy «sosegao» en el sanjón debajo de tierra, y por eso el general de las Américas, mi padre el rey de Palermo de San Benito, le manda este ramillete tan «pesao» que vengo pujando como un animal y apenas lo puedo aguantar, para que a su «salú» lo coman con gusto.»

La señora, muy conmovida, a pesar de la grosera estructura del discurso y de la figura de pasiva locura del interlocutor, le daba efusivas gracias, deseándole mucha prosperidad en el gobierno y mucha salud a la real persona de don Juan Manuel, y, por último, le enviaba cariñosos recuerdos a Manuelita.

Don Eusebio daba media vuelta como si fuera un soldado, y se retiraba marcando fuertemente el paso y haciendo sonar los tacos de sus zapatones. Entonces, ¡oh dulce dicha!, nos llegaba el turno a nosotros los infantiles sobrinos, y mi santa tía, a pesar de la energía del primer momento, apenas podía defender el ramillete, que al fin caía en nuestras genizaras manos, y cada uno de los pequeños vándalos salía con ellas embadurnadas de almíbar, cabello de ángel, deshechos merengues, bombones y otras golosinas.

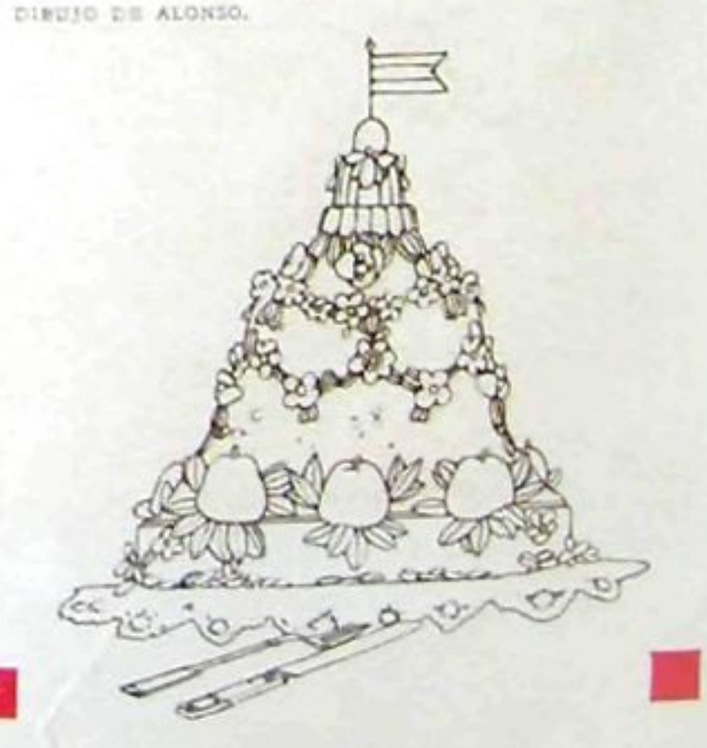
Desprendida y bondadosa como era mi tía Angelita, repartía el ramillete entre todos sus sobrinos y allegados.

Y es por esta galantería del dictador argentino que aprendimos de ella a denominarlo «Ilustre restaurador de las leyes.»

¡Ah! Con qué ansiedad e impaciente alegría, días antes, esperábamos el día de la Patria. Ese 25 de mayo del ramillete.

José Ignacio Garmendia.

DIBUJO DE ALONSO.



La colección de armas del General Garmendia

El general Garmendia nos recibe en el amplio hall de su casa. Hemos interrumpido su matinal lectura de diarios, y no es nuestra visita, por lo visto, de las que más le agradan, a juzgar por el gesto con que observa que tras de mí entra en la casa el fotógrafo y su ayudante, armados de máquinas, trípodes y demás bártulos del oficio.

Frente al arrogante militar, de gesto adusto y ademán enérgico, sentimos una necesidad irresistible de cuadrarnos como tristes reclutas. Le ofrecemos, con mano temblorosa, una tarjeta, que acredita nuestra insignificante condición de cronistas, y apenas si nos atrevemos a balbucir palabra.

El general nos mira de pies a cabeza, haciéndonos pasar un momento de verdadera angustia. Sospechamos fracasada nuestra interesante nota, con el agravante de ser sacados de allí tal vez a culatazos.

Los retratos de nobles caballeros, viejos antepasados del general, que cuelgan de las paredes, parecen animarse y cobrar vida, para clavar en nosotros la mirada fiera, increpándonos por el audaz atrevimiento cometido.

Pero he aquí que nuestra zozobra pasa, al escuchar la palabra del valiente patriota que, alargándonos la mano que tan gloriosamente empuñara la espada en cien combates, nos hace sentar a su lado.

— Y bien, amigo, ¿qué es lo que quiere?

— Queremos, general, que nos enseñe su colección de armas históricas, y nos permita hacer de ella una reseña en las páginas de PLUS ULTRA.

— Bien; está bien. Tengo, en efecto, muchas armas... cerca de novecientas. Vengan por acá.

Seguimos al general y recorremos con él las salas de armas, materialmente abarrotadas de sables, espadas, pistolas, lanzas, cascos, corazas, banderas y fusiles, y volvemos a tener nuevos sobresaltos rodeados de tanto material bélico, no tardando en sentir los escalofríos de la emoción al ver desfilar ante nuestros ojos las gloriosas joyas que el general Garmendia nos enseña, y cada una de las cuales evoca una página de la historia patria.

— Aquí tienen — nos dice — dos espadas del general San Martín. Esta me la regaló mi amigo inolvidable, el doctor Quintana; fué un obsequio del libertador al gobernador Luzuriaga. Esta otra me la mandó don Gonzalo Bulnes, y fué la que usó San Martín en Ballén.

— Estas dos pistolas — nos dijo — están hechas con hierro del aerolito que cayó en Santiago del Estero, allá por 1700, y pertenecieron a don Juan Manuel de Rozas; me las obsequió su hija Manuelita.

De un estuche, carcomido por el tiempo, saca el general dos nuevas espadas.

— Estas fueron también del restaurador. Con ésta hizo la campaña del desierto; tiene la empuñadura y guarnición de plata; me la dió el doctor Belgrano. Esta otra, que me obsequió el señor Gandulfo, tiene la guarnición de oro y plata, y un medallón en el que dice: «Rozas».

— Aquí tienen ustedes más espadas históricas.— Y nos señala una pared de la que cuelgan la del general don Juan Facundo Quiroga. La del general don Félix de Alzaga, con guarnición y vaina de oro; la hoja cincelada, y en el centro un medallón de cada lado, que dice: «¡Viva Carlos IIII» y en el otro «La Real Compañía»; la espada del coronel don Pedro Díaz de Vivar, regalo de su nieto don Mariano Díaz de Vivar; una espada boliviana de don Juan Aluralde; la espada de Fulgencio Yedros, tomada en Beribebuy por el mayor Manuel Campos, obsequio del general Gainza; la espada de don Jaime Alsina; las espadas del cacique Cañumil y del cacique Sayhueque; la espada que

LA SALA DE LANZAS Y BANDERAS, EN LA QUE EL GENERAL JOSÉ IGNACIO GARMENDIA, CONSERVA UN VERDADERO TESORO. EN ESTA SALA SE VE UNA VALIOSA ARMADURA QUE PERTENECIÓ A ENRIQUE II DE FRANCIA, VARIAS CORAZAS Y UN BUSTO DEL GENERAL, HECHO POR EL ESCULTOR HEBENLAIN.

SALA DE ARMAS, EN LA QUE GUARDA EL GENERAL, ENTRE OTRAS RELIQUIAS HISTÓRICAS, UNA CIGARRERA QUE PERTENECIÓ AL GENERAL DON JUAN GREGORIO DE LAS HERAS, UN PAÑUELO DEL GENERAL URQUIZA, UN ANTEOJO DEL GENERAL DON JUAN LAVALLE Y UN FLORERO CON EL RETRATO, EN ESMALTE, DE ROZAS.

fué del presidente Santos, toda ella adornada con piedras preciosas, y la espada peruana del general Vallibian, donada por don Adolfo Alsina.

De un estuche sacó el general dos espuelas de plata repujada, de gran valor artístico.

—Fueron, nos dijo, del Mariscal Santa Cruz, y me las regaló su hijo el coronel don Simón de Santa Cruz. Esta pistola que ven ustedes fué del general don Lucio V. Mansilla.

—No deja de tener interés histórico esta pistola escopeta, que el escritor Alejandro Dumas regaló al general Pacheco y Obes, y este revólver que perteneció al publicista don Florencio Varela. También es interesante esta pistola del marqués de Puente Fuerte, que fué encontrada en una toldería.

Este puñal, fué del coronel Luengo, y este cuchillo de caza, como verá usted por la inscripción, perteneció al serenísimo y potentísimo señor príncipe Carlos Conde Palatino del Rhin, Dux Romano, príncipe Elector, 1684.

Pasamos a otra sala cuyas paredes están cubiertas de lanzas y banderas. Allí vemos la punta de la lanza del coronel Suárez, con la que [illegible] tió y venció en Junín, regalada al general por su hija doña Leonor Suárez de Acevedo, y certificada por una carta de su esposo, la lanza del célebre Chachi, la de los coroneles Manuel Olcampo, Guarumba, Acuña, Avalos, y Bosch. La lanza de hierro del cacique Facallen, y las de los caciques Bartolo, Pedro, José y Cleto, tomadas por el general José María Uriburo, y la lanza del general Benavídez, gobernador de San Juan. También está allí el látigo-estoque del cacique Pichón.

Pasen ustedes a esta otra sala. Aquí verán una gran colección de banderas.

No pudimos menos de sobrecogernos ante aquellas gloriosas enseñas, que flamearon a la vanguardia del regimiento Sol de Mayo, del Batallón Provincial, del Regimiento de las Conchas [illegible]

LAUDO DE ARMAS, ENTRE ELLAS UNA ESPOLETA ANTIGUA QUE PERTENECIÓ AL GENERAL DON BARTOLOMÉ MITRE, Y QUE REGALÓ AL GENERAL GARMENDIA DON EMILIO MARTÍ[illegible] [illegible] ESPOLETA DE LA PRINCESA CARLOTA, REGALADA POR EL DOCTOR LAMAS.

Están allí también la bandera de Pavón, y las banderolas del coronel Meana, del general Caraballo, y del general Izquierdo, y la banderola bordada del regimiento de artillería que estuvo en el combate del Paso de Obligado.

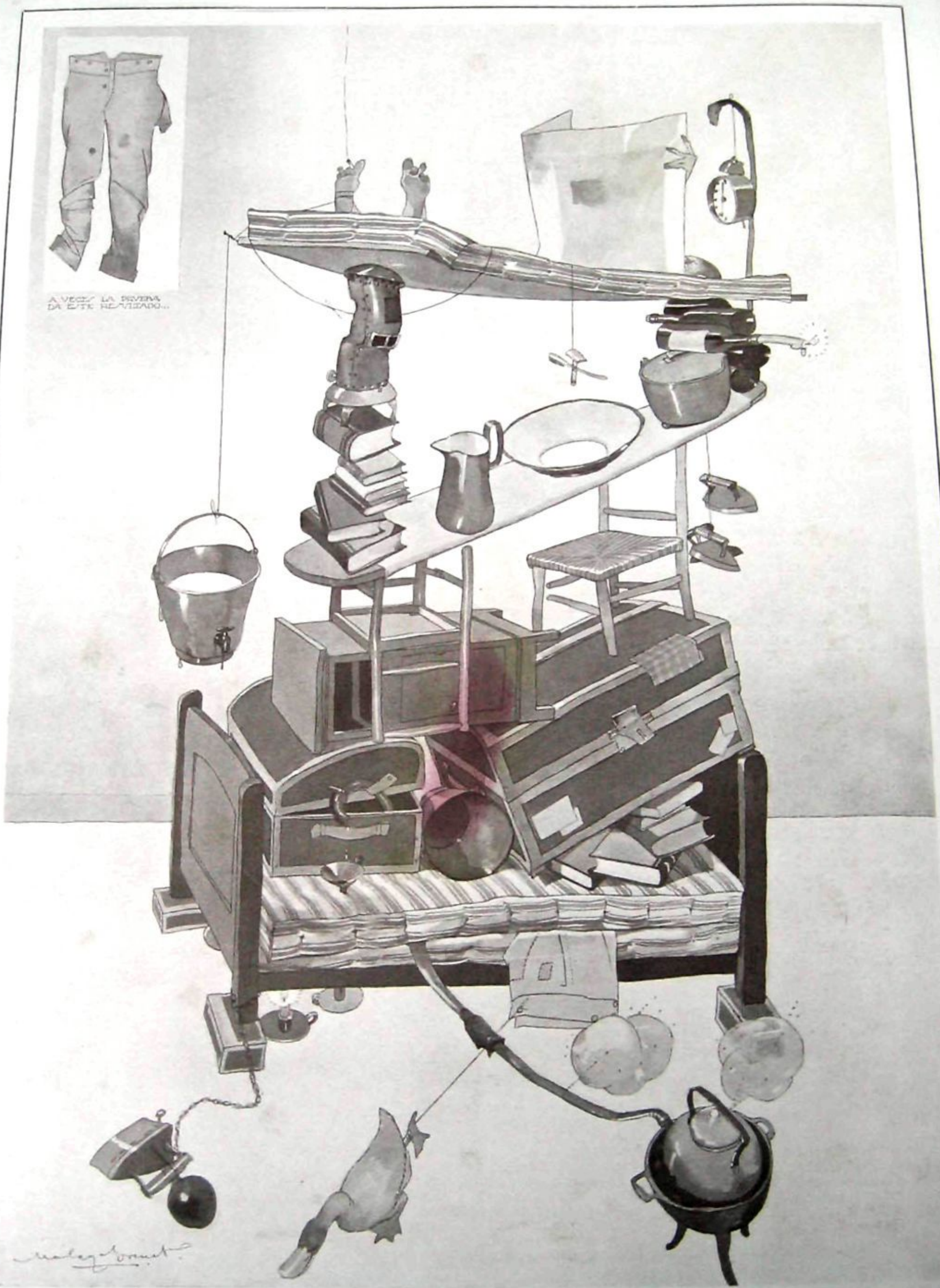
Sería largo enumerar en este corto espacio todas las armas históricas, verdaderas reliquias, que guarda el general Garmendia, debidamente documentadas, todas ellas con sus correspondientes certificados de autenticidad.

El general Garmendia, no es sólo un coleccionador de armas, su doble condición de soldado de la espada y de la pluma, ha ensanchado el horizonte de sus aficiones de coleccionista, y posee valiosas obras de arte en cuadros, miniaturas, joyas y libros antiguos. Tiene algunos cuadros de gran interés, como el que representa a Rozas joven, tocando la guitarra, y a su hermano don Prudencio, bailando un baile criollo, que regaló al general, don Manuel Baudrix, y otro cuadro que representa la decapitación de Avellaneda.

No ha sido nuestra intención hacer una biografía de este bizarro militar, cuya honrosa foja de servicios no cabría en los estrechos límites de esta crónica, ni nos hemos propuesto presentar al escritor, cuya obra literaria, ya juzgada por plumas como las del general Mitre, Ricardo Gutiérrez, Joaquín V. González, Vicente F. López, y Miguel Cané, es de todos conocida; así, pues, séanos permitido al cerrar esta breve reseña sobre la valiosa colección de armas históricas de este «hidalgo de alta cepa, exponente de la vieja y señoril cultura porteña» — palabras de Carlos Ibarguren — séanos permitido, decimos, repetir la frase de este distinguido escritor, que al ver al general Garmendia hacer esgrima a sus años en el Círculo de Armas, con arrogante agilidad, imaginó, dice, que así fueran los caballeros de capa y espada, de aventuras heroicas y galantes...

EMILIO DUPUY DE LOME.

GRAN SALA DE ARMAS, EN LA QUE ESTÁN LA ESPADA DEL TENIENTE PARAGUAYO J. LÓPEZ, DE GRAN VALOR HISTÓRICO, POR SER LA QUE ACOMPAÑÓ A ESTE VALIENTE DURANTE EL COMBATE DE VEINTITRÉS DÍAS, EN QUE LA CHATA A SUS ÓRDENES SE DEFENDIÓ CONTRA LA ESCUADRA BRASILEÑA; EL MACHETE DE ABORDAJE DEL CORONEL ROSALES; LA ESPADA DEL GENERAL SANTOS, GUARNECIDA DE RUBÍES, GRANATES Y ESMERALDAS, Y LAS ESPADAS DE LOS GENERALES MADARIAGA, PUEYRREDÓN, BLAS JOSÉ PICO, AMERALES, RAMÍREZ, LUIS M. CAMPOS, MITRE Y ANTONIO PALACIOS.



RECETAS ÚTILES

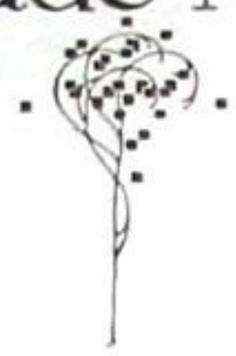
MODO DE PLANCHAR LOS PANTALONES

Procedimiento que debe emplearse para evitar las rodilleras, conservando la raya. La sencilla operación que indica el dibujo, debe practicarse todas las noches, para que dé buen resultado.

DIBUJO DE MALAGA GRENET.

Dos vidas

Por Amado Nervo



Guillermo y Antonio se encontraron, a los diez y nueve y diez y ocho años, respectivamente, huérfanos de padre y madre y con una cuantiosísima fortuna.

Guillermo era un muchacho práctico por excelencia. Tenía pocas, pero «exactas» nociones de la vida. En ratos de vagar, se había trazado un programa para el día probable en que fuese dueño de su dinero.

Lo esencial era evitar los fastidios y las penas. Sin duda alguna, la incertidumbre del mañana es uno de los más angustiosos estados de conciencia. Su dinero lo ponía a salvo de ella.

Fuese, pues, a ver a los Rothschild y convino con ellos en invertir todo su capital, menos algunos cientos de miles de francos, en valores *de tout repos:* Consolidado inglés, 3 % francés, Crédit Foncier; ciertas obligaciones ultragarantizadas... Papeles, en fin, que producían apenas unos con otros el tres y medio por ciento; pero más firmes que todas las firmezas (menos cuando a una camarilla militar se le ocurre decretar una guerra como la que padecemos...)

—Por este lado, —se dijo, —ya estoy tranquilo; las ondulaciones de la bolsa me importarán muy poco. No veré siquiera, porque es inútil, cotización ninguna. Ahora voy a ocuparme de lo demás.

«Lo demás» fué comprar una hermosa casa en el barrio de los Campos Elíseos, con los cientos de miles de francos sobrantes; amueblarla bellamente; llevarse a ella a sus viejos criados fieles y seguros.

Helo, pues, instalado, con renta fija y ánimo sereno.

¡Qué había de hacer sino vivir! Vivir bien; vivir sobre todo, en paz...

Pensó que en los años mozos nos viene a ver una visita peligrosa: el Amor.

La segunda parte de su programa fué suprimir esa visita.

El amor siempre hace mal; siempre está erizado de púas...

—¡Compremos, —se dijo, —el amor que pasa!

* * *

Antonio, como no era un hombre tan previsor, ni colocó su dinero en casa de Rothschild, ni defendió celosamente su libertad.

Un día vino a buscarle el amor en la más común de sus encarnaciones; se llamó para él María, fué rubia, tuvo diez y ocho años. Lo demás lo dijo la vida... Dos lustros después, siete hijos ensordecían la casa.

Hubo alternativas vulgares de sombra y luz; chicos enfermos, malos negocios, horas de beatitud íntima en la placidez del hogar; hubo de todo, de todo...

Guillermo iba poco a casa de Antonio. Solía decir como el viejo Fontenelle: «A mí me gustan los niños sólo cuando lloran... porque se los llevan!»; y encontraba duro, como Schopenhauer, que deba uno oír llorar su vida entera a los chicos, ajenos o propios, simplemente porque uno mismo lloró algunos años.

Su carácter se volvió suspicaz y desconfiado. Tenía, sobre todo, fobias frecuentes. Una de ellas era la del *sablazo*. En cuanto un amigo lo trataba con más amabilidad que de costumbre, Guillermo procuraba acorazarse de esquivez.

«Este quiere dinero...», pensaba angustiado, y abreviaba la conversación.

A su casa no entraban sino ricos axiomáticos; definidos; *sin sospecha*, como la mujer de César. Para ellos siempre había un cubierto en su mesa. Como que la gente que se respeta, no debe dar de comer sino a los ricos, ni hacer obsequios sino a los ricos. Los pobres tienen una gratitud tan vehemente que no olvidan nunca ni un pedazo de pan que se les ha dado. Son como los perros; se dejarían matar por el que tuvo para ellos una caricia. Eso molesta, como todo sentimiento excesivo... Los ricos, en cambio, con qué gracia, con qué elegante escepticismo salen diciendo de los mejores banquetes que los han envenenado...

Cierto, alguna vez, un hombre famélico se llegó al hotel de Guillermo. Pero ante la verja había un portero imponente. En la portería, además, sobre una mesa de roble, se amontonaban volantes que decían:

«Nombre del visitante...»

«*Objeto de la entrevista*...»

El portero, por otra parte, se encargaba de manifestar al candidato a visita, que el señor no estaba en casa sino los sábados, de doce a una de la mañana, para la «gente conocida».

Un hosco silencio, una árida soledad, acabaron por saturar el hotel. La gran puerta de hierro sólo dió paso a los automóviles señoriales.

La paz de Guillermo estaba ultraconquistada. Su palacio era una deliciosa Tebaida, llena de aristocrático mutismo.

Ni siquiera las miradas de los pobres podían recrearse en los céspedes de fresco terciopelo, en los plátanos de aleopardados troncos y hojas diáfanamente verdes...

* * *

Guillermo y Antonio llegaron a viejos.

Antonio, siempre ocupado en la vulgaridad de su vida; en casar a sus hijas, en establecer a sus hijos, en querer a sus nietos, en servir a sus amigos.

Ninguna pena común le fué ahorrada; pero tampoco supo jamás lo que era tedio. Una tranquila identificación con su destino, se le otorgó como premio. La existencia nunca le dió miedo; tuvo para él siempre un aspecto de familiaridad cordial, aun en lo hondo de las penas.

* * *

El castigo de Guillermo no estuvo empero precisamente en el hastío; el hastío es también lote de altruistas, cuando el altruismo no alcanza ciertos niveles poco comunes. Claro está que el egoísta lo ve cara a cara y en todo su imponente horror; pero hay algo más espantoso que ese mal, en los crepúsculos de las vidas baldías, y es encontrarse con el éxtasis del bien a la hora de nona. Comprender ya tarde la voluptuosidad divina de hacer felices a los demás.

Un día Guillermo paseaba solo y a pie por cierta avenida. Acercósele un muchacho:

—Mi padre, —le dijo, —no tiene trabajo desde hace veinte días. Está enfermo. Mi madre se muere del pecho. Somos seis chicos. Tenemos hambre.

Como ven ustedes, el caso no podía ser más vulgar...

Naturalmente, Guillermo se encogió de hombros y continuó su paseo. Pero el chico insistió:

—Somos seis. Tenemos hambre.

—¡Déjame en paz! Todos vosotros sois unos industriales de la mendicidad, unos mentirosos.

El chico no entendió lo de industriales; pero sí lo de mentirosos.

—Venga usted a casa conmigo, —replicó; —verá qué cierto es...

«Verá qué cierto es...»

Vínole un capricho.

¿Qué tenía que hacer a aquella hora? ¿Ir al club? ¿Jugar la eterna partida de tresillo?

La miseria podía ser pintoresca. Jamás la había visto. Era quizá el único espectáculo que le faltaba en la vida.

Llamó un taxi. Hizo que el harapiento fuese en el pescante, con el chauffeur.

* * *

No os voy a describir ni el barrio, ni la escalera húmeda y obscura, ni el cuartucho fétido, ni los montones de trapos descoloridos sobre los cuales se agitaban, tosiendo, el padre y la madre del chico; ni el ir y venir monótono de los hermanillos desnudos y hambrientos.

Escenas son éstas que los no millonarios hemos tenido, desgraciadamente, muchas ocasiones de contemplar en la vida.

El hombre práctico tuvo piedad...

Esa flor divina de la compasión, esa «debilidad» portentosa del alma que inclina las frentes más altivas hacia las más humildes; esa ternura repentina que se nos mete en las entrañas; ese momento supremo de «comprensión» en que sentimos la identidad de todo espíritu con el nuestro, la *deidad* de cuanto alienta al par que nosotros; en que se descorre el velo de la ilusión tenaz, madre de las diferenciaciones injustas, de las clases, de las categorías, hizo presa en Guillermo... fundió a los rayos de su calor esencial todo aquel egoísmo de cincuenta años...

Y cuando su dinero fué misericordioso, por primera vez en la vida, y transformó el infecto desván en nido de risas, de esperanzas, de bendiciones; cuando él, encontrando a la existencia un nuevo, un maravilloso, un repentino sentido lleno de divinidad, pensó: «De hoy más consagraré mis días a los pobres», una voz interior, un presentimiento imperioso le contestó: «*Demasiado tarde*...» y comprendió con espanto que lo invisible iba a negarle el más noble de los privilegios humanos: el de la caridad.

Una de tantas enfermedades agudas, ponía punto final — pocos días después — a aquella vida tan colmada de *sentido práctico*, en cuyo ocaso había aparecido por un instante, como visión de tierra prometida, la posibilidad celeste del bien...

DIBUJOS DE ALVAREZ.

La vida azarosa de Cervantes

POR JULIÁN DE CHAMRAS, PARA «PLVS VLTRA».

Las más notables obras de la literatura universal, con raras excepciones, ocultan en las fuentes de su concepción genésica una misteriosa suma de dolor. Boecio escribe en una prisión su pequeño libro *De consolatione philosóphica*, que le inmortaliza; Dante, proscripto, forja durante las veladas tristes del destierro su viaje por los dominios de Plutón, y nace la *Divina Comedia*; es en la cárcel donde Campanella idea su *Civita Solis*, y Buchanán, el poeta latino, pule su *Paráfrasis de los Salmos*; Milton, anciano, pobre y calumniado, dicta a sus hijas, sumido en la noche profunda de su ceguera, los magníficos cantos del *Paraíso Perdido*; el inmortal autor de *Lusiadas*, Luis de Camoens, perfecciona las páginas de su poema en Macao, viviendo miserablemente y deportado por un virrey irascible; y por último, para entrar en nuestro tema, vemos a Cervantes, el gran Cervantes, crear el libro más genial y la joya más pura de la literatura española, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, encerrado en una obscura cueva por los exasperados vecinos de Argamasilla de Alba

«*¿Qué es, pues*, dice Helps, *lo que produce en la raza humana más pensamientos profundos? No es la ciencia; no es la conducta de los negocios; no es tampoco el impulso de los afectos; es el sufrimiento, y sin duda por eso es que se sufre tanto en este mundo.*»

Quizá para ningún escritor fué tan adversa la vida como para Cervantes. El camino por donde había de llegar a la inmortalidad aparece sembrado de espinas. Se le ve, siempre, errar como un peregrino sin ventura, dentro y fuera de su patria. Cuando niño, rachas de veleidosa fortuna le llevan, con los penates de su hogar, de villa en villa, como una embarcación sin brújula. Cuando joven, viste los arreos militares; cae en Lepanto, herido de tres arcabuzazos y con la mano izquierda destrozada; presta servicios en muchas campañas; se distingue por su valor; y al hacer balance, tras penosos años, se encuentra con la misma ropa de soldado que vistió al ingresar en la compañía del capitán Diego de Urbina. Los piratas de Argel le toman cautivo. Cinco años y medio de cruel esclavitud nievan sus horas, lentamente, sobre aquella frente pensativa, clarividente y genial, y sólo cuando el cáliz de tanta amargura rebalsa con la última gota del sufrimiento, llega el suspirado rescate que le devuelve a la vida de hombre libre. Y así después. Y así siempre. La suerte, con argucia felina, pareció en ciertas ocasiones rendirse a sus plantas, como domeñada por su infatigable espíritu, como vencida por la sarcástica sonrisa que subía a flor de sus labios cada vez que el dolor se encarnizaba en él; pero luego, abiertas de improviso las zarpas, desgarróle el pecho con alguna nueva contrariedad. No cejó por eso, el glorioso manco, en su perseverancia. Prosiguió, sereno, el andar; cada vez, eso sí, más melancólicamente irónico; cada vez aureolado por una soledad más inmensa y ungido por una resignación más noble.

La literatura en boga influenciaba los ánimos con el relato de caballerescas aventuras, y tal vez ella, como falaz sirena, deslizó al oído de Cervantes deslumbradoras esperanzas, cuando dejando en Italia el servicio de Monseñor Aquaviva, sentó plaza en las tropas pertenecientes al tercio de don Miguel de Moncada. Mas, desde tal día, empezó su vía crucis. Como en ese extraño y terrible suplicio en que el condenado recibe una intermitente gota de agua que ha de horadarle, fatalmente, el cráneo, el dolor, desde entonces, empezó a destilar sobre su corazón, igual que pesadas gotas de veneno, toda clase de sufrimientos y decepciones, sin que tal tormento cesara hasta el día en que la muerte cristalizó sus pupilas.

¡Cuántos hombres hubieran quedado destrozados con lo que Cervantes sufrió durante la juventud solamente!... Sin embargo, el noble hidalgo quedó siempre erguido, entre el derrumbe de sus esperanzas. Desde que el mundo le abrió sus puertas, vió proyectarse en su sendero la sombra de una horrible cabeza de Gorgona: era la fatalidad, en acecho de su pasaje. La poesía acarició su cerebro de adolescente; pero en la dorada lontanza de entonces el espejismo de la vida marcial tenía más esplendores y más belleza. Cervantes reincidió en las armas, aunque de ellas ningún provecho tuvo. Fué desorientación, quizás. En cambio las letras, aunque en la juventud se desviara de ellas, conservárone el codiciado sitial de príncipe y la corona de oro de la inmortalidad.

Cuando la preocupación interna que animara su vida en los primeros albores pesó sobre su conciencia, entonces Cervantes dejó las armas para siempre, como quien abandona a una querida infiel. Comprendió que había equivocado el rumbo. Y el sufrir pasado y los anhelos marchitos aguijonearon su sentimentalismo, reconquistándole para la literatura. En esta época el amor pasa como un relámpago por su alma. Un doble idilio llena dos capítulos de su existencia. Entre ellos hay un breve paréntesis. El primero es fugaz, lírico; tiene el perfume sutil de esos pequeños jazmines de Arabia que languidecen al primer rayo del sol. El segundo ostenta la hermosura de las dalias; pero ¡ay!, como a ellas, le falta el aroma; proyecta, sin embargo, una claridad beatífica hasta el final de la vida de Cervantes. Del amor que muere, quédale una hija, como el desprendido pétalo de una flor. Del amor que vive, conserva la *Galatea*, que es ofrenda ante una visión nupcial.

Su ingenio busca el teatro para volcar en él todo el caudal de impresiones que lleva en la mente. Pero como el dolor gravita sobre su corazón cuando se abstrae en reflexiones, su primera pieza, *Los tratos de Argel*, es una relación del cautiverio pasado. La pluma sigue corriendo sobre las cuartillas de papel; sus obras pasan por el tablado escénico; y sus éxitos, aunque medianos, le crean émulos y envidiosos.

Vuelve a bajar la sombría tristeza en su vida interior. Su sosiego, asimismo, tiene alternativamente flujos y reflujos como el mar. Cuatro veces, durante los empleos y las ocupaciones que le obliga a aceptar la necesidad, se encuentra envuelto en cuestiones judiciales, acusado de malversador de fondos, de homicidio y de otras inculpaciones injustas. Caen sobre él fríos desengaños de familia. Halla en su esposa un temperamento sin afinidades con el suyo. Sufre el desprecio de *quienes no le comprenden*, y la humillación de los poderosos que no recuerdan sus servicios o desdeñan la dedicatoria de sus obras. Y la malevolencia de los unos, la sátira zoilesca de los otros, el vacío del hogar, las esperanzas fracasadas y el dejo de los pesares añejos, abren en su pecho una llaga profunda, viva y dolorosa. De ella brota como una maravillosa flor simbólica, en la humedad y el silencio de una prisión, el *Don Quijote*... ¡la inmortal novela que Heine encontrara esencialmente romántica, contra todas las opiniones vertidas hasta entonces!

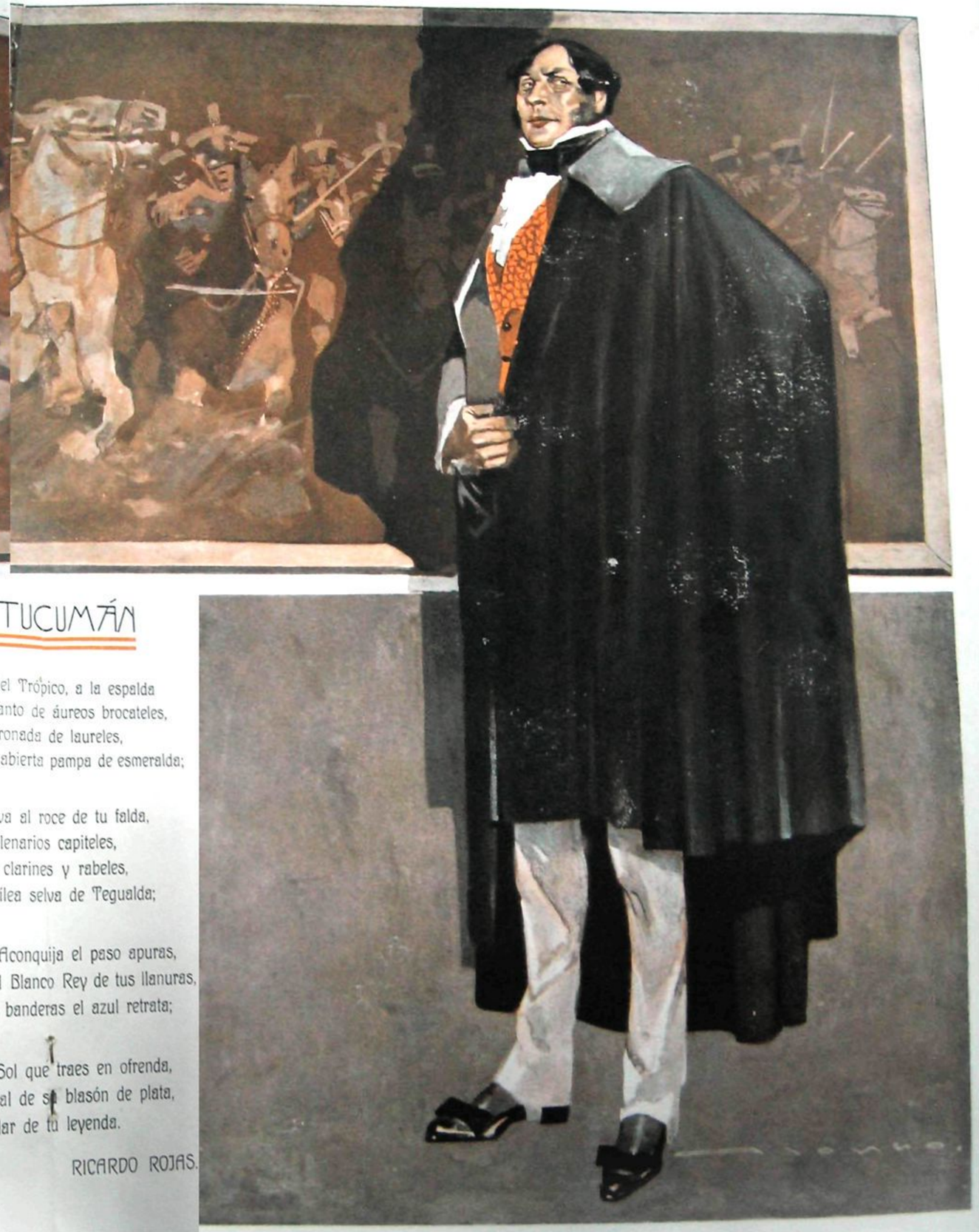
Si los obstáculos, según Michelet, son grandes estímulos, también debemos convenir en que las obras de los seres que han sufrido mucho están sublimizadas por el dolor. Y por eso son tan bellas. Y tan grandes.

ÚNICO RETRATO QUE SE CONSERVA DE LA HIJA DE CERVANTES

Refiere Prescott en sus *Ensayos*, que en una visita del Arzobispo de Toledo al embajador francés en Madrid, allá en los principios del siglo XVII, varios caballeros que pertenecían a la embajada comentaron elogiosamente el *Don Quijote* y a su autor, a quien dijeron deseaban conocer. Cuando supieron que Cervantes había sido soldado y que se encontraba anciano y en la pobreza, uno de ellos exclamó: — «*¿Cómo, el señor Cervantes no tiene una buena posición? ¿No tiene una pensión de los fondos del Estado?*» — «*¡Qué el cielo nos preserve*, fué la respuesta, *de verle jamás al abrigo de la necesidad, si es ella la que lo impele a escribir! ¡su pobreza es la que hace al mundo rico!...*»

Cuando Cervantes escribió la segunda parte del *Quijote*, no sé por qué, para el que conoce su biografía, parece que hubiera condensado en ese hondo desencanto final que precede a la muerte del caballero andante, un sollozo inmenso que él llevaba entre sí. Y por eso es que ningún escritor ha conseguido igualarle en el epílogo. «*Sólo Shakespeare*, dice uno de sus comentaristas, *pudo mirar con ojos serenos esta gloria superior a las demás humanas, porque sólo él, como Cervantes, supo convertir una lágrima en una sonrisa y una sonrisa en una carcajada, y al final, trocar la carcajada en sonrisa y hacer que la sonrisa volviera a ser sollozo.*»

-PLVS VLTRA-



A TUCUMÁN

Mensajera del Trópico, a la espalda
Ceñido el manto de áureos brocateles,
Avanzas, coronada de laureles,
Rumbo a la abierta pampa de esmeralda;

Vibra la selva al roce de tu falda,
Bajo sus milenarios capiteles,
Sonante de clarines y rabeles,
Como la ercilea selva de Tegualda;

Y desde el Aconquija el paso apuras,
Buscando al Blanco Rey de tus llanuras,
Que en sus banderas el azul retrata;

Virgen del Sol que traes en ofrenda,
Para el metal de su blasón de plata,
El ícono solar de tu leyenda.

RICARDO ROJAS.

Buenos Aires, 1916.

GODACHE DE ALONSO.

Tertulias de antaño

PAULINA BELAUSTEGUI DE ARANA

UNA ESCENA DE "CAMALIA", INTERPRETADA POR LAS SEÑORITAS SUSANA LARRETA Y QUINTANA, LUISA DE BRAYER, RAQUEL ALDAO Y SEÑORES JORGE QUINTANA Y LUIS GARCÍA LAWSON

PAULINA BOSET DE MANGUERA

MARIA IGNACIA ALDAO FERNANDEZ ALDAO

DOLORES FERNANDEZ DE QUIROGA

ROSA ANCHORENA DE IBÁÑEZ

BERNARDA PARÍAS DE ANDRADE

GERTRUDIS MERLO DE LAVALLOL

SEÑORA DE DEL PINO

ANTOLINA VIDELLAC DE MORENO

MARÍA LUISA ESCUDERO DE MARCELINO

AGUSTINA BERAS DE MARSILLA

JUANA CASON DE ALMEIDA

Las dos mil leguas húmedas y peligrosas que hay entre la Argentina y el más cercano puerto europeo, eran entonces obstáculo casi infranqueable. Sólo por motivos de negocios urgentes, conspiraciones patrióticas y estudios juveniles se desafiaba el océano en viaje de ida. Y como las tertulias son cuarteles de invierno para las sociedades sedentarias, antes del glorioso 1810 estaban en auge las reuniones familiares.

Nuestras abuelas y nuestros abuelos pasaron, pues, de tertulia en tertulia aquellas veladas invernizas. El charloteo, las músicas de aquellos pianos que aun conservaban semejanzas con los claves, los inocentes juegos de prendas, el rosario, la política y otras ocupaciones honradas servían de marco al amor, un amor que diera vida a la generación gigantesca de mayo.

Luego vinieron las tertulias donde se rezó por los padres, esposos, hermanos y novios que luchaban en las guerras patrias; después las reuniones jubilosas de la libertad, y por último las veladas del Terror Rozista, turbadas por los mazorqueros y disueltas por la fuga y el destierro. Tal vez la costumbre de pasar largas temporadas en París no sea una moda, sino un caso de atavismo.

Lo cierto es que las tertulias pueden ya considerarse terminadas, salvo algunas placenteras excepciones presididas por alguna señora anciana.

En cuanto a las tertulias veraniegas, también han sufrido las mudanzas que trae el progreso.

Si a nuestros abuelos fuera dado contemplar las magníficas playas de Mar del Plata y Necochea, así como las estaciones veraniegas de las sierras de Córdoba y Mendoza, donde las familias distinguidas pasan la temporada estival, de seguro que quedarían con tamaña boca abierta.

No hace aun sesenta años que las familias que podían darse el placer de veranear, tenían que someterse a un martirio digno de la canonización.

Trasladarse a una quinta en San José de Flores, San Isidro, Olivos o San Fernando era empresa temeraria, pues casi no se disponía más que de la carreta para hacer esos viajes.

La carreta es un vehículo amigo de baches, relejes y atracaduras, y, por lo tanto, descortés con las damas, cuyos lindos huesos se entretiene en moler. Pero los incidentes molestos del viaje eran los que lo hacían interesante y daban lugar a comentarios pintorescos:

—¡Sí, misia Aurora, si no es por papá, que iba a caballo y nos hechó una cuarta, todavía estábamos en el bajo, oyendo renegar al boyero!

—Los caminos están feos por las lluvios...

—¡Y qué tierra!... Con decir a usted que tomaron a mamá los peones de casa, por la negra Florentina, de tanto polvo como tenía en la cara!...

La vida en la quinta no podía ser más patriarcal. La siesta era siempre el número saliente del programa de veraneo. De tarde, las mamás y las niñas recibían a sus relaciones y pasaban unas horas tomando mate y oyendo las melodías criollas de algún cantor de mentas; a veces se organizaban cabalgatas, si el veraneo era en San Isidro, Olivos o San Fernando, a la orilla del río, y allí distraíanse en amena charla, sentados sobre algún acantilado de las toscas o viendo cruzar, con sus velas desplegadas al viento, a algún paquete de ultramar o ballenera que bajaba de las islas.

Lo más encantador del veraneo de antaño era la cena. Esta tenía lugar a la tardecita, bajo el clásico parral, y allí, reunida toda la familia, hacía honores al menú, compuesto en su mayoría de productos cosechados en la quinta, o bien se saboreaban los melones y sandías regalados por el vecino.

De noche todo era silencio; el pueblo dormía con la tranquilidad del justo; pero como el amor vela y es de por sí alborotador, no faltaba en noches de luna la serenata que iba a recordar en su lecho a la bella, y se oía una voz cálida y enamorada que cantaba:

«Si mi canto interrumpe tu sueño,
perdóname, perdóname...»

Los perros ladraban protestando de los alborotadores, las mamás se desvelaban, los papás daban un compás de espera a los ronquidos y al día siguiente ya tenían las niñas tema para la murmuración y para dar bromas a alguna amiguita.

X. X.

ESTILOS CRIOLLOS

DIABETES IMPROVISADA

Cuando don Celedonio Fernández se hubo juntado con el toco de pesos *suficiente a cubrir una* retirada honrosa, no trepidó en ausentarse de los negocios, endosando el suyo de almacén a sus únicos sobrinos; dos *chicucos* (¡*altro* que chiquilines!) que últimamente habían asumido con él las impertinencias del daca y toma, en el vaivén del tráfago mercantil, ejercido al menudeo con arreglo al apretado régimen del «contado rabioso». Hoy no se fía, mañana... tampoco.

Dueño ya de *un campo flor, ubicado donde el* diablo perdió el poncho, y comprado a plazos cuando esa forma adquisitiva no era aun un escándalo manifiesto; propietario de dos inmuebles arrabaleros, suministradores de segura renta y con varios depósitos a premio en diferentes establecimientos de crédito que todavía no se habían fundido estrepitosamente, don Celedonio creía haber hecho la América, y sólo esperaba que la América le hiciese a él... *menos chúcaro y bagual* de lo que había sido cuando, cincuenta años antes de su jubilación, arribara a estas hospitalarias playas, tan propicias en otrora al «sport» de juntar chala, cuando precisamente se sembraba menos maíz.

Viudo de una pobre señora, toda la vida de cuidados llena, y muerta tétrica y obstétricamente la primera vez que salía de cuidado, don Cele se encontraba *«sólo su alma», sin animársele al asunto* de la «reprise» conyugal, maliciando que la «jetta» podía jugarle una como la de vez pasada.

Habiendo entrado de lleno a la jubilación comercial, sin familia íntima, proveedora de cavilaciones, y en una edad (sesenta y dos en buen uso) que se caracteriza por la austera severidad de costumbres, don Cele se habría enloquecido frente al «tedium vitæ», si no hubiese contado con tres copiosos manantiales de amenidad, *que tenían* templadas, como guitarra en ejercicio, las *cuerdas de su espíritu vibrante. Los placeres* de la mesa a la española, la lectura de cuanto papel impreso caía a sus cortos alcances, y el cuidado esmeradísimo de su preciosa salud, absorbían por completo la desocupada vida de don Cele, quien a consecuencia de una ociosidad material, casi nunca interrumpida, resultaba ocupadísimo en la vertiginosa actividad de su «far niente».

Cuando ingresó a la pasiva del comercio, pensó *pasar en sus nativos pagos el dilatado resto de sus* días; al efecto, emprendió el viaje de reimpatriación, con un macuco programa de esperanzas e ilusiones. Pero, a las pocas semanas de su reintegración al pueblito natal, entró a atropellarle una nostalgia bárbara de las cosas argentinas. ¡Natural! Allí, en su propio cotarro, no le conocía «nadies», ni se le había perdido cosa alguna que le intrigase los redaños del alma. En cincuenta años *de continuada ausencia, el elenco de sus conte*rráneos se había modificado tan acabadamente, que don Cele se aburría de un modo capaz de dar compasión a sus improvisadas relaciones.

Lo que mayor estrilo le causaba era la sordidez de sus paisanos, junto con la cínica chacota que ponían al hablarle, envidiosos de su posición holgazana y bien abastecida. Mientras le bandeaban a puros pechazos, llorando lástimas verdaderas *o fingidas, le llamaban a hurtadillas «el tío Rena*cuajo», acordándose de que a su señor padre le habían llamado «el tío Rana». Este descubrimiento, debido a un viejito casi centenario, causó las delicias del pueblo y empezó a cabrear a don Cele.

Para colmo de desventuras, el ex almacenero no tenía gente con quien conversar «como la gente». Acostumbrado en su vida de mostrador al roce urbano de sirvientas bien y a la verba de *oradores ácratas y compadritos ladinos, que mien*tras copetineaban de parados, hacían «sprit» a su manera, el desterrado en su patria extrañaba el trato espiritual, despertador de facultades, que agiliza el pensamiento y sugiere destrezas inesperadas, en las «fintas» del lenguaje intencional, que ellos le dicen hablar con disfraz.

La sociedad de unos pocos ociosos, con quienes algún que otro domingo se jugaba una azumbre de sidra, al «tute habanero», ¿podría hacer las delicias del afinado y despierto don Celedonio? No *me parece... Acostumbrado al chicaneo porteño* y al lenguaje aquí adquirido, los timos ya gastados, las caídas arcaicas y las ingenuas agachadas de sus forzosos contertulios dominicales, le tenían desorbitado y con un estrilo negro.

Como, por otra parte, el comercio de libros en un lugarejo de veintinueve vecinos, no puede ser muy floreciente, y don Cele era loco por la lectura barata... o de prestado no más, cuando esto era *posible, el pobre hombre comenzó a percatarse de* que se aburría a más no poder.

Así es que un buen día echó sus cuentas, dando balance de caja, en arqueo minucioso. Sin novelas de Carlota Braemé o sus similares; sin cháchara despertadora del ingenio; condenado a toda clase de funciones de iglesia (para no escandalizar a los cándidos creyentes) y sin más sociedad que la de cuatro destripaterrones a cual más cazurro, don *Celi (como allá le decían)* lió sus petates, y veinte días después «aterrizaba» en la Dársena, resuelto a dejar sus huesos en la Chacarita, cuando la parca fiera fuese servida dar un tijeretazo a la piola de su existencia...

Procede ahora constatar que con *el ajetreo de* sus recientes viajes y las contrariedades morales conseguidas en su pueblo, nuestro hombre sintió descompaginarse alguno de los arcanos tornillos que sujetan el maravilloso mecanismo de la vida.

Un médico especialista de mucho cartel, que le revisó a su gusto (mediante veinte de la nación) le aseguró que por el momento, no parecía tratarse de un proceso grave; pero que don Cele andaba en los prolegómenos de un sensible desequilibrio en el metabolismo orgánico, y bien podía padecer un principio de «diabetis» (así lo entendió el enfermo) si bien el azúcar no asomaba todavía por ninguna parte de su amenazada economía.

Con aquello de los prolegómenos, el metabolismo (o meta acordeón y guitarra) la «diabetis» y otras palabrotas que oyera en el consultorio, a don Cele le entró un chucho de los que no se empardan, y en su consternado cerebro se le formó un batuque de la madona. De allí en adelante matizó ampliamente sus lecturas, mixturando la novelería policial con los más macizos tratados de patología interna, pero especializándose en el asunto de la diabetes azucarada, que era el terror jefe de sus conturbados ocios.

Dada su falta de preparación básica para obtener una regular vendimia de nociones médicas, claro es que don Cele no entendía un pimiento de cuantas lecturas iba embuchando tan sin concierto. Su desaforada curiosidad no perdonó tratado alguno de cuantos pudieron llegar a sus ignorantes manos. ¡Qué más! Hasta llegó a trabar conocimiento bibliográfico con un doctor napolitano, muy mentado, que le dicen Sémmola. ¡Cosa bárbara! Su sorpresa no le cabía en «el cofre de la pasta divina», cuando supo que lo que él había *despachado por paquetes, resultase un «dotor» de* los que más han cinchado para arrancar a la naturaleza el secreto de esa zafra o cosecha de azúcar, que se forma en lo más íntimo y secreto de la persona humana!...

Y, ¡para qué se vea lo que son las cosas!; un hombre rudo y zafio, sin otro pulimento espiritual que el resultado de incoherentes lecturas, casi siempre incomprendidas, llegó a poder burlarse de Víctor Hugo, por quien sentía una lástima teatral y profunda. Y lo rico del caso es que don Cele tenía más razón que Dios, según su propia frase: si el autor de «La leyenda de los siglos» hubiese tenido la cultura médica que nuestro ex almacenero, no se hubiera dejado decir (poniendo en figurillas su ignorancia crasísima) lo que dice en el capítulo IV del libro IV de la parte III de su hermosa novela «Los miserables», donde a la letra escribe así: «Los atenienses, esos parisienses de la antigüedad, adulaban a los tiranos, a tal punto que Anacéforo decía de Pisístrato: sus humedades naturales atraen a las abejas». (Bueno será dejar constancia de que al copiar esas palabras me he permitido un eufemismo en obsequio a *la cultura* de PLVS VLTRA, ya que el finado don Víctor se expresó «derecho viejo» en lo que yo he creído conveniente llamar humedades).

Pues bien; lo que don Cele llegó a la altura de ese pasaje, no pudo reprimir un gesto de supremo desdén, *subrayado* por las siguientes despectivas palabras: —¡Qué gringo bárbaro y como se ha «pisao feo!» ¡Se precisa ser mulita para no caer en la huella de que no hay la menor adulación en lo que dice ese señor don Anacéforo... Lo que pasa es que el Pisístrato ese estaría jorobado, causa de la «diabetis», y las abejas caían pispando el gustito del azúcar!... ¿Sabe que el señor de Hugo andaba adelantado de noticias, cuando ignoraba que los insectos tienen predilección por los pobres enfermos a quienes todo se les vuelve azúcar?...

Claro, *don Cele ignoraba que cuando* Víctor Hugo escribió «Los miserables», las abejas sabían de diabetes más que los hombres: como que, en muchas ocasiones, las moscas han ayudado a los médicos a establecer el diagnóstico de la enfermedad azucarada.

. . . . . .

En este estado de profundos conocimientos y en un tren de salud cuyos frecuentes desniveles dejaban algo mucho que desear, don Cele tuvo un día la patriótica ocurrencia de concurrir a una farrita que la «Patriótica Española» daba en la «Plaza Euskara», allá, cuando lo de Cuba. La comisión que había corrido con los preparativos de la fiesta, cuyo producido engrosaría el acervo común de la subscripción nacional española, había estado tan acertada en sus iniciativas y labores, que entrar a la Euskara valía tanto como transportarse a unas cuantas regiones hispanas, donde vinos y frutos, acentos e indumentarias se veían hábilmente reproducidos, sin que faltase el menor detalle a la lista. ¡Vaya que estaba lindo todo aquello!

A poco andar, don Cele se vió solicitado por dos viejos amigos, quienes le hacían señas imperativas, desde una instalación de buñolería andaluza, donde estaban «refrescando» con unos copetines de aguardiente de Cazalla, y oyendo algunas coplas de la tierra de María Santísima, briosamente entonadas por una moza garrida, más o menos profesional del «cante flamenco».

Aunque don Cele andaba muy lejos de ser andaluz, se sentía como en su casa en aquel ambiente «cañí» (gitano, vale decir) único que da sensación de españolismo... a cuantos ignoran lo que es España, y se figuran, de buena fe, conocerla.

De allí al rato, la «cantaora» fraternizaba con los amigos de don Cele; la reunión se animaba por el creciente aditamento de nuevos factores adventicios, y la «bebia» era escanciada y absorbida con prodigalidad amenazadora de ruidosos sucesos. Y como la lógica de los hechos es algo infaltable, y en el corro de la buñolería se agrupaban los ingredientes indispensables al estallido de un batifondo jefe, yo no sé si por el de Cazalla, o por la garrida moza del «cante», o por las dos causales a la vez, ello es que en una mesa cercana de la de autos *estalló formidable el bochinche, en el que* hubo de todo menos de «ña» Prudencia y compañía. No tardó en reverberar al sol el bruñido del níquel de los revólveres, los bastones rasgaron la atmósfera en diferentes sentidos, y entre imprecaciones, ayes, insultos y mucha salsa de ajos, llovían garrotazos como granizo de esos que no dejan yuyo sano.

Por pronto que don Cele quiso dispararle al peligro, saliendo de la zona de influencia donde se administraban los traumatismos, un bastonazo anónimo, y no perdido del todo, puesto que lo ligó nuestro pobre hombre, le desmayó allí no más, tendiéndole en el suelo como bulto de mercadería inerte.

No es para contada aquí la confusión que por allí se armó, ni la gran cantidad de vigilantes que no acudió al lugar del siniestro. Con lo cual la refriega tuvo su natural extinción y acabamiento en el cansancio de los beligerantes. Los que sucesivamente y de callados no más ibanse retirando del tremendo zipizape, ya mandándose mudar para ocultar su derrota, o bien agarrando para *la farmacia próxima, cosa* de entregarse a los solícitos cuidados de la ciencia, encarnada en un boticario sin diplomar.

El único lesionado asistido en la línea de fuego, atendida la imposibilidad de hacerle caminar y la ausencia de ambulancias, fué don Cele. Entre la esposa del buñolero y otras dos señoras que la secundaban en el trajín del despacho, se consagraron a restañar la sangre que abundante fluía de la tapa de los sesos del herido. Momentos después, y vuelto el ex almacenero al dominio ordinario de sus facultades espirituales, pudo tantearse con mano trémula el dolorido cráneo, perdido entre las intrincadas circunvoluciones de un turbante improvisado con pañuelos y servilletas. El sin ventura estaba hecho un turco de Barracas, a fines de Carnaval.

Pero, ¡cosa bárbara, mi amigo!, ni el sentirse tan ridículamente enjaezado, ni el dolor de su cuero cabelludo tan brutalmente tundido, fueron parte a quebrantar las erectas energías de su espíritu bien puesto. Lo que le sacó de quicio, amenazando sumirle en una nueva obnubilación del ánimo, fué la tan temida, la tan esperada, la tan estudiada «diabetes sacarina». Ya estaba allí, de cuerpo presente, con todas las de la ley... morbosa, sin una sola atenuante que disminuyese la gravedad procerosa del conflicto patológico. Un hilillo de sangre que se fraguaba furtivo paso entre la lencería del vendaje, acababa de hacer acto de presencia en una comisura de los labios, dando lugar a que don Cele probase, sin poder evitarlo, el rutilante líquido de su propia vitalidad. ¡Horror! el sabor francamente dulzón de la sangre revelaba de pronto lo que no habían sido capaces de descubrir reiterados análisis químicos de a 10 pesos de la nación, cada uno. ¡Qué siniestra paradoja! El dulzor de su sangre le amargaba la vida, presentándole la sombría perspectiva de una ruin existencia, martirizada por un odioso régimen alimenticio, del que quedarían proscriptos infinidad de manjares que eran su delicia!... ¿Para qué quería la vida en esas condiciones? ¿Enfermo y condenado al sacrificio de sus platos predilectos? ¡Y para esto se había reventado durante cincuenta años mortales! ¿De qué le servían, su aparente robustez de hombre bien cuidado, y sus saneadas rentas, fruto tardío de un batallar sin tregua de placer, ni descanso dominical, que en su tiempo no se estilaba?

Las pesimistas preocupaciones que le amargaban los instantes todos de aquel menguado vivir, habrían concluido por darle la puñalada de misericordia, si el médico que solía aguantar sus impertinencias, no hubiese acudido en su auxilio tranquilizándole para toda la siega. Al oír ponderar a don Cele la dulzura de su sangre, dispuso como primer providencia, que se hiciese un nuevo análisis... que no dió por resultado ni las más remotas trazas del ponderado dulce. ¿Cómo se entendía eso? Demasiado sabía el galeno que hay diabetes pasajeras, debidas a crisis morbosas o a excesos alimenticios, pero... ¡tan pronunciada como la que decía don Cele!...

Y, sin embargo, todo ello era bien cierto, pero el doctor, que no podía conformarse con aquello, practicó una averiguación en forma para dar con la clave de lo sucedido.

Lo que había pasado era bien sencillo: en la buñolería donde le habían prestado a don Cele los primeros auxilios, habían empleado *manu larga* y como único hemostático disponible... ¡el azúcar con que los buñoleros saben espolvorear los churros!...

Todavía creo que se oyen las carcajadas de don Cele y del *doctor*.

Chivilcoy, 1916.

TEXTO DE SEVERIANO LORENTE. DIBUJOS DE ZAVATTARO

Monseñor Aquiles Locatelli

Decano del Cuerpo Diplomático Extranjero

No creo que haya una diplomacia más difícil que la pontificia. El arte de las relaciones exteriores encuentra, con frecuencia, circunstancias que lo tornan complicado; pero entre todas, la gestión pontificia es la que lleva el éxito, con mayor riesgo, en un vaso de cristal. El peligro de que sobrevengan dificultades más o menos inminentes y críticas, radica en la naturaleza misma de las cosas. Si el sentimiento nacional en su pundonor es delicado en extremo, no es menos susceptible el religioso. La diplomacia pontificia debe navegar entre estas dos susceptibilidades, sin herirlas ni rozarlas siquiera.

El eco de los gratos recuerdos que monseñor Locatelli había dejado en París, Viena y Bruselas, durante la gestión de los negocios que le fueran confiados, y el de las francas simpatías que había despertado en Madrid, con motivo de sus dos misiones extraordinarias, le hizo ambiente auspicioso en nuestro país, al cual llegó precedido de un legítimo renombre. *El catolicismo argentino se sintió* halagado con su designación y quiso evidenciar su júbilo, ofreciendo a la Santa Sede, como singular donativo, la mansión que debía ocupar su ilustre representante.

Y es justo reconocer que si monseñor Locatelli llegó a Buenos Aires, acompañado de sólidos prestigios, ahora se aleja habiendo consagrado definitivamente, con una actuación altamente meritoria, los valores reales de su justa reputación.

Talento observador, ha sabido formarse una idea propia y exacta de la vida nacional y de nuestros hombres. Laborioso y tenaz, ha seguido con marcado interés el proceso evolutivo de las fuerzas católicas, en todas sus actividades, quedando su nombre vinculado al movimiento religioso, a la creación de nuevas diócesis y preconización de no pocos de sus jóvenes obispos. Como detalle sugestivo queremos recordar que ha visitado personalmente las misiones del Chaco y de la Patagonia. *De visión clara y decidido entusiasmo, ha seña*lado el rumbo que debe seguir en sus empresas la acción católica, para que sus progresos sean efectivos y eficaces. Amante del país y del pueblo, se ha preocupado constantemente de todo lo que decía relación con su mejoramiento moral y material, civil y religioso. Y es satisfactorio consignar aquí que algunos de sus vaticinios se están cumpliendo, precisamente en las vísperas de su partida.

Experto y firme, ha triunfado en las emergencias en que necesariamente lo ha colocado su ministerio y decanato del cuerpo diplomático.

No nos cueste reconocer con lealtad que ha visto y estudiado las cosas desde muy alto, porque esto redunda más en beneficio nuestro que en el suyo propio. La mirada que las águilas dirigen desde la altura abarca las grandezas del conjunto, sin percibir las posibles deficiencias del detalle.

Sea esto una modesta recompensa ante los méritos contraídos; un aplauso de escasísimo valor ante la gran satisfacción que ha de experimentar al verse distinguido por S. S., no tanto por el notorio ascenso que la nueva misión significa, cuanto por el testimonio indiscutible de que la suprema autoridad a quien ha dedicado sus servicios, los acepta y consagra.

Para justipreciar la actuación de monseñor Locatelli, está dada la medida: consideremos lo que representa Benedicto XV y las esperanzas que en él cifra el mundo desorientado, reflexionemos en la trascendencia de una misión diplomática en Bélgica, en cuyo territorio, de hecho gobiernan dos poderes, y en cuyos destinos está quizá involucrada la paz; y digamos luego: Benedicto XV nombró nuncio en Bélgica, en 1916, al Excelentísimo Monseñor Aquiles Locatelli.

MONS. MIGUEL D'ANDREA.

Buenos Aires, mayo 10 de 1916.

NUESTROS ACTORES

Parravicini

De recia complexión, alta estatura y distinguido porte, es Parravicini un actor que se impone por su [illegible]. Admirable conocedor de la psicología del público, sabe dominarlo con un gesto, una mirada, un ademán.

Dotado de una ductilidad extraordinaria, interpreta con igual acierto la nota trágica en el drama, como la nota sentimental en la comedia, y es fino y sobrio en el teatro de discreteo, y bufo de sorprendente gracia en el teatro cómico. Sin duda alguna, es el actor más completo.

¡Ese chico, será un hombre de armas llevar!

Tal fué la exclamación que se escapó de los labios del valiente coronel uruguayo Sauberan, el 24 de agosto de 1876, al ver el tierno cuerpecito del hoy popularísimo «Parra», que alegremente levantaba en alto su padre, el coronel don Reynaldo Parravicini, enseñándolo a sus amigos, cuya tradicional tertulia acababa de interrumpir el recién nacido, viniendo al mundo por sorpresa... y en plena Sala de Armas de la casa de Parravicini, [illegible] entonces director de la Penitenciaría Nacional.

Quien así se presentaba en la tierra, estaba en efecto llamado a destacar su personalidad en la vida.

Las palabras del coronel Sauberan se han cumplido como una profecía.

Florencio Parravicini es en efecto un hombre de armas llevar, un ser extravagante, un gran loco, un excéntrico, un atrabiliario, un niño, un genio.

La vida de «Parra» (como vulgarmente se le llama en toda la República) está sembrada de hechos extraordinarios, desde que fué condiscípulo de Pablo Angel Pacheco, Horacio Anasarasti y Gustavo Frederking, en la Academia Británica, hasta hoy que, como primer actor del teatro nacional argentino, ha contribuído a su formación y desarrollo, poniendo a su servicio el gran talento interpretativo de que está dotado.

Sobre este hombre extraordinario que es actor, sportsman, autor, pintor, poeta, hombre de mundo y bohemio, se ha escrito mucho, llenándose columnas y columnas de periódicos para relatar sus extrañas aventuras, sus devaneos amorosos, sus originalísimas anécdotas.

EL CHALET DE PARRA, EN SAN ISIDRO.

PARRA, PARRAVICINI Y UN GRUPO DE AMIGOS, [illegible] HACIENDO LA LECTURA DE UNA COMEDIA.

En las páginas de un libro, resume así un colega la vida azarosa de este gran loco:

«Heredó de su abuelo don Jacobo Parravicini, primer Cónsul de Austria en Buenos Aires, una bella suma de esterlinas. Su caudal pasaba de un millón. En un año todo ese oro se derritió en la hoguera de su fogosa juventud. En ese tiempo vivió una vida de sultán. Fué rey de países de ensueño. En Monte Carlo dejó su última esterlina. No se suicidó... regresó a París y allí se hizo cantor de estilos criollos. Vino a Buenos Aires. En Puerto Deseado, empleóse con el Subprefecto. Cuando se aburrió se hizo pirata, a las órdenes del célebre Maine, capitán de la barca «Fazil Ferrara». Lo tomaron preso. Probó su inocencia. Trabajó como cicerone, como chauffeur y como artista cómico en los cafés cantantes... Fué tirador. En el Casino de Montevideo, por imitar a Guillermo Tell, hirió de un balazo a su ayudante... Después ha seguido rodando. Siempre febril. Sin rumbo. Riéndose de la vida, de la muerte y de los hombres».

Tal dice el libro al hablar de Parra, ahora es primer actor del «Teatro Argentino» y propietario de un precioso chalet en San Isidro.

Allí fuimos a verle una hermosa mañana de los últimos días del verano pasado.

Parra salía del chalet, acompañando a una dama hasta el lujoso automóvil que esperaba en la puerta.

Le hice una seña a Baldiserotto, y este preparó el Spido. Era una instantánea interesante... Sorprendíamos una aventura galante.

¿Quién sería ella?

Parra adivinó nuestra intención y con un gesto apeló a la caballerosidad del reporter.

Comprendimos.

El automóvil se alejó envuelto en una nube de polvo. Se agitó un pañuelo y Parra alzó la mano y contestó el saludo.

Cuando se volvió hacia nosotros, sus [illegible] estaban humedecidos.

He aquí, me dije, un Parra del que debe [illegible] dicho poco. Del Parra sentimental, romántico, enamorado.

Y pensando que tal vez fuese una [illegible] interesante descubrir el secreto íntimo de este gran niño, me aventuré a sondear su alma.

Sí, me dijo. ¿Por qué no? No me atrevería a negarlo. Engañan tanto las apariencias. Ya en usted, todo el mundo conoce mi risa, esta risa franca, contagiosa que me ha presentado al público como un hombre siempre contento, siempre alegre, me ha dado el triunfo en las tablas, y me ha valido no pocos éxitos entre las mujeres, aficionadas más al buen humor, que al gesto triste... pero esta risa, esta risa mía, tan mía, que me ha dado la popularidad, no crea usted que es perpetua, ni mucho menos. Detrás de esta risa suele esconderse más de una vez la mueca dolorosa de un desengaño. Yo soy como todos los hombres. A fuerza de hacer vibrar las cuerdas de mis frivolidades amorosas, llegó el día en que la suerte quiso tocar la cuerda sensible de mi alma... y sonó... sonó en una vibración sublime, inolvidable, suprema, que impresionó mi espíritu llegando hasta grabarse en mi corazón...

—¿Para siempre?

—No... Para siempre, no; había que ahogar aquel sonido y lo ahogué en un acorde de todas mis cuerdas sensibles. Había que olvidar y olvidé. ¡Amar es tan peligroso!

Parra dice esto disimulando un dolor que, como gran artista, sabe disfrazar a las mil maravillas. Pero en el fondo de su alma, allá en lo más recóndito, en el lugar misterioso que tenemos reservado para los grandes secretos, una mujer, sin duda hermosa, dejó huella imborrable.

EL DOCTOR MISTERIO.

CARICATURA DE MALAGA GRENET.

¡AQUEL!

— Como no quise averiguar su apellido, — dijo Delia, — le bauticé con un pronombre. Para mí, el platónico adorador se llama Aquél. Todos los hombres tienen defectos que tarde o temprano sabremos. Aquél es únicamente quien logra ocultarlos o está libre de mancha.

Puedo asegurarte, amiga, que mi constante enamorado nunca intentó ponerle sitio a la plata de papá, como ciertos muchachos que tú sabes. También es lógico suponerle galante y educado, pronto a los mayores sacrificios, si yo le hiciese un sencillo ruego.

El pobre Alguien es todo un caballero. Me sigue por la Rambla, ya le has visto hoy; más nunca pisa la playa en horas de baño. Tal delicadeza me encanta, sobre todo viniendo de él, que ninguna obligación tiene para conmigo. Además, no hay peligro de que el flirt mudo y rápido que sostengo con Alguien termine a manos del spleen.

Le quiero amistosamente y no sé quién es. Esto ya importa una ventaja de su parte.

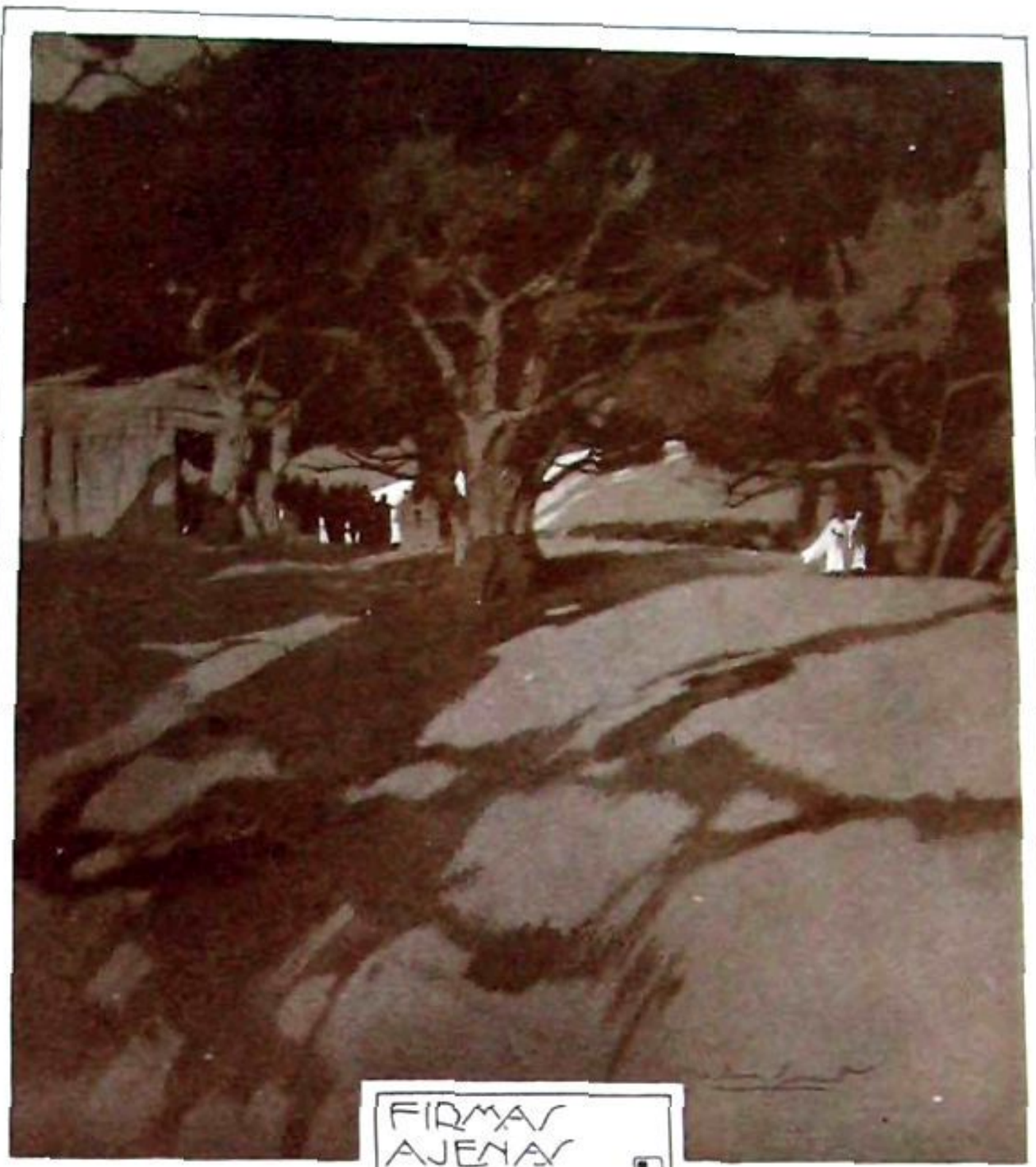
Ahora, lejos de Mar del Plata, libre de aquella inocente persecución, recuerdo su simpática figura y he decidido nombrarle mi mascota honoraria. Mucho ha de valer cualquier hombre que me corteje si consigue desbancar al modelo o maniquí de novios honrados.

¡Y pensar que nuestra amiga Zulema se burlaba de Aquél cuando le veía siguiéndonos los pasos! *Todavía le llama viejo y tronado sin reconocer sus cualidades.* Yo, por la negra *honrilla, fingí en la* Rambla cierto desprecio, aunque siempre me halagó su devoto cariño.

A pesar de todo cuanto diga Zulema, espero impaciente. Mis diez y ocho años conservan aun bastante candor. Aquél, mi mascota y modelo, me traerá suerte en amores, o se presentará como príncipe desencantador de *princesitas.*

EVA.

DIBUJO DE MÁLAGA GRENET.



FIRMAS AJENAS

RECUERDO DE UNA TARDE DE VERANO

Como fantasmas traídos por la rueda de las estaciones, cada año, al acercarse el verano, se me representan unas cuantas escenas, unos cuantos paisajes, que, entre tantos que cayeron en el caos del olvido, permanecen vivos en mi memoria, pero solo se animan al brillo de aquella misma luz en que me aparecieron.

Así habréis observado que en todo vasto panorama que os dé la Naturaleza hay tal lugar, tal monte, tal pueblecillo lejano, que está como oculto o disimulado todo el día en el conjunto de la extensa perspectiva; todo el día, menos una hora en que, por darle el sol de cierta manera, o serenarse, no sé cómo, el aire en torno suyo, se destaca y *brilla*, y os aparece, por algunos instantes, como si sólo en ellos viviera; y así nace y muere en realidad para vosotros cada día.

Pues asimismo veo yo todos *los años por este tiempo tal* escena, tal paisaje, en el panorama de mi memoria.

Pero entre estos recuerdos hay uno que se me presenta con singular *claridad y con vida más* intensa. En un valle estrecho y verde, entre montañas muy altas, fajadas de obscuros bosques y con las cimas desnudas salpicadas *de nieve muy blanca* — en aquel valle oloroso fuertemente del heno recién segado y lleno de rumor de aguas — veo una multitud vestida de alegres colores cubriendo un prado, bajo unos árboles muy grandes, ante una loma también verde, que sirve de teatro a una tragedia antigua. Muévense allí exóticas las figuras de los actores vestidos a la griega, diminutos en aquel escenario natural demasiado ancho, y sus voces suenan mates y lejanas, como perdiéndose mucho de ellas en la libertad de los aires. El verso decae de su majestad desvanecida en la simple grandeza de aquellos lugares; la pomposa declamación de los alejandrinos franceses resulta pobre y lastimoso artificio, extraño a aquel ambiente, donde sólo suelen vibrar los rumores de las aguas y del viento, la rústica flauta del pastor y el sonoro mugir de los rebaños.

La tarde es húmeda, y nublado el cielo altísimo; *las inmóviles corifeas tiemblan en sus carnes* lánguidas bajo los polvos de arroz y las sutiles clámides de blanco lino movidas por el aire frío; el elegante público de balneario despliega chales y abrigos, arropándose frioleras las mujeres, *levantando sobriamente los hombres los cuellos* de sus gabanes; a las frecuentes lloviznas ábrense vergonzosamente algunos paraguas; pero toda aquella gente sufre en silencio y calla, esforzándose en comprender lo que apenas oye, ávida de la emoción artística esperada de aquella combinación de elementos, que se quiere sea sublime sólo porque es desproporcionada. Sin embargo...

Sin embargo, de vez en cuando pasa una ráfaga de pasión, y no siempre es por el frío del aire que el público se estremece. Edipo es un gran actor, un gran actor viejo, y en su voz de oro, aunque ya cascada, vibra aún de cuando en cuando la pasión trágica, y el público se estremece silencioso; algunas mejillas palidecen, algunos ojos cobran un leve y repentino fulgor y buscan otros ojos... Como quiera que sea, al paso de la vaga procesión de los alejandrinos difusa en el aire, asoma y se destaca alguna vez, con terrible momentáneo brillo *en sus ojos, la máscara trágica.*

Pero en seguida desaparece, y la representación se esfuma otra vez, las voces se atenúan y se alejan en una vaga cantilena, y las figuritas de los actores bracean allá como *marionettes* en el escenario demasiado grande de la verde colina, de las augustas montañas que la rodean, del cielo altísimo y nublado que manda indiferente su fría llovizna sobre las corifeas, que vuelven a temblar en sus carnes lánguidas; sobre el público elegante, que requiere otra vez los abrigos a las espaldas y aprieta los cuellos de los gabanes a las gargantas enfermizas.

Sólo hacia el fin la representación avanza otra vez sobre el público, echándosele encima, agigantada como un cuadro disolvente en su crecimiento luminoso. De la barraca de madera que figura el palacio del rey tebano sale un aullido de bestia lastimada, y en seguida aparece Edipo tambaleándose, con los brazos extendidos, la faz levantada al cielo, dos grandes huecos sanguinolentos en las cuencas vacías de sus ojos, ensangrentados también la túnica y el manto, revolviéndose como una fiera herida, y precipitándose clamoroso hasta el primer término de la escena, en medio del agitado semicírculo del coro que le rodea horro*rizado. También el público se agita y más* fuertemente se estremece; algunos vuelven la cabeza para no ver; las mujeres se tapan el rostro; muchos no quisieran mirar, pero sus ojos, fascinados, no pueden cerrarse ni ser apartados de la *horrible escena.*

Después la tragedia se suaviza y enternece. Edipo quiere despedirse de sus hijos y busca a tientas las cabecitas rubias, y las coge llorando entre sus manos... Al fin empuña tristemente el báculo, y con la mano puesta en la espalda de la hija, de Antígona piadosa que le guía, se aleja allá de la verde colina; lentamente se van alejando las dos figuritas como empujadas por la fatalidad hacia lo desconocido. El coro queda agrupado en actitudes de consternación. El público, embebecido, llora...

Pero he aquí que mientras tanto el cielo se ha ennegrecido sobre el valle, retumba el trueno *entre las montañas* y una ráfaga de huracán se precipita, cargada de espesa lluvia y de granizo sobre la muchedumbre del teatro y el público desprevenido. Despavorida la gente, se arremolina y se dispersa y huye en todas direcciones. Las *vallas son saltadas primero, después rotas;* caen sillas y bancos y tablones, y a los pocos momentos queda el prado desierto y como sembrado de ruina, entre sus aguas que bajan furiosas y aumentadas, el ruido del viento y la lluvia en los ramajos *convulsos de los grandes árboles,* el lívido resplandor de los relámpagos, el estrépito de los truenos que reinan clamorosos y el fragor de la tempestad que llena todo el valle.

¡Bella corona para una tragedia al aire libre de las montañas! *Mejor no pudo* desearla el genio secular de aquel Sófocles tan presente y tan lejano; ni a aquel público elegante convenía otro fin de fiesta más suave para sellar el gran recuerdo de aquella tarde memorable.

Así, cuando *recogida en el hôtel* la frágil turba jadeante y conmovida, toda amontonada en el peristilo, contemplando entre aterrorizada y jubilosa la tempestad aun en furia, pregunté al frívolo grupo *de damas por las* molestias sufridas, hubo alguna que con toda su alma pudo responder:

— ¿Qué importa?

Después he vuelto a ver aquellos prados desiertos en un mediodía asoleado; he paseado solitario por aquellos lugares de verdor, animados solamente por la suavidad del viento y el rumor tranquilo de las aguas; pero ya no he encontrado en ellos la pura paz de los campos, sino que me ha parecido haber quedado allí cerniéndose el sacro terror de la tragedia antigua, y los he *sentido invisiblemente* poblados por las gentes que una vez contuvieron congregadas, dispersas después sobre la tierra... y debajo de ella. En la desierta colina me han aparecido otra vez las órbitas de Edipo ensangrentadas; el rugido de la pasión ha quedado inmanente y difuso en aquel aire, y el público de las almas ha vuelto a estremecerse en torno mío al acento desgarrador de aquella voz áurea y cascada, al grito de pasión del actor viejo, que ya debe de estar muerto...

Bajo este árbol palidecto de emoción el adolescente enfermizo que fué mi amigo tres semanas; arrimado a esta rústica valla el noble anciano rumió bajo su recio abrigo la imprudencia de haberse expuesto al caprichoso rigor de una tarde de Agosto pirenaico; allí el grupo de elegancia que formaron las señoras, se agita aún frívolamente entre la lluvia y la tragedia, a la sombra de aquel roble centenario, la única entre ellas levantó el brillo de sus grandes ojos pardos, ávidos de sentimiento, bajo los rizos de su cabeza pensativa... ¿Dónde están?

¿Dónde está todo esto? — En mí está, al menos, que vago solitario por el prado desierto evocando el alma de aquella tarde inolvidable, tarde de pasión, tarde romántica de Agosto, que no podrá morir mientras yo viva.

En mí está todavía ahora, tan lejos del tiempo y del lugar, que brillan, sin embargo, en mi recuerdo y siempre con nuevos resplandores. Y aquí quedarán aun después de mí, en estas letras que les consagro. Aquí vivirá la tarde de Agosto pirenaica; la tragedia antigua menguando y creciendo sobre la verde loma bajo el cielo gris y la *tempestad inminente;* la multitud elegante sobre el prado bajo los grandes árboles, con su frivolidad, su inquietud y sus estremecimientos de frío y de emoción momentánea, y aquella súbita palidez del amigo adolescente y el fulgor senti*mental de aquellos ojos* ávidos...

Aquí vivirá todo esto latente y escondido, quizás por muchos años, hasta aquel día en que, revolviendo distraídamente papeles viejos, una mano cogerá éste, amarilleado ya por el tiempo, y unos ojos *se posarán al azar sobre* estas líneas, y el corazón de quien está aun por nacer volverá a latir al compás de aquellos que en aquella tarde la tieron, y entonces habrán cesado de latir desde mucho tiempo.

¿Qué importa *el tiempo? Cuando* el remoto Edipo gimió bajo su trágico destino, ¿dónde estaba todavía Sófocles? Y Sófocles, ¿qué sabía de la tarde de Agosto pirenaico ni de nuestra emoción ante su obra? ¿Ni qué saben estas líneas que por ella se han formado *del corazón* que harán latir más apresuradamente un día? Y, sin embargo, para que este corazón se conmueva de un cierto modo, fué preciso el parricidio y el incesto y la expiación de un obscuro Rey de Tebas, el genio de un Sófocles que *lo resucitara* y una tarde de pasión en los Pirineos, con millares de años entre estas cosas que vivirán en él juntas y confundidas en un instante de emoción fortuita...

No hay lugar, no hay momento ni ser diverso; nada valen *tiempos ni* distancias; sólo el espíritu vive y resplandece, y todo lo demás es sombra.

JUAN MARAGALL.

DIBUJO DE MÁLAGA GRENET.

UN CUENTO DE MARK TWAIN. LA ADAPTACIÓN AL MEDIO

El señor Obes, decide matar unas horas pescando en la Dársena.

Y hacia allí dirige sus pasos.

Lanza el aparejo, preparado con todas las reglas del arte.

Y pesca un hermoso bagre, que deposita en un balde lleno de agua.

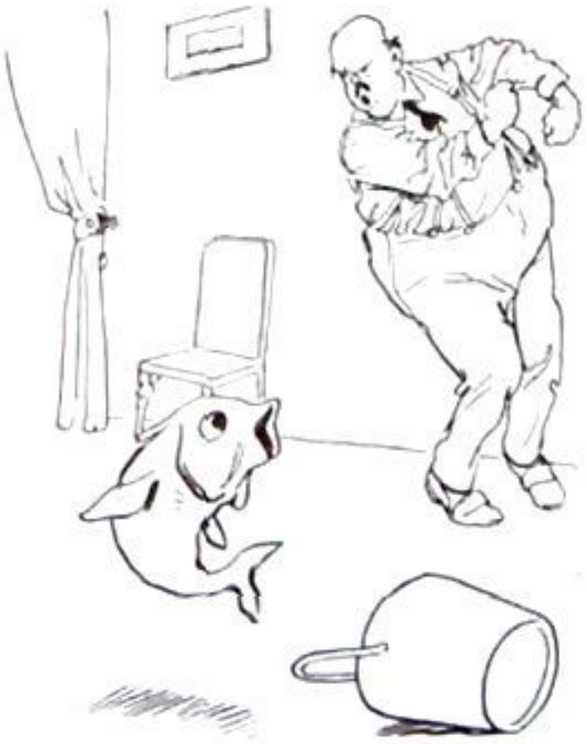
Muy satisfecho de su obra, regresa a su casa.

Y trata, extrayendo un poco de agua cada día,

de ver si el pescado puede adaptarse a vivir en seco.

Extraída la última gota de agua, ve con sorpresa que el animal sigue viviendo.

Entonces decide darle libertad.



Y el pobre pez empieza a saltar por la casa, como si fuera la propia.

Y sigue a su amo, obediente como un perro.

El señor Obes resuelve un día salir a paseo, acompañado del bagre.

que le sigue por las calles, llamando la atención de los transeuntes.

Paso tras paso, llegan en su paseo hasta la Dársena.

Donde, en un descuido del amo, y al dar un alegre salto, cae al agua.

Y al ser extraído, nota el señor Obes, con dolorosa sorpresa, que el pobre bagre... ¡se había ahogado!

DIBUJOS DE ROJAS.

Páginas femeninas
Crónica Social.

Lumière, c'est par toi que les femmes sont belles,
Sous ton vêtement glorieux:
Et tes chères clartés, en passant par leurs yeux,
Versent des délices nouvelles.

ANATOLE FRANCE.

Muy hermosos son, en realidad, los ojos de la interesantísima porteña que ha reunido (ejemplo único entre nosotras) la maravillosa colección de autógrafos, que he tenido la suerte de hojear últimamente, primorosamente encuadernados... Sólo una inteligencia emprendedora y perseverante, una cultura tan superior, que hace honor a la mujer argentina, han podido recorrer el viejo mundo, atesorando con la sugestión de la mirada, con el encanto de la voz, las joyas cinceladas con tan sincera simpatía, por los excelsos artífices de las letras...

Poesías inéditas, pensamientos, fragmentos de sus mejores obras, firmados por los primeros literatos y políticos contemporáneos, forman una colección que debe ser conocida por el público, como también lo que encierra otro álbum, que una feliz casualidad puso en mis manos, y cuyas páginas contienen como complemento a las manifestaciones de la más alta intelectualidad y cultura del espíritu, inspiradas por la señorita María Elena Querencio, las ingenuas expresiones de gratitud que serán otro tesoro para la señora Godoy de Cobo, abnegada dama porteña que ha vuelto a marchar al extranjero para seguir cumpliendo la generosa misión de curar heridos en las ambulancias francesas.

La primera página del álbum de la señorita de Querencio, la llena el genial poeta, cuya patriótica actuación acaba de conquistarle el amor de todos los latinos:

«L'amore è il veleno più potente...»

GABRIELE D'ANNUNZIO

y le sigue el maravilloso cantor de la Provenza, Fréderic Mistral, firmando el más hermoso fragmento de su célebre «Mireille»: los versos de don *José Echegaray glorifican* las ilusiones de la vida, y el insigne Benavente asegura, en cambio, que es más fácil encontrar quien llore con nuestras tristezas, que quien se alegre con nuestras alegrías...

Merece sitio preferente una nota muy halagadora para nuestro orgullo nacional: la firmó Henri Roujon, poco antes de morir, y realmente reconforta nuestros sentimientos patrióticos, que un miembro de la Academia Francesa, rinda su homenaje y demuestre conocer a fondo la gigantesca epopeya de nuestra historia!

Dice así el gran Immortel:

«Les latins d'Amérique s'offriront quelque jour un Homère. Ils en ont le droit. Leur Iliade est encore à écrire. Les marches fabuleuses des troupes du Libérateur à travers les Andes, les dix sept batailles qu'il a livrées, cette course éperdue vers la liberté, cette patience indomptable, ce défi sublime, l'Europe a-t-elle, dans ses annales, rien de plus prodigieux à raconter?...»

No se había iniciado aun la titánica contienda...

Siguen luego los menudos garabatitos del mago Flammarion: amargos y decepcionados párrafos de otro maestro desaparecido ya, Paul Hervieux; a su lado, radiante de optimismo, Alfred Croisset, tiernas canciones de Manuel Linares Rivas, de Carlos Fernández Shaw, una aguda cuarteta de Vital Aza, fragmentos y réplicas de Paul Bourget y Henri Lavedan, pensamientos de don Alejandro Pidal, don Benito Pérez Galdós, un delicado madrigal del idealista Maeterlinck, que ha querido quedar bien con «une belle argentine»; pero prefiero indiscutiblemente la forma concisa y severa del homenaje de *Maurice Barrés, o el del romántico Edmond* Rostand, que dice como en su «Samaritaine»:

«Les plus beaux yeux pour moi, sont les yeux pleins de larmes...»

François de Nion, Paul y Victor Margueritte, Román Cudlus, Henri Bordeaux, Henri de Régnier, Jean Aicard, Vogüé, Leon de Tinseau, Richard O'Monroy, Alfred Capus, Henri Bataille, Teófilo Braga, Gómez Carrillo, Alonso López, el Conde de Romanones, don Antonio Maura, Armando Palacio Valdés, amables o desencantados, profundos, sutiles, irónicos o burlones, se han sometido todos al encanto de unos ojos, al hechizo de una voz, dejando en las blancas páginas algún girón de su ingenio, o de su espíritu.

Pierre Louys y Jean Richepin llenan toda una página, con caligrafía digna de pergaminos medioevales, y a su lado parecen más menudas aún, las patitas de mosca de Willy: Haussonville recurre a Madame de Staël para dejar un pensamiento, mientras que la inspirada y grande Selma Lagerlof, sólo dice:

«Labor Omnia Vincit.»

Pero he aquí una página que no puedo dejar de reproducir:

«La postérité! Le suprême espoir des enthousiastes meurtris de l'incompréhension des contemporains imbéciles.

Hélas... La postérité, ce sont les imbéciles de demain...»

Doctor MAX NORDAU.

Dos años después, la mordacidad de Nordau halla oportunísima respuesta:

«Y sin embargo, a esos imbéciles de ayer, debemos cuánto somos los de hoy, como los que lleguen después de *nosotros, sólo tendrán* lo que nosotros les dejemos.»

SEGISMUNDO MORET.

«Vive le Roi!»

es todo lo que ha hallado para el álbum de una hija de América, el talento de Jules Lemaitre, lo que ha inspirado al irónico Octave Mirbeau:

«Pauvre Lemaitre! Quest-ce que ca peut bien lui faire?»

El «Vive l'Empereur!», de la espiritualísima Cyp (menos en esta ocasión), corre parejas con la imaginación de Jules Lemaitre: ¿Qué tendrá que ver esta declaración de principios, dedicada a tan interesantísima mujer?

Siempre avara, aunque sea de su talento, doña Emilia encabeza las firmas, con su elegante rúbrica: La Condesa de Pardo Bazán... Siguiéndola, las de Emile Loubet, Ortega y Gasset, Eulalia, Infanta de España, G. Hanotaux, Menéndez y Pelayo, Tristán Bernard, y luego, arrogante y magnífica, dice la bellísima Condesa de Noailles:

«L'air frappera votre visage,
Avancez, joyeux, furieux,
L'important n'est pas d'être sage,
C'est d'aller au devant des dieux...»

Del Príncipe Bonaparte, hay otra página; pero ninguna me ha impresionado tanto como la elegida al final del libro, para la modestísima frase que transcribo:

«Signature timide d'un homme de science, égarée dans un tournoi littéraire.»

ALBERT, PRINCE DE MONACO

luego: «L'amour... grand mot! Tellement grand, qu'il est vide, s'il ne contient tout!...»

MARCEL PREVOST.

«L'amour est toujours assez grand, pour contenir un tas d'ennuis», ha escrito al pie, Jules Claretie.

¿Y cómo no reproducir la encantadora poesía, escrita con la desaliñada redondilla del gran lírico que visitara no ha mucho Buenos Aires, cuschando tan sinceras y fervientes simpatías? Hela aquí:

LA PANDERETA

Hizo Dios un magnífico pandero
que sirviera de caja de alegría,
doró su cerco con la luz del día,
y lo dejó entre lazos prisionero.

Hechas con planas de metal ligero,
le intercaló sonajas a porfía,
y dió estrépito loco y armonía
al ronco parche de tirante cuero.

Lo echó a rodar en torno del planeta,
y cruzó la sonante pandereta
por todas las naciones que el sol baña.

Fué perdiendo vigor cada segundo,
y al acabar de recorrer el mundo,
besó la tierra, y se posó en España.

SALVADOR RUEDA.

Desgraciadamente, no dispongo ya de espacio para hacer conocer a mis lectoras los interesantes pensamientos de Jane Catulle Mendés, Judith Gautier, la Duquesa de Rohan, Héléne Vacaresco; pero no puedo dejar de reproducir las líneas del Marqués de Ségur, que parece ignorar, o haber olvidado por lo menos, la obra de su admirable antepasada...

«On a dit: Il n'y va pas de petites filles, Il n'ya que de petites femmes — Ne pourrait-on pas dire aussi: Il n'y a pas de femmes, Il n'y a que de grandes petites filles?»

Merecería el sutilísimo Marqués, leer detenidamente el álbum de la dama a que me he referido antes: el de la señora Godoy de Cobo, que si no encierra joyas literarias, contiene en sus nutridas páginas las ingenuas expresiones de gratitud dedicadas a la «femme» que deshechando toda gala femenina, y una tuntuosa y cómoda existencia, viste el noble sayal de la enfermera, y pasa largos meses curando, no sólo dolorosas llagas, sino sus terribles consecuencias: las peligrosísimas infecciones... y como ella, extranjera, en aquel ambiente dantesco, todas las compatriotas del ilustre Marqués de Ségur!

Pero dejo la presentación del libro tan curioso y conmovedor, al distinguido diplomático, representante del Uruguay en Francia. Dice así:

«A bordo del «Hollandias, mayo 28 de 1915.

Este libro ha de despertar celos en aquellas otras también con heroicas cofiarias, y que sólo guardan elogios y, a veces, frases banales. Es un documento vivo, y hay aquí la impresión primera de muchas almas que han sido consoladas por la abnegación de la mujer. La dueña de este libro debe estar orgullosa, porque vale más que todos los otros.»

JUAN CARLOS BLANCO.

La primera página del álbum lleva esta inscripción: «En souvenir des blessés soignés a Dinard, 1914», rodeada por una guirnalda de «no me olvides», dibujados con una ingenuidad digna de los artífices primitivos, y le sigue la planilla de los *Ciento Cincuenta* heridos asistidos por la señora de Cobo...

«En reconnaissance des bons soins, que nous avons reçu: nous garderons un souvenir inoubliable. Les malades du Casino de Dinard». Firmado: Cardal François, 2me Dragon, 4e. escadron, Montpellier.

Bajo un pabellón formado por las banderas aliadas, luce una segunda dedicatoria, en letras tricolores: esta vez son los heridos del Hotel Royal de Dinard, que ilustran las páginas, como alumnos de alguna academia futurista; pero más de una de esas alegorías ha sido dibujada por la mano torpe aun de algún convaleciente...

Y sigue otra planilla: *cincuenta y un* heridos, que han querido manifestar su gratitud, a tan perseverante enfermera, con pensamientos y poemas plagados de faltas de ortografía y redacción; también es cierto que la caligrafía corre parejas con la de los golpes de las letras... pero puedo asegurar que el Sargento Forgeron firma un esfuerzo literario, que conmueve tan intensamente como el más hermoso soneto de Rostand!

Permítaseme la reproducción de un solo pensamiento de estos humildes, respetando redacción y ortografía:

«A Madame de Cobo, qui pendant de semaines, *A remplacés ma Mère de qui les soins, seront pas mieux!*»

De un Capitán: «A Madame de Cobo:

Infirmière toute dévouée
Attentive et rieuse,
Charmante et sérieuse...

De un practicante enfermero, cuya firma es ininteligible:

«En souvenir des jours d'angoisse passés ensemble a panser et soulager les blessures de nos vaillants et glorieux soldats.»

Hay heridos que han recibido los cuidados de la señora de Cobo durante tres y otros meses consecutivos, como el soldado Dumas, y cuatro camaradas salvados del tétanos, y cuyo testimonio de agradecimiento es una nota realmente conmovedora...

La generosa argentina no limitó su abnegación al hospital de sangre, como lo prueba la carta que le fué dirigida con fecha 7 de enero de 1915, desde el Hospital Pasteur por Arthur de Notte, belga herido y atacado de estarlatina, que escribe las siguientes líneas que he querido traducir:

«No tengo palabras con que agradecer a usted su carta, y todas las diligencias que ha tenido la bondad de hacer para averiguar el paradero de mi mujer y de mis hijos: ¡me es tan doloroso ignorar cuál ha sido su destino!»

¡Qué intensa tragedia se encierra en tan pocas líneas... pero una segunda carta agradece con inenarrables tecnicismos las noticias de los suyos!

Luego, retratos de los heridos dados de alta, que le envían sus postales desde las trincheras, empezando muchas de ellas con este dulce nombre: «Ma petite Maman!...»

Entre la colección de ilustraciones, figura un retrato que más parece caricatura, representando a «Madame de Cobo», que a los pies del lecho de un herido, le desea «buenas noches» en flamenco... singular prueba de gratitud, que es un timbre de honor para la que supo merecerla, y que debe tener sitio preferente en la curiosa colección, junto con la carta de dos pobres paisanos que le agradecen haber salvado a «son petit pious pious...»

El único comentario que corresponde a la obra humanitaria realizada con tanto amor y perseverancia, es la frase que transcribo del álbum de la señorita de Querencio:

«On n'emporte en mourant, que ce qu'on a donné.»

PAUL DESCHAMPS.

La Dama Duende

¿No es esta una exclamación que a cada instante fluye de nuestros labios, ante las injusticias, las crueldades y los egoísmos que vemos constantemente a nuestro alrededor y que nos consideramos incapaces de remediar?

¡Así es la vida! decimos; y la vida sigue su curso y cada cual sigue su propio camino, indiferente al mal ajeno, luchando por llegar al punto de luz que le marca su ambición particular, única meta de todos los anhelos humanos.

Muchas veces, atravesando en tren por campos solitarios, donde en las primeras horas de la noche se ven parpadear luces que alumbran humildes viviendas, se me ha ocurrido pensar que tal vez allí, en algún pobre hogar desamparado, agoniza un enfermo, está a punto de cometerse un crimen... ¡qué sé yo!... y que para la angustia de aquellos seres aislados en la tétrica soledad del campo, la rápida visión del tren que cruza ante ellos todo iluminado y lleno de gente que hubiera podido salvarlos con sólo detenerse un instante, debe ser como una burla, como un insulto supremo.

Y así pasamos nosotros, cerca, muy cerca a veces, de la ajena desventura, y seguimos nuestra ruta, arrastrados por nuestros deberes, o por nuestras ambiciones, incapaces de restar un ápice de nuestras energías y de nuestras influencias a la satisfacción de nuestras propias necesidades.

No quiere esto decir que no seamos caritativos: lejos de eso, somos espléndidamente caritativos, colectivamente. Tenemos muchísimas sociedades benéficas, que hacen, justo es decirlo, toda la caridad posible; y es tanta, que constituye el mayor timbre de gloria de la mujer argentina.

Pero ni en los hombres ni en las mujeres existe la verdadera caridad personal, la que no depende sólo de la mayor o menor esplendidez de la dádiva, la que se hace con el corazón, con la voluntad, con el sacrificio individual. Esa es muy difícil de ejercer, tan difícil que entre las mismas grandes sociedades benéficas se cuentan casos de egoísmo y de crueldad personales, particulares, sería mejor decir, que hielan la sangre.

Allí vemos mujeres de cuya opinión depende que se otorgue o no un socorro y que tienen tal concepto de la caridad que la hacen cruel, dura y antipática.

Mujeres que niegan una limosna a una familia en la mayor necesidad, porque en la casa hay un piano, único resto de pasada opulencia, que ha sido conservado a fuerza de cruentos sacrificios y en el que estudia una de las niñas que da lecciones a otras menos pobres que ella, con lo que ayuda a sostener el mísero hogar.

Mujeres que suprimen diez pesos de subsidio otorgado por la sociedad a que pertenecen, a una pobre negra, enferma y sola, por el crimen de dormir en una camita pintada al laqué, regalo de su antigua patrona, que renovó el moblaje de su lujosa alcoba...

Mujeres hay también que suprimen la mísera pensión de veinte pesos a una parienta pobre y meritoria, para instituir un importante premio anual a la virtud, que lleve su nombre y se publique en los diarios, abriéndoles tal vez tarde o temprano las puertas de la encumbrada asociación...

¿Y los hombres? Hombres hay que escudados en su influencia o en su fortuna ejercen actos de crueldad o de venganza inconcebibles en nuestros días, sin que haya nadie que levante la voz para entrostrarles esos actos, por egoísmo, por conveniencia, por miedo o simplemente por no molestarse.

Criticamos a veces y comentamos esos hechos, en la intimidad; pero no hay un espíritu de justicia y de equidad que nos impulse a poner en la pública picota al egoísta, al cruel, al desalmado. Nos contentamos con decir, tras un profundo suspiro: ¡Así es la vida!; y seguimos arrastrados por el torbellino de nuestras propias pasiones, en busca del ideal supremo: Satisfacer nuestra ambición particular.

¡Así es la vida!

Fulana de Tal.

El título que sintetiza estas líneas es algo así como una mala presentación para esta charla, que tiene sin embargo pretensiones de ser menos insubstancial y sutil que lo que acusa la etimología de la palabra.

En desacuerdo con la definición del diccionario, las «frivolidades» representan en la vida diaria un papel de importancia muy superior a la que generalmente se les da.

Lo que hemos dado en llamar *frivolidades*, son, por decirlo así, como los hilos de un tejido finísimo que podríamos llamar «confort». Un hilo que falte a este tejido no se nota a simple vista, pero van abriéndose las mallas, y hoy uno, mañana otro, el descuido de las frivolidades concluye con el confort!

Así un florero arreglado con buen gusto, una taza de café bien servida, una cortina que tamice los rayos de un sol abrasador, o un sillón cómodo colocado a tiempo para el hombre fatigado, constituyen otros tantos detalles delicados y agradables que van estrechando afectos y haciendo indispensable la mano femenina para la felicidad del hogar.

Nunca tuvo Roxana pretensiones de seriedad, ni tampoco pasó por su imaginación la idea de dictar sentencias ni de abordar temas profundos!...

Sin embargo, en las frivolidades de la vida, hay tema para explayarse y para dar uno que otro consejo a las simpáticas lectoras que lo necesiten...

Hay cosas en la rutina diaria, que aun no hemos acabado de comprender, y más de una vez, inconscientemente, sufrimos la consecuencia de nuestra propia ignorancia.

Por eso me preparo, desde las columnas de esta revista, que tantas simpatías ha despertado, a ayudar a mis lectoras a conocer y practicar algunas de esas «frivolidades», que tantas satisfacciones pueden proporcionarnos en la vida. Cada día podemos aprender algo nuevo, y nunca es tarde para adquirir conocimientos útiles.

Todo aquello que pueda interesar a la mujer en general, será el tema que elija de preferencia, todo aquello que pueda llevar a su corazón o a su inteligencia un recurso o una ayuda eficaz para cualquier momento.

La forma de hacer agradable el hogar a grandes y chicos, de hacerse agradable, personalmente, conocimientos útiles en general, etcétera, los abordará Roxana, tratando de llevar por el buen camino a todas aquellas que quieran darle la satisfacción de leer estas líneas.

Puede una mujer interesarse en las frivolidades, sin ser por eso frívola...

Se juzga frívola a una mujer, cuando sólo se ocupa de sí misma, cuando no se molesta por nada ni por nadie, cuando vive dedicada a su propia contemplación, y sin embargo, no la clasificaría de egoísta.

En cambio, aquella que se ocupa de las frivolidades, que rinde verdadero culto a todos esos pequeños detalles que pueden hacerla acreedora a la simpatía o al cariño de los demás, debe ocupar un puesto preferente entre las de su sexo.

Y hoy que el feminismo seco y frío, el feminismo que más bien debía llamarse *masculinismo*, invade el mundo a pasos agigantados, hoy más que nunca la mujer debe «feminizarse», rodeándose de toda la idealidad posible, para no perder sus atributos.

Puede la mujer elevarse intelectualmente al nivel del hombre para ser su compañera y su colaboradora, pero no debe descuidar jamás los encantos que corresponden a su sexo, queriendo igualarse al hombre en el aspecto físico también.

Y ahora, amables lectoras, antes de iniciar mis crónicas ligeras, permitidme daros un consejo: No descuidéis las frivolidades de la vida, y llevaréis con vosotras toda la fuerza indestructible del encanto femenino!

Roxana.

ENCUESTA

LA INTERESANTÍSIMA ENCUESTA INICIADA POR ESTA DIRECCIÓN, CON TANTO ÉXITO, REVELA LA EXQUISITA CULTURA DE LAS SEÑORITAS QUE SON GALA Y ENCANTO DE NUESTRA MÁS ALTA SOCIEDAD; SE DESTACA EN BREVES RASGOS LA PERSONALIDAD DE CADA UNA DE ELLAS, YA SEA POR SU JUICIO SERENO Y ACERTADO, O POR ALGÚN ESPONTÁNEO CHISPAZO DEL INGENIO TRADICIONAL EN LA ARISTOCRACIA PORTEÑA.

¿Qué personalidad femenina de la historia, habría usted deseado encarnar?

RESPUESTAS

Me habría gustado encarnar la personalidad de Madame de Maintenon.

Susana Langula.

Luisa, reina de Prusia, por su buen corazón.

Juanita Altgelt.

Me parece que sería lógico, dadas las circunstancias actuales, evocar la personalidad de Miss Nightingale. Nunca como ahora, se han comprendido los resultados prácticos de su benéfica obra y la grandiosidad de su iniciativa. Su memoria causa tanta admiración como entusiasmo y, por el momento, creo que esa primera y admirable Dama de la Cruz Roja es la única que deseo ser.

Lucía de Bruyn.

La mujer que ha sabido inspirar más nobles acciones con su ejemplo y con sus obras: Santa Teresa de Jesús.

Hortensia Casal.

A Juana de Arco. La admiro, por su fe y su valor.

Jorgelina Cano.

Isabel la Católica, a quien todas las americanas debemos profundo agradecimiento, pues gracias a ella existimos... Siendo además modelo de esposa y madre, dotada de preclara inteligencia y excepcionalmente instruida es, no sólo el tipo ideal de la historia, sino digno ejemplo para las que descendemos de su heroica raza.

Consuelo Moreno.

María Antonieta, que supo resignarse ante los mayores sufrimientos.

Elena Villar Sáenz Peña.

Juana de Arco, en la que el sentimiento patriótico alcanzó su más sublime expresión.

María Raquel Cárdenas.

Miss Nightingale, modelo de abnegación y de caridad, que fué llamada «El Angel de los Ejércitos», y que dedicó su vida al bien de la humanidad.

María Eloisa Obejero Urquiza.

Me encantan la bondad de Elizabeth de Thuringen, el talento de Madame de Stael, el heroísmo de Juana de Arco, la belleza de la reina Luisa de Prusia y la sabiduría de Blanche de Castille, durante su regencia; pero me considero tan inferior a todas esas personalidades, que encuentro inadmisible la idea de poder encarnar a cualquiera de ellas.

María Emilia Armino.

Cornelia, madre de los Gracos, madre entre las grandes madres.

Adelia Acevedo.

Santa Genoveva, que por su heroísmo y sus virtudes, fué el ángel tutelar de Lutecia, en aquellos bárbaros tiempos de Clodoveo.

Carmen Echagüe.

Santa Elizabeth de Hungría, aunque más no fuera que para saber cómo hizo para convertir los panes en rosas.

Matilde Zapiola.

Isabel la Católica, ejemplo de virtudes, con un corazón todo bondad, y que no hubo en su vida un acto que no fuera un rasgo de nobleza. Culta e instruída, fomentó las artes y la religión en España.

Delia Guerrico.

Desde chica, he tenido cierta debilidad por Penélope. ¡Pasarse la vida «haciendo tapicería», es para mí de un gran heroísmo!

Angélica Gómez Molina.

Blanca de Castilla, madre de San Luis, que en los tiempos en que el crimen era una ley y la violencia un derecho, supo educar a su hijo como rey y como santo.

María Teresa Guerrico.

A Santa Teresa de Jesús, admirable por su santidad, su inteligencia, su saber y su energía. Prototipo de la mujer que consagra todos sus esfuerzos a un ideal, reformadora de una orden religiosa que aun existe, teóloga, asceta, mística, autora de escritos cuyo estilo es propio, sencillo, castizo y algunas veces sublime; me inclino ante esta ilustre doctora de la iglesia y gloria de su patria.

Carmen Navarro Viola.

¿QUIERE USTED SABERLO?

En el próximo número se contestará a todas las preguntas que nuestras amables lectoras quieran hacer sobre tópicos femeninos.

María Lebem.

París Femenino

A buen seguro conocéis la anécdota, señoras mías... Era en siglos pasados, y en días que por ser menos cruentos sólo eran ciertamente más blandos...

Años enteros, — largos e interminables años, — había pasado el maestro de León encerrado en prisiones, sin para ello culpa alguna que no fuera el mérito insigne de ser un poeta, el más alto, y un sabio, el más ilustre de su tiempo.

Y ocurrió que cuando, al fin, *obtuvo el précer justicia*, y libre y rehabilitado volvió a su cátedra salmantina, dando al olvido su larga y dolorosa ausencia, cual si de un mal sueño se tratara no más, Fray Luis reanudó la docta labor con esta sencilla frase inmortal: —«Decíamos ayer...»

Como antaño el divino Luis de León, vivimos nosotros, hogaño, tristes horas de cautiverio, pues si no son muros de una celda los que nos encierran, es nuestra cárcel la armadura de hierro que nos oprime, y lo es, también, el círculo de fuego que nos envuelve...

Mariposas de su llama fueron nuestras *ingenuas esperanzas*: las que cifrábamos en la humana fraternidad y en el universal amor; pero, según afirma y sentencia un proverbio francés, *tout passe, tout casse, tout lasse!*

Pasarán estos años amargos... Se destruirán las fuerzas que hoy luchan por una ambición o por un ideal... Y la fatiga será, al cabo, la gran vencedora.

Podremos, entonces, despertar... Podremos dar al olvido la abominable tragedia... y, en fin, podremos reanudar la plática de la vida con las palabras del sabio: —«Decíamos ayer...»

Pero, *au fait*, mis bellas lectoras, ¿qué es lo que decíamos en nuestras mundanas charlas de *l'avant guerre?*

Decíamos, ayer, lo que en verdad seguiremos diciendo mañana: frívolas y adorables cosas, sin trascendencia alguna, pero ¡tan interesantes!

Y podéis creer, conmigo, que los graves y ponderados filósofos que ya discuten acerca de cuáles, llegada la paz futura, serán las grandes preocupaciones de los hombres, pierden lamentablemente el tiempo...

La gran preocupación del hombre fué siempre, y es y será siempre la mujer; y la gran preocupación de la mujer fué, es y será siempre el aparecer ante el hombre lo más bella y lo más atractiva posible...

¿Vale, pues, la pena de emborronar montañas de cuartillas y de enhebrar millones de palabras para decidir de si, en la nueva era que nos aguarda, se adueñará de nosotros un negro pesimismo, o por lo contrario, nos brindará el optimismo su azul?...

¡No!... No vale la pena... Sabemos, ya, a que atenernos... Y sin que en ello pesen, ni como un solo adarme, las duras enseñanzas de la «gran guerra», seremos pesimistas en el ingrato día en que *ella*, la bien amada, nos niegue su clemencia; y seremos optimistas, infantilmente optimistas, en esa otra jornada gloriosa en que *ella*, la bien amada, nos diga la más dulce de sus canciones: aquella canción pagana que hizo estremecer las frondas, en el bosque sagrado de Eleusis: aquella eterna canción que, por comenzar sobre el tálamo y acabar sobre la cuna, tiene por *ritornelo* un encendido beso de amante, y tiene, por *coda*, un santo beso de madre...

Anticipémonos, pues, al *mañana* aun lejano, — bellas amigas mías, — y sigamos hablando de esas fútiles cosas sin las cuales la existencia no valdría la pena de asomarse a ella.

Hemos traído a colación el tema de vuestra belleza: de la mano viene, tras de él, el de las galas que para esa belleza preferís... No son, ciertamente, tales galas, vuestras favoritas de ayer, ni siquiera las de hace un instante... No son, tampoco, *las que habéis de elegir en el día ni aun* siquiera en la hora que en breve han de amanecer o de sonar: son las del momento, y pasan con él, nacidas que son, para una vida efímera, del maridaje del capricho con la diversidad.

¡Diversidad!... ¡Divina palabra!... Diversidad, que eres esencia misma de la vida, porque lo eres del amor y de la dicha, ¿quién, insensato, pudo llamarte *inconstancia?*

No es inconstante el artista que a través de obras diversas busca la realización de un ensueño de ideal. No es inconstante el viajero que esparce su vida bajo horizontes diversos, buscando siempre un nuevo aspecto del mundo. No es inconstante el amador que en pasiones diversas oficia para una sola y única adoración: la de la eterna feminidad...

¿Por qué, pues, hemos de tachar de inconstantes vuestros antojos, cuando ellos no son sino etapas, breves y incisivas, de vuestro insaciable afán de perfección?

La moda, — ese espejo en donde se reflejan vuestro gusto y vuestro espíritu, — no cambia: es siempre nueva, como nuevos son vuestros pensamientos y vuestras sensaciones; pero es siempre la misma, como los mismos son vuestro cerebro y vuestros sentidos... Las modas son aspectos de la Moda, como los días y las noches son aspectos del Tiempo. Para éste, sin acabar nunca, dejando una estela de recuerdos; y como él infiel y como él alada, pasa también vuestra coquetería, dejándonos una estela de saudades... Al término de la postrera tarde en que lunca el sol, comenzará la agonía de la Tierra; y el día en que haya desaparecido la última moda, se habrá extinguido vuestra última coquetería y con ella nuestro último amor. ¡Triste jornada!

Pero aun está lejos, por fortuna, y en tanto llega, ¿sabéis cuál es el nuevo dictado de la moda? Helo aquí:

Vuelve el pasado. Vuelven la indumentaria femenina de 1830, y la del Segundo Imperio, y aun la de la época de Luis XV, y bajo todas estas *influencias* retrospectivas y varias, se crean, por decirlo así, dos estilos, con tendencias opuestas: quiere uno respetar, a todo trance, la línea natural del cuerpo femenino, y para ello, adopta sus curvas y sus proporciones exacta y devotamente; por lo contrario, quiere el otro apartarse, en absoluto, del divino modelo, y resucitar, en nuestra época de realismo, de *confort* y de *sport*, aquella silueta deforme y atormentada que fué la de las heroínas de Murger, en los buenos y viejos tiempos del gran romanticismo.

En este último orden de ideas, vemos reaparecer aquellas cinturas angostas que parecían quebrarse al menor movimiento, y en elogio de las cuales se cantaba una copla favorita en Montmartre:

—«*La taille fine de ma divine tiendrait, je crois dans mes dix doigts...*»

Y con tales *tallas de avispa*, resurgen igualmente los cuerpos ceñidos al busto, en rigidez inexorable, sin la clemencia y sin la gracia de un pliegue; y las faldas *bollonées*; y los chales de cachemira; y las cascadas de rizos sobre las sienes... ¡Todo el paradójico empaque de La Bohème!

Por su lado, la tendencia modernista nos brinda una donosa novedad, y ésta consiste en las *jupes* de tarde y de noche, muy cortas, casi infantiles por delante, y prolongadas por detrás, hasta el punto de arrastrar una breve cola... Fantasía o extravagancia del momento, esta extraña combinación requiere, para no parecer ridícula, una elegancia *a toda prueba* en la mujer que la adopta...

Ultra-modernos o ultra-románticos, los modelos de primavera y de verano se conforman, pese a su diversidad, a una rigurosa disciplina: son todos, o casi todos, de seda.

La seda es dueña de la hora, en todas sus formas y aspectos, y ella presta a los *tailleurs* el contraste de una gran sencillez de conjunto, hermanada con una extraordinaria riqueza de detalles.

Adornos complejos, urdidos con cintas, — de seda siempre, — que flamean sobre las orlas de las faldas como entre los tules de los sombreros, caracterizan, de igual manera, el gusto presente... Y, — ¡cómo no!, — de la mano del estilo romántico, nos vuelven las enaguas, las puntillas, los encajes, y toda aquella nieve hilada de los *dessous*, que hizo la delicia de nuestros abuelos, y que había desaparecido ante la escueta precisión de los vestidos-fundas, y de las túnicas helénicas.

Ved, pues, mis bellas lectoras, cuán justo era deciros que las duras enseñanzas de la *grande guerre* no pesarán ni como un adarme sobre nuestro optimismo... Para probarlo, ¿podemos hacer más, acaso, que esta resurrección *marquesiana del romanticismo?* Al volver a cuidarnos con Mimí y con Nineta, florecerán en derredor de nosotros las flores de ilusión, y ellas cubrirán, con su velo de ensueño y de poesía, la dura y áspera huella del dolor y del mal.

París, 1918.

DIEGO DE RIBAS. ANTONIO G. DE LINARES.

EL ORIGEN DEL PLVS VLTRA

Un alarde de vasta erudición
ha de ser la presente explicación,
a menos que un lector «iconoclasta»
donde yo digo vasto, grite: ¡Basta!

Non plus ultra fué un lema
que tuvo caracteres de problema
sin solución, allá en otras edades,
cuando Heracles (hoy Hércules) en Gades
levantó dos columnas *casi* dóricas,
que, según referencias prehistóricas,
señalaban del mundo los confines,
pues, por falta de cines,
que tanto nos ilustran hoy en día,
la gente andaba mal de geografía.

Ahora, para seguir la explicación,
conviene una ligera digresión.

Hércules nació en Tebas
(y de ello existen fehacientes pruebas),
de una aventura ilícita y galante
de Júpiter Tonante
con una tal *Alcmena*, a quien el pillo
tal vez arrancaría de un castillo.
Al verle tan rollizo y tan robusto,
Júpiter exclamó, en su tono adusto:
«¡Este muchacho, como no se tuerza,
será el dios de la Fuerza!»
Y en efecto, el muchacho salió bruto
y de la Fuerza ha sido el atributo.
¡Miren si era cernícalo, que un día,
cuando diez y seis años no tenía,
con alardes y gritos estentóreos
se lió a palos con los Hiperbóreos!
Y después, convertido ya en matón,
por cualquier cosa armaba discusión,
que siempre terminaba
soltando al adversario una *biaba*.
Júpiter, disgustado porque el chico
le salía, aunque fuerte, muy borrico,
por conducto de Apolo
(que para encargos se pintaba solo),
lo confinó a un destierro,
donde estuvo rabiando como un perro.
Los trabajos forzados
de Hércules, tan mentados
en la Mitología,
terminaron para él, en feliz día;
y decidió viajar
unas veces por tierra, otras por mar.
Fué al Egipto, Cartago, Mauritania,
cruzó el estrecho y se metió en Hispania;
y como no encontró dificultades,
se «estableció» de marmolista en Gades.
Labró allí sus columnas *casi* dóricas
(según las referencias prehistóricas),
y puso la inscripción
¡Non plus ultra!, que es una exclamación
parecida a la voz de los banqueros
que gritan, altaneros,
cuando cierran el juego: *¡No va más!...*
y aparecen, en puerta, el rey o el as.

El pobre nauta, rema que te rema,
veía las columnas con su lema,
por cuyo medio el héroe de la clava
parecía que, oculto, le gritaba:
«¡Navegante, no quieras ir más lejos!
¡Naufragarás, si no oyes mis consejos!
¡Si estimas tu pellejo, vuelve a casa,
que de aquí nadie pasa!»
Con lo cual, tembloroso y medio muerto,
el navegante regresaba al puerto.

Pasaron muchos años,
y el temor de peligros y de engaños
detuvo el paso de los más valientes
que soñaban con otros continentes,
hasta que, a bordo de un veloz bajel,
la patria de Fernando y de Isabel
vió llegar a Colón,
en fecha de feliz recordación;
y consiguió, tras sustos y gabelas,
armar sus tres famosas carabelas,
cuando, después de «hacer paran el huevo,
manifestó que había un mundo nuevo.

Trancurrida esta etapa de la Historia,
que todo el mundo sabe de memoria,
ocupó el trono de la vieja Hispania
Carlos Primero (Quinto de Alemania).
¿Y qué hizo Carlos Quinto?
Contemplando el aspecto tan distinto
que diera al orbe entero el nuevo mundo,
ordenó, en un segundo,
que se borrase el *non* del viejo lema
y el «Plus Ultra» quedase como emblema
del escudo español, para indicar
que España dominaba en Ultramar.
Los intelectuales
aplaudieron las órdenes reales
y dijeron que «sí», que estaba clara
la razón de que aquello se enmendara,
porque al *non* el feliz descubrimiento
le quitaba la gracia y el intento.
Pero «estaban de non»
los partidarios de la tradición.

El caso es que, por orden de aquel Carlos,
todos los *non*, tuvieron que sacarlos;
y el *Plus Ultra* quedóse como lema
de todo escudo y nacional emblema
que preside españolas ceremonias,
aun después de perdidas las colonias,
como diciendo nuestra madre España:
Son de mi sangre y de mi propia entraña
las tierras que veréis allende el mar,
plus ultra, si llegáis a atravesar
este paso, donde Hércules famoso,
buscando a sus fatigas el reposo,
levantó dos columnas *casi* dóricas
(según las referencias prehistóricas),
ignorando que América, dormida,
sólo aguardaba el soplo de la vida,
que hoy muestra su potencia
en la Industria, en el Arte y en la Ciencia.
Y si queréis mejor demostración,
PLVS VLTRA os la dará, con sus primores,
porque es, sin desdeñar a las mejores,
el *Non plus ultra* de una ilustración.

JVAN DE LA CRVZ FERRER

EL NUEVO ENVASE PORRÓN PARA ACEITE DE OLIVA

(PATENTE EXCLUSIVA DE LA CASA JOSÉ BAU)

EL ACEITE ESTÁ ENCERRADO EXENTO DE AIRE.-CADA PORRÓN ESTÁ LLENO POR COMPLETO DE ACEITE.

HIGIENE Y ECONOMIA

Significa una evolución importantísima en beneficio de los consumidores de aceite fino de oliva, la creación de este nuevo envase (Porrón) que resuelve de golpe las dificultades y deficiencias que todos encuentran en los envases más o menos cuadrados.

LA ECONOMIA E HIGIENE DEL ACEITE ENVASADO EN PORRONES, en vez de en latas comunes, fácilmente se demuestra:

Las latas comunes, por el hecho de no terminar en cúspide, no pueden ser llenadas, haciendo el vacío de aire; contienen, por lo tanto, aceite en contacto con aire encerrado.

Las latas comunes, por el hecho de no tener cúspide, no pueden vaciarse completamente, siempre queda un gran desperdicio de aceite en el ángulo correspondiente al orificio practicado para abrir la lata.

Las latas comunes, por el hecho de no tener cúspide, contaminan el aceite así que se abren, porque la superficie es plana y caen sobre ella materias extrañas (en la cocina o en la despensa), y cuando se sirve el aceite, se contamina más o menos con dichas impurezas.

Hasta el aceite de botellas ofrece la desventaja de que la persona que toca el tapón con las manos o que lo deja impropiamente en cualquier parte, al meterlo para tapar la botella, contamina la parte interior por donde tiene que pasar después el líquido.

CON EL TAPON PATENTADO DEL PORRON BAU, se garantiza la pureza del aceite hasta la última gota de su contenido, por cuanto no se puede meter la tapa dentro del gollete: lo cubre externamente (tapa por afuera).

NO SE ENCIERRA AIRE Y ACEITE DENTRO de los porrones, porque cada envase se llena íntegramente y se cierra después de practicado el vacío. La enorme ventaja de aislar el aceite del aire, es el fundamento más esencial de este invento de la casa Bau.

NO QUEDA UNA SOLA GOTA DE ACEITE EN LOS PORRONES VACIOS, porque, rematando en cúpula cada envase, se desliza hacia ella hasta la última gota de aceite.

NI EL HOLLIN, NI EL POLVO, ningún cuerpo extraño, ninguna impureza puede entrar en los porrones de aceite Bau, porque resbalarían por la cúspide y por la parte de afuera de la tapa.

NO SE CHORREA ACEITE, no se pierde aceite como en las latas comunes, porque, gracias a la disposición de la cúspide del porrón y de su boca, el aceite sale sin correrse y sin derramar.

PIDANSE PROSPECTOS EXPLICATIVOS.

NO SE HA AUMENTADO EL PRECIO.

El costo de cada porrón vacío, es igual al costo de la lata común y, por lo tanto, la casa José Bau entrega el aceite en porrones a exclusivo beneficio de los señores consumidores, sin el menor aumento de precio.

DE VENTA EN TODA LA REPÚBLICA. PIDASE POR SU NOMBRE: "PORRON BAU".

Agencia del aceite "Bau", en Buenos Aires

Freixas, Urquijo y Cía. - B. Mitre, 1411

LOS CAMBAROS DEL COCOTERO

A primera vista, parecerá esto al curioso lector algo tan extravagante y absurdo como si se hablase de las liebres del coral. Pero si se tiene presente que la Naturaleza siente a veces extraños caprichos y crea séres, formas y hábitos en absoluto reñidos con la lógica, ya nó se le antojará tan inadmisible la existencia del *cangrejo ladrón* o cámbaro del cocotero, una de las muchas curiosidades que ofrece el mundo orgánico.

Vive ese crustáceo en las islas Keeling o de los Cocoteros, en el océano Indico, al Sur de Sumatra. Su volumen es lo bastante respetable para infundir cierto pánico entre bañistas, si le fuera dado al cangrejo de referencia hacer su aparición en cualquiera de las playas de moda. Mide, en efecto, unos 30 centímetros de longitud, alcanzando las pinzas hasta 15 centímetros. Nuestro dibujo, da idea del tamaño a que suele llegar en su edad adulta.

Otra de sus particularidades, y ésta bien digna de meditación en cuanto demuestra las conveniencias indiscutibles de adaptarse al medio, es su sistema de vida. El *cangrejo ladrón* fué habitante de los dominios inmensos de Neptuno, antes de ser inquilino de la tierra. Perteneció a la variedad denominada «Paguro» o «Bernardo el ermitaño», que, como casi todo el mundo sabe, vive cenobíticamente bajo las ondas, aposentado en una concha de caracol. Arrojado un día por la resaca sobre la playa de las Islas Keeling, adentróse hacia el tan citado «bosque de los cocoteros», por el que suspiraban hace 20 ó 30 años muchas tiples y sigue siendo refugio ideal de no pocos bípedos del sexo masculino sin aficiones líricas.

Un coco detuvo al crustáceo en su viaje de exploración intra insular. En vez de amedrentarse, como hubiera hecho cualquier *homo sapiens* apocadillo, requirió las pinzas, perforó el fruto, devoró la pulpa y encontró al manjar indiscutiblemente superior al submarino, y desde luego más fácil de apresar que los moradores de las rocas subacuáticas, que suelen oponer marcada resistencia a dejarse comer. Y resolvió establecerse en la isla.

Pero ello implicaba un cambio radical de costumbres. Lo que empezó a practicar. Criatura solitaria, hízose sociable; de huraño se convirtió en comunicativo; tomó esposa y tuvo abundante prole, que ya no hubo de cobijarse en caracoles vacíos, morada incompatible con el desarrollo de la familia cangrejil, sino que eligió como albergue las quebraduras del terreno. Una vez organizado socialmente, procedió a modificarse con arreglo al medio. Al aparato respiratorio llevó importantes reformas, disponiéndolo de modo que mientras la parte superior del mismo sirve para el aire atmosférico, la inferior sigue siendo apta para la respiración acuática, si alguna vez realiza visitas al mar, especialmente las hembras, en la época de la cría.

Niegan ciertos naturalistas que el «cangrejo ladrón» trepe a los árboles. Sin embargo, todas las observaciones modernas están de acuerdo en conceder al curioso crustáceo esa habilidad, si bien no tiene por objeto, como antes se creía, el aprovechamiento de los cocos. Acaso no se trata sino de un mero pasatiempo deportivo. ¿Para qué molestarse — se dirían los primeros cangrejos de la isla Keeling, buenos razonadores a fuer de ermitaños — en subir a los cocoteros en pos del fruto, si el árbol providente, contando con la ley de gravedad, nos deposita la comida en el suelo?

LOS CÁMBAROS DEL COCOTERO, EN LAS ISLAS DE KEELING

CASA VACCARO

Establecida en el año 1885. - Es la casa más acreditada de la República, en las operaciones siguientes: Cambio general de moneda; Compra y venta de Títulos de Renta, nacionales y extranjeros; Cobranza de cupones; Lotería Nacional y toda comisión bancaria que se le encargue. Correspondencia a Severo Vaccaro, Avenida de Mayo, 646, Bs. Aires.

PASTA DENTIFRICA TEGAMI

Precio: 40 cts.

TIMOL-CANFORINA TEGAMI

Higiene de la BOCA

Según la ciencia moderna, las substancias más indicadas para preservar la dentadura de sus enfermedades, son el TIMOL y el ALCANFOR, que forman la base de la

PASTA DENTÍFRICA TEGAMI

Su uso continuo mantiene los dientes blancos, sanos e intactos, y comunica al aliento un olor suave y agradable.

Antigua Farmacia Tegami - C. Pellegrini, 214

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre	(3 ejemplares)	$ 2.— m/n.
Semestre	(6 »)	» 5.— »
Año	(12 »)	» 11.— »
Número suelto		» 1.— »

EXTERIOR

Año	$ oro 5.—
Número suelto	» » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

LA MANO QUE APRIETA

Muy pocas veces la cinematografía universal ha representado películas tan emocionantes como esta que [illegible] y la cual se está exhibiendo por la Casa Max Glucksmann, en los cines Petit Palace y Palace Theatre. «La mano que aprieta» es una célebre novela de episodios policiales narrada por Pierre Decourcelle, con una intensidad tal, que desde sus primeros asuntos hasta su terminación no decae siquiera por un instante el interés que despierta. Una banda de malhechores, «La mano que aprieta», opera sus fechorías por curios procedimientos científicos, poniendo en juego las más estrategias y hábiles combinaciones de la mecánica, la ingeniería, la electricidad y otras diversas artes con que el hombre puede realizar prodigiosos hechos. El escenario de la banda es New York, donde hace víctimas innumerables entre banqueros, multimillonarios y bolsistas, [illegible] gran estupor de las autoridades y de la sociedad. Dondequiera que «La mano que aprieta» ejerce su acción misteriosa, la investigación judicial tropieza con las más estupendas sorpresas de la ciencia. Los robos se llevan a cabo bajo la más recta disciplina científica.

La obra se inicia con el episodio del banquero Taylor Dodge, presidente de la compañía de «Seguros Reunidos», quien se apodera de documentos comprometedores para «La mano que aprieta», autora de diversos crímenes y robos de gran sensación, y al tener esos papeles, Taylor solicita el concurso del detective Foster, por cuenta de la Compañía, y al detective Justino Clarel. Este es un hombre de vastos conocimientos electro-químicos, mecánicos, mecánicos, y en una palabra, un detective moderno, con más que suficiente preparación para ser un eficaz auxiliar de la justicia en el descubrimiento de los hechos de la banda temible. Clarel llega al despacho del banquero y le halla muerto de una manera misteriosa. En esa situación se inician las mil emocionantes incidencias de la maravillosa película, hasta el descubrimiento final de quien es «La mano que aprieta».

ELAINE DODGE

PERCY DEMPSY

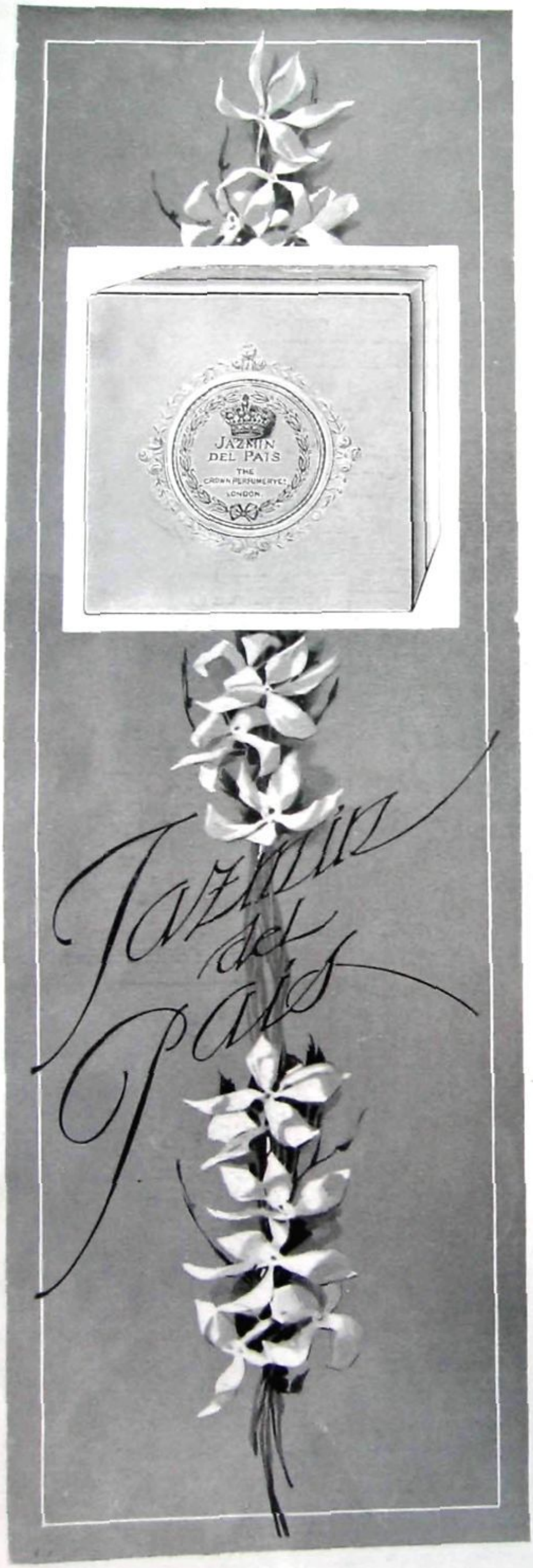
Toda la película tiene un interés de espectáculo y de ingenio. La acción de la banda malhechora, que se señala por la forma inteligente como se llevan a cabo los delitos, encuentra continuamente el escollo de Clarel, que conoce sus procedimientos. Cuanto más misterio pone «La mano que aprieta», más analiza el detective las consecuencias, resultando a cada episodio un triunfo de la policía científica. La inquietud, la persistencia, la perspicacia, el método y la novedad, son las principales características de la emocionante película, que con tanto éxito nos está dando a conocer la Casa Max Glücksmann.

Los más grandes cinematógrafos del mundo han representado esta película, con un éxito que bien puede llamarse eminente.

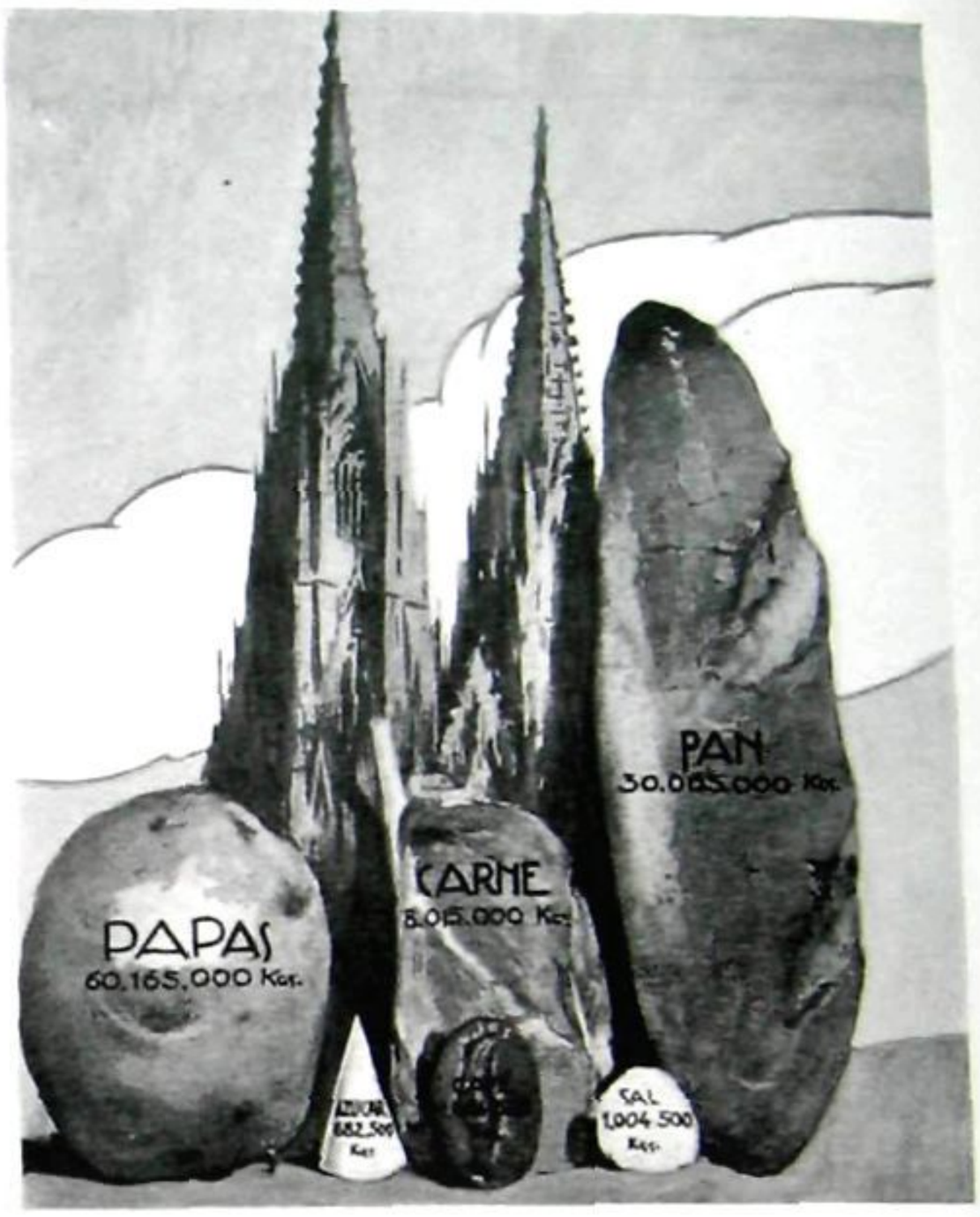
Por ahora se da en el *Palace Theatre* y *Petit Palace*, según decimos más arriba; pero dado el extraordinario interés demostrado por el público para conocer tan sensacional película, ella se hará conocer muy pronto en otros cines, donde sea más difundida y queden satisfechos los deseos del espectador.

Como detalle que puede corroborar la importancia de esta gran película, observamos que nuestro colega «La Prensa», haciendo una excepción, está publicando en folletín la novela en que ella se inspira, y que se conoce, de ese modo, simultáneamente con el espectáculo cinematográfico.

WALTER [illegible]



EL DERROCHE DE LA GUERRA



COMPARACIÓN GRÁFICA DE LOS ALIMENTOS CONSUMIDOS POR EL EJÉRCITO ALEMÁN, EN UNA SEMANA, CON LA CATEDRAL DE COLONIA

LO QUE CUESTA MANTENER UN EJÉRCITO, Y LO QUE CUESTA MATAR UN HOMBRE EN LA GUERRA ACTUAL

El problema de la alimentación de un ejército en tiempo de guerra es de tan vital importancia, que muchísimas batallas se han perdido a causa de un mal aprovisionamiento, que ponía en condiciones de inferioridad a uno de los ejércitos combatientes.

Las raciones de cada soldado varían en todos los ejércitos, debido a gustos de raza y a las condiciones climatológicas del país; así, la ración de carne del soldado francés es muy diferente a la ración de carne del soldado alemán.

Como base de comparación, he aquí la ración diaria de un soldado alemán en tiempo de guerra:

750	gramos de	pan fresco, o
500	—	galleta.
373	—	carne cruda, o
200	—	de roastbif, cerdo, cordero o embutidos.
125	—	arroz, o
250	—	harina, o
1.500	—	patatas.
28	—	sal.
28	—	café (tostado), o
30	—	café (sin tostar), o
3	—	té y agua de azahar.

El adjunto dibujo es una comparación de la Catedral de Colonia con la masa de alimento que consume el ejército alemán en una semana.

Tenemos un panecillo que pesa kilos 30.065.000, y que tiene una altura de 125 metros.

El pedazo de carne tiene 60 metros de alto, y pesaría 8.015.000 kilos.

Las patatas son las unidades más pesadas de la ración, y el tubérculo del grabado tendría 650 metros de altura y un peso de 60.165.000 kilos.

El saco de azúcar tendría 13 metros de alto y pesaría 682.500 kilos.

Tales cantidades de comida parecen casi increíbles.

El kaiser ha dado siempre gran importancia a las comidas de sus tropas, y son muy frecuentes las visitas que hace a las cocinas de campaña, donde prueba él mismo la comida.

Los lectores se darán alguna idea de lo que cuesta la guerra, cuando sepan que el coste diario de provisiones para los ejércitos hoy en lucha es de *sesenta y dos millones de pesetas*, sin contar gastos de transporte, que alcanzan la suma de *veintiún millones de pesetas*. La verdad que es una cuenta muy grande de carnicero, panadero y tendero, ¿verdad, lector?

Ya que hemos visto lo que cuesta alimentar al ejército, veamos ahora lo que cuesta matar a un hombre en la guerra.

Debido al enorme precio de las armas de guerra, a los explosivos usados, cada día más complicados, los disparos cuestan muchas pesetas, y si se trata de obuses de gran tamaño, muchos miles de pesetas.

Además, como la mayoría de las balas no hacen blanco, y el tanto por ciento de hombres muertos es muy pequeño, comparado con el número de disparos hechos, resulta que cada hombre muerto le viene a costar al enemigo unas 7.500 pesetas.

En la guerra boer, esta suma subió a 200.000 pesetas.

Resulta, pues, más barato el respetar la vida del hombre.

Es más barato dejar de matar gente.

ALTA GRACIA

PARA SALUD Y PLACER

SIERRAS - HOTEL

DOTADO DEL MÁS REFINADO CONFORT MODERNO.

TEMPERATURA IDEAL, RECOMENDADO POR TODAS LAS EMINENCIAS MÉDICAS.

Golf, Lawn-Tennis, Criquet, Excursiones, Automovilismo, Deportes hípicos, Parques con recreos infantiles.

CASINO

CON LOS MISMOS RECREOS DE MONTE CARLO

(Autorizado por ley de la Provincia de Córdoba)

Espectáculos teatrales, Cinematógrafo, Bailes, Conciertos, Cotillones, Bailes de traje.

A UNA NOCHE DE BUENOS AIRES (F.C.C.A.)
VIAJE RÁPIDO Y DIRECTO

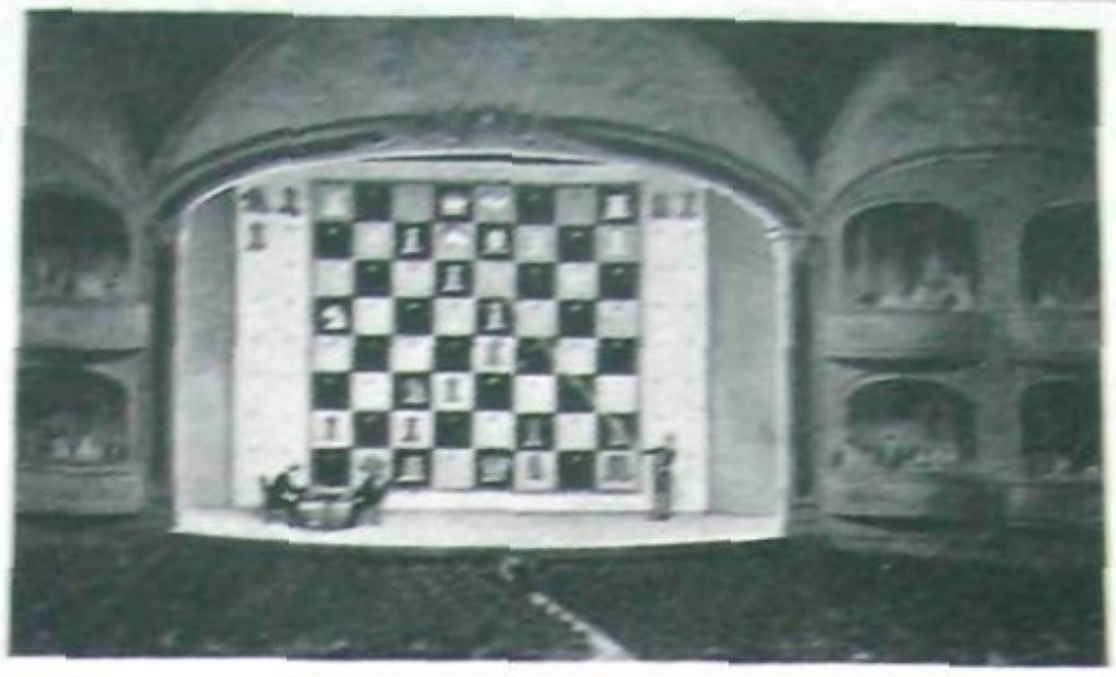
ABIERTO TODO EL AÑO

Pidan folletos ilustrados al F. C. Central Argentino, Bartolomé Mitre núm. 299, y al Gerente del "Sierras-Hotel".

EL AJEDREZ EN EL TEATRO

Con el objeto de que el mayor número posible de personas pueda seguir una partida de ajedrez, a un empresario teatral de Dakota del Norte, Estados Unidos, se le ha ocurrido emplear un procedimiento que le ha dado buenos resultados.

Ha mandado hacer un tablero enorme, de cuero muy flexible, que coloca en el escenario, de manera que pueda ser visto de todas partes del teatro. Cada cuadro del tablero tiene un agujero, en el cual se cuelgan, de un gancho que tienen por detrás, las piezas, que son hechas de madera liviana.



A ambos lados del tablero, hay dos filas de agujeros para colocar las piezas que ordinariamente se toman los jugadores.

Entra en acción a jugar en una mesa de ajedrez de los concurrentes, y cada una de las jugadas que hacen es reproducida en el gran tablero por un individuo encargado de mover, con un puntero especial para el caso, las piezas, como indica el grabado.

El procedimiento ha dado, como declaramos, buenos resultados, pues basta que se anuncie una partida entre jugadores más o menos conocidos, para que el teatro se llene, con gran contentamiento de los aficionados y del ingenioso organizador de esta clase de espectáculos.

Iribarne y Cia

Automóviles y Carruajes para paseos, casamientos, etc.

ATALAJES DE LUJO EN ABONO MENSUAL

SERVICIOS FÚNEBRES

No confundir:

Tacuarí, 344

Teléfonos: Unión, 446 y 1513. Lib. Cooperativa, 652, Central

Pida a su librero Tinta de escribir

Stafford's

Siempre la misma. - La mejor. - Hay de todos los colores y para todos usos.

S

LAS MODAS DEL MES

BLUSAS PARA INVIERNO

N.º 70645. . . $ 12

Nuevo modelo de tela de lana, en varios colores, adornado con plegados. Cuello de "taffetas", con bordados y corbata de seda.

N.º 65023. . . $ 9

Linda blusa de tela de lana blanca, adornada con plegados y pequeños botones de nácar.

N.º 65002. . . $ 7

Caprichoso modelo en tela de lana blanca, cuello alto, adornado con botones de Irlanda.

N.º 65048. . . $ 12

Linda blusa de franela crema, adornada con pequeños plegados. Cuello alto y corbata de "moiré" negro.

N.º 65022. . . $ 6.90

Bonito modelo en tela de lana blanca, adornado con tablitas y botones de "soutache".

CASA MATRIZ: 122 FLORIDA 126

Casa Sloper

BUENOS AIRES

SUCURSAL: 333 C. PELLEGRINI 339

Muebles

norteamericanos para escritorios.

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios, Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cia.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

La Giralda

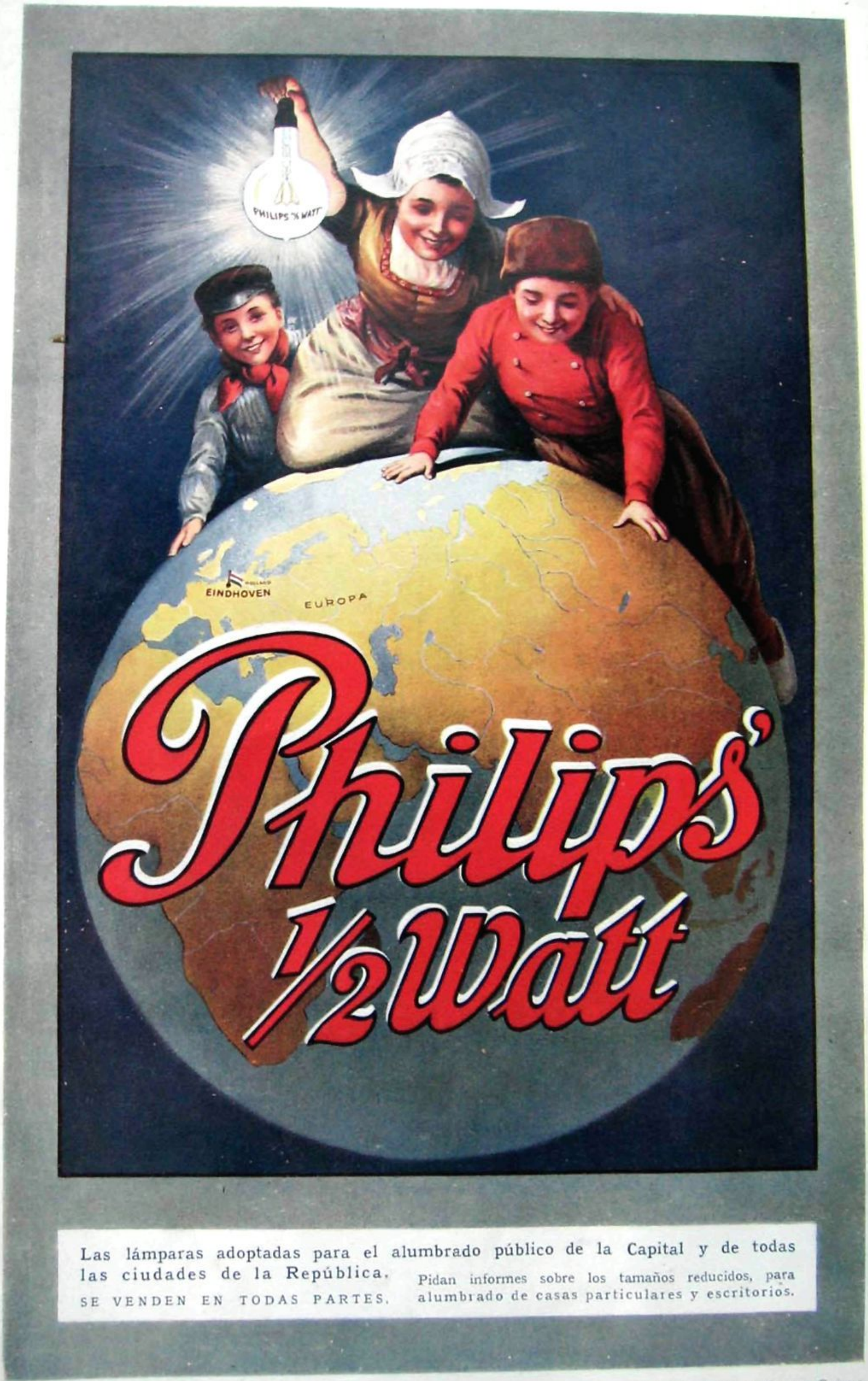
(Comercio de Modas - Sociedad Anónima)

Ropa elegante para señoras y niños. Precios moderados.

Carlos Pellegrini, 539

Buenos Aires

PABST
El concentrado de fuerza y de salud
que lleva la felicidad a los hogares.
PABST EXTRACT
The Best Tonic
MALT
PABST BREWING Co
MILWAUKEE WIS
PABST
MILWAUKEE


PHILIPS ½ WATT
EINDHOVEN
EUROPA
Philips
½ Watt
Las lámparas adoptadas para el alumbrado público de la Capital y de todas las ciudades de la República.
SE VENDEN EN TODAS PARTES.
Pidan informes sobre los tamaños reducidos, para alumbrado de casas particulares y escritorios.